Pablo Araneda Herrera

La reforma universitaria al servicio del pueblo:

EL CASO DE LA UNIVERSIDAD DEL CARBÓN

Lota y Coronel, 1971-1973

Pablo Araneda Herrera

La reforma universitaria al servicio del pueblo:

EL CASO DE LA UNIVERSIDAD DEL CARBÓN

Lota y Coronel, 1971–1973

Pablo Araneda Herrera
La reforma universitaria al servicio del pueblo:
El Caso de la Universidad del Carbón
Lota y Coronel, 1971–1973
Santiago, Comercial Nahuel, 2017
ISBN: 978-956-362-639-1
165 págs. / 13.5x21 cm

Primera edición, julio de 2017
Impreso en «Comercial Nahuel»
Amunátegui N°31, Of. 40
Santiago de Chile
Fono: 26330234
Email: ventas@comercialnahuel.cl

Pablo Araneda Herrera
Licenciado en Historia
Profesor de Historia y Geografía
Egresado de la Universidad de Concepción
Email: pabloaaranedah@gmail.com

El autor reconoce su autoría.
No obstante, también alienta a reproducir dicho trabajo, ya sea, a través de fotocopias y fotografías, o bien, con el uso de otros medios que se pudieran considerar como necesarios.

«Que la Universidad se pinte de negro, que se pinte de mulato. No solo entre estudiantes sino también entre los profesores. Que se pinte de obrero y de campesino. La Universidad no es el patrimonio de nadie y pertenece al Pueblo».

Ernesto Che Guevara,
Comandante y Revolucionario Latinoamericano.
(28 de diciembre de 1959)

«Yo les digo a ustedes, con algunos años de lucha a cuestas, que tengo la energía y vigor suficientes para seguir caminando junto a los estudiantes y trabajadores, hombres y mujeres de esta provincia. Caminaremos juntos por las calles y caminos polvorientos de la patria para democratizar la enseñanza universitaria y construir el Chile que queremos. La tarea es luchar y combatir sin desmayo, trabajar y estudiar sin descanso para así ser más útiles a Chile, a su Pueblo, a la Universidad y a la Revolución».

Galo Gómez,
Vicerrector de la Universidad de Concepción.
(20 de diciembre de 1972)

AGRADECIMIENTOS Y DEDICATORIA

En primera instancia, quisiera extender el agradecimiento a todas y todos los que colaboraron –de alguna u otra forma– en la realización de este trabajo. Con especial cariño y motivación, extiendo el agradecimiento a mi familia y a mi compañera. Con el respaldo y el amor que me han brindado, he podido seguir el sueño de la historia y la palabra. Asimismo, agradezco a todos esos grandes amigos y compañeros –a los que conocí, también, en aquella labor de investigador– que incentivaron y materializaron este estudio. Agradezco, así, a Lepoldo Alarcón –Poldy– y a Willy Fuica. Cuando recién nos conocíamos, surgió el tema que hoy figura aquí. Además, Poldy puso a mi disposición una gran red de contactos y Willy –también gran apasionado de las historias populares– facilitó una importante colección de fotos que, después de varias décadas, hoy son publicadas. Junto a los aludidos, resalto también la colaboración del académico Declér Martínez, quien pudo conseguir el material que atesoraban los archivos de la UdeC. De ahí en adelante, el profesor Declér no ha vacilado en ofrecer y prestar su ayuda ante cualquier hecho o situación requerida. Incluyo también, y con especial realce, al compañero Guillermo Vigueras –cuyo testimonio siempre está lleno de vitalidad, aprendizaje y consecuencia–, a mis amigos y compañeros –de pedagogía e ideas– Yerko Aravena y Manuel Márquez, con quienes trabajé en incontables ocasiones en torno a una tesis de grado, de la cual, amablemente, ellos permitieron y facilitaron emplear los capítulos requeridos por este libro. Al académico e historiador Danny Monsálvez, por haber oficiado de guía y tutor en mi primera tesis de Licenciatura en Historia y al destacado y comprometido académico Abelardo Castro, el que redactó, gentilmente, el prefacio de este libro. De la misma forma, este agradecimiento se extiende principalmente al gran equipo de la Editorial Nahuel de Santiago –que realizó la publicación de esta obra–, convencido en aportar a las luchas de los pueblos al sur del Biobío, así como a la educación, a la cultura y a la sociedad en general, no escatimando en los gastos que su noble acción demandaba. Este equipo ha realizado varias obras de la misma índole, todas para nuestra zona y en el marco de la

solidaridad, el cariño y el compromiso. Finalizando, agradezco el testimonio de los entrevistados para este trabajo: «y es que el ser humano es más ancho que el mar y las islas, y hay que caer en él, como en un pozo, para salir de aquel fondo con un ramo de aguas secretas y verdades sumergidas». Las palabras de los aludidos nos llevan a encontrarnos con la apreciación subjetiva y colectiva de ese periodo en el que se engrandeció la dignidad popular.

Son tantos los gigantes del pueblo que –por espacio– se me quedan fuera de estas líneas. No obstante, estarán presentes en la memoria y en el corazón. Para todos estos, y para los que ya he aludido, va dedicado este trabajo. Sé que muchos esperaron durante un largo tiempo. Pero hoy, con gran satisfacción, dejo aquí el resultado de los esfuerzos y los aportes. Como ellos así lo quisieran, dedico, finalmente, este trabajo a Lota y Coronel, los pueblos hermanos del carbón. A los que lucharon y ya no se encuentran, a los trabajadores, a los estudiantes, a la población en general. A todas y todos, les entrego este trabajo junto a un eterno agradecimiento por hacer de esta zona algo particular. Y aún así, si incurro en el riesgo de parecer localista, no es menos realista afirmar que, pese a todas estas problemáticas y durezas –del pasado y la actualidad– es una tierra solidaria y de grandes personas. Eso sí, y por sobre todo, una tierra de esperanzas: en nosotros está el poder de la transformación para el mañana.

PREFACIO

Con mucha gratitud y nostalgia me permito escribir algunas palabras de reflexión que surgen de la obra de Pablo Araneda Herrera. Reconvoco en él y en los jóvenes de la toma del Liceo de Coronel el año 2011 a los continuadores de sueños y esperanzas de generaciones que han unido el sentido existencial de sus vidas al «bien común», a la creación de condiciones de calidad de vida y desarrollo de la sociedad local en la que viven y en su extensión, a su región y al país. Desde conversaciones en torno de las tareas que significaba una protesta con ocupación del establecimiento en el que estudiaban para llamar la atención sobre sus condiciones de estudios, se dieron el tiempo para recabar información que pudiera contribuir con el desarrollo sustentable de su comunidad y de sus habitantes. Así revivió aquel sueño de la «educación superior» para Coronel que, en un momento de la historia del país y de esta comunidad en particular a principios de la década del setenta, se plasmó en las «Actividades Universitarias en la Zona del Carbón». Aquella iniciativa contó con el respaldo de la Universidad de Concepción y de su Claustro Pleno –compuesto por docentes, estudiantes y funcionarios administrativos y de servicio–, como órgano máximo de la Universidad, cuyas resoluciones –como se diría en la actual discusión de triestamentalidad– eran vinculantes y obligatorias para todos los miembros de la comunidad universitaria.

En la actualidad, existe consenso internacional acerca de la importancia de las universidades y de la educación superior en el fortalecimiento de las economías nacionales y regionales de un país. La experiencia muestra que, cuando se crea educación superior en una zona en particular, se incrementa el desarrollo económico por el sólo hecho que implica la aparición de los estudiantes, docentes y personal administrativo y de servicio, los que requieren satisfacer necesidades de vivienda, alimentación, salud, transporte y muchas otras. A su vez, se generan empleos y crece la población. Esta última variable, por si sola, ha sido considerada como suficiente para procesos de descentralización de universidades por su impacto geopolítico. A veces, a dicho

fenómeno se le denomina «hacer soberanía», como en los casos de la Universidad de Tromso –al norte de Noruega– y lo que es hoy la Universidad de Magallanes en el sur de Chile.

Un efecto no siempre pensado es que además de constituir la base de establecimiento industrial y servicios por incremento de personas con alto grado de especialización, por el desarrollo de las relaciones sociales que comienzan a establecerse entre la comunidad con funcionarios de universidades e institutos profesionales, aumenta el interés general de la población por mejor educación junto a las expectativas de acceso a la educación superior. Cumple la función, entonces, de «tiraje de chimenea» al interés de estudiar y a la superación personal. Por lo tanto, no es raro que países que han sido consecuentes en regionalizar su educación superior, presenten también altos índices en el logro escolar de la educación básica y media. La razón parece ser no muy compleja: la educación superior está representada por edificios, estudiantes, actividades científicas y culturales que dan vida a una ciudad.

Estas ideas que hoy están respaldas con evidencia científica muy sólida eran las que percibían los precursores de la UdeC y que, precisamente, se movilizaron y esforzaron por dos ideas, complementarias entre sí: la creación de una Universidad y de un Hospital Regional. A su vez, no cabe duda que la existencia de la UdeC facilitó la instalación de una Siderúrgica en la zona, perfilándose como un polo relevante en el desarrollo industrial del país, fortalecido, aún más, con la creación de una filial de la Universidad Técnica del Estado, hoy Universidad del Bío-Bío.

Asimismo, también existe evidencia de que cuando no hay políticas que fomenten la conexión de las universidades con su entorno, a través de la investigación y la extensión cultural, las casas de estudios se vuelcan hacia sí mismas y constituyen así lo que, metafóricamente, el movimiento estudiantil de los años sesenta denominó como «torres de marfil», en especial, a todas las instituciones que no respondían a las necesidades urgentes de la sociedad y que eran autorreferentes en su desarrollo.

En este sentido, el texto que ahora está en sus manos es la muestra de ese pasado de compromiso social de la Universidad, con principios democráticos que regían su gobierno, con transparencia respecto a sus planes de desarrollo y con una voluntad inalienable con el progreso de las personas, en el contexto de la educación superior para una región de mucha pobreza, pero de igual manera con esperanza y espíritu para superar las barreras y ataduras que impedían sus avances. Su relato histórico no es menor para comprender los contextos políticos y sociales que motivaron al Rector Edgardo Enríquez y al Claustro Pleno de la Universidad a apoyar la idea de abrir carreras profesionales en la Zona del Carbón a fines de 1970. Asimismo, es un relato que recuerda a los estudiantes del lugar que, con una felicidad rodeada de incredulidad, fueron participes de la realidad que en algún momento soñaron. Pero, al mismo tiempo, el texto revela la importancia de la voluntad ciudadana para forjar su destino. Este libro permite repensar la educación pública de localidades como Lota y Coronel para el bien común, y por el bien común, como corresponde a una actitud ciudadana en un Estado Republicano.

Abelardo Castro Hidalgo,
Académico de la Facultad de Educación UdeC.
(10 de mayo de 2017)

INTRODUCCIÓN

En la década del sesenta se abrieron los grandes caminos de la esperanza para los sectores populares y marginados en Chile. Medio siglo antes, estos sectores hicieron su aparición a través de las más primitivas formas de lucha, aclamando demandas de justicia y de democratización para el país. Con el tiempo, estas demandas se convirtieron en reivindicaciones históricas, dando paso a un verdadero «movimiento popular» que se nutrió de la base y la experiencia de diversos movimientos sectoriales, tales como, el de los obreros, el de los campesinos, el de pobladores y el de los estudiantes. El movimiento popular chileno transitó por una infinidad de coyunturas –la formación de las primeras organizaciones políticas obreras entre 1910 y 1920, el régimen de Ibáñez entre 1927 y 1931, los gobiernos del Frente Popular entre 1938 y 1952, como algunas menciones específicas– para poder alcanzar el periodo que signó su etapa de esplendor. En los años sesenta, los partidos de izquierda –ligados fuertemente al movimiento popular a través de las coyunturas temporales ya señaladas– estimularon la movilización social y capitalizaron el accionar del pueblo. En efecto, la escena nacional se radicalizó con las acciones populares y estas cimentaron el camino para el ascenso de Salvador Allende al gobierno en 1970. Por su parte, el movimiento popular alcanzó un protagonismo histórico que nunca antes había evidenciado.

Uno de los factores determinantes de la victoria popular fue la lucha por la transformación de la educación chilena. Durante los años sesenta, se alzaron grandes movimientos estudiantiles de reforma en las universidades del país, los que proyectaron la transformación educacional. En torno a esto, se gestaron logros importantes: por ejemplo, las universidades contribuyeron en la superación de las necesidades económicas y sociales, poniendo sus recursos a disposición de la transformación social de aquel periodo. Junto con la autonomía, la democracia y la libertad de cátedra, otra de las grandes gestas de esta lucha estudiantil fue la incorporación de los sectores obreros a las universidades. No

obstante, pese a lo histórico de aquel suceso, no bastaba con la mera apertura de los espacios universitarios, ya que el cambio social implicaba estrechar vínculos recíprocos de participación y organización. Y así lo entendieron algunos sectores que eran parte de las comunidades universitarias, los que comenzaron a establecer cercanía con los sectores populares, aunando fuerzas para una lucha más allá de las propias aulas y de los centros de producción. Cuando las universidades chilenas extendieron sus funciones a sectores populares de gran concentración obrera, se encontraron con una ansiada recepción. Las duras represiones del pasado y el sentimiento cotidiano que arraigaba consigo la pobreza, no habían derrotado esas esperanzas de justicia social y de igualdad. Las ciudades de Lota y Coronel –que durante un siglo y medio fueron localidades hermanas en la producción de carbón– destacaron por su entrega y su compromiso en un gran proyecto de apertura universitaria que convocó los esfuerzos de las élites institucionales y académicas, de las empresas locales, de los municipios, de los sindicatos y de la comunidad minera, transitando desde las aspiraciones de los más jóvenes hasta la más amplia y desarrollada experiencia del obrero carbonífero.

Las actuales generaciones desconocen sobre este proyecto de institucionalidad universitaria creado en ambas localidades mineras en 1971. La presente investigación es resultado de un estudio histórico que indagó sobre la «Universidad del Carbón» –denominación popular que recibió la institución educacional– dentro del contexto de la «reforma universitaria» que, a inicios de la década del setenta, consolidaría proyectos como el que ha motivado este trabajo. Aquello no fue fácil, ya que sólo un par de libros –y también en un par de páginas– hacían mención del tema. Fue necesaria una exhaustiva revisión de los materiales e informes institucionales del periodo, entrelazando con la prensa y los testimonios orales, estos últimos, vitales para recuperar la memoria y la identidad particular de este proceso en cuestión. Con la labor historiográfica aludida, se determinó la función de dicha institución universitaria en la comunidad minera, junto a la participación de esta última, tanto en la gestación como en el

desarrollo del proyecto institucional. Esa generación del clamor popular minero, hijos del carbón y de las grandes huelgas, aún guarda, como viejo tesoro preciado, el orgullo de haber sido los herederos de la solidaridad y la dignidad obrera que les legaran los fundadores del obrerismo en Chile. El triunfo de esta gente ha sido privado del conocimiento público, ya sea, a través de la represión militar en los ochenta, la amarga reconversión laboral en los noventa y las eternas promesas de transformación social de los últimos años. Este libro es una instancia para aprender y reencontrarse con las victorias concretas del pueblo, esas que la clase política –en general– hoy tacha de imposibles.

La presente investigación está dividida en cuatro capítulos. El primer capítulo, titulado «Contextos Generales», es parte de una breve introducción necesaria para la comprensión histórica del siglo XX, tanto a nivel nacional como a nivel local, a partir de los aportes interpretativos que los historiadores del periodo en estudio –entre estos, Luis Vitale– realizaron en contribución de la historia y de la transformación social. Este capítulo es en gran medida la premisa de que la historia local es un problema universal estudiado en un ámbito particular. No hay desarrollo de algún acontecimiento local que no esté relacionado, de esta manera, con los procesos de una nación en su conjunto. Y para reafirmar lo descrito anteriormente, el segundo capítulo, «Antecedentes Generales de la Reforma Universitaria», proporciona contenidos que abarcan desde los primeros pasos de las luchas estudiantiles hasta el proceso reformista durante la década del sesenta. El capítulo finaliza con una breve evaluación sobre dos instituciones en el periodo de reforma –la Universidad Técnica del Estado y la Universidad de Concepción– ambas relevantes para el tercer capítulo, titulado «Desarrollo de las Actividades Universitarias en Lota y Coronel», que se ocupa de la temática central de esta investigación. El cuarto y último capítulo, con el título de «Memoria Popular», contiene valiosos testimonios de personas beneficiadas por la Universidad del Carbón, así como también las acciones que marcaron el final de la institución tras el Golpe Cívico-Militar en 1973.

En suma –y como bien se ha expresado anteriormente– este trabajo no representa una exposición de postulados teóricos de difícil comprensión para el público lector. Tampoco se basa en una investigación cuantitativa que requiera de experimentación o de técnicas estadísticas para la representación de un problema particular. Es más bien una labor de carácter cualitativo, ya que estudia la realidad de un proceso en su propio contexto natural, produciendo datos descriptivos en base a los materiales que se encuentran disponibles. La intención final es la construcción de un conocimiento de carácter público –y popular en su esencia– revelando las características y el valor de la temática propuesta, interpretando el pasado –en pos de la memoria, la cultura y las identidades de los pueblos– como una herramienta funcional en el presente y para el futuro. Si alguno considerara que este libro es una interpretación casi romántica y sesgada de un periodo en particular, sépase que, personalmente, aquello no causa ningún malestar en el autor. Prefiero que los acontecimientos se relaten con pasión, no escondiendo subjetividades. Con honestidad, el trabajo también –y con especial ahínco– pretende contribuir al sentimiento común y colectivo, para demostrar que el cambio y la transformación de nuestra sociedad actual es una posibilidad concreta: la «historia» –como herramienta– debe cumplir en lo descrito, un rol primordial. Y es que el ejemplo de los que en el pasado lucharon, dejando en ello la vida –en muchos casos– no puede ser sólo un recuerdo. Hoy, dichas vivencias, nos exigen más que nunca –como un deber de todas y todos– continuar esa lucha por la vida y los sueños de un mundo mejor.

Capítulo I

CONTEXTOS GENERALES

«Contexto nacional durante el transcurso del siglo XX»

Chile como semicolonia del imperalismo inglés.

El transcurso del siglo XX chileno estuvo caracterizado por las grandes convulsiones políticas y sociales que se vincularon, estrechamente, a la polarización de los escenarios globales. No es menor señalar, de esta forma, que los espacios temporales en los que se centra este trabajo son la expresión y el producto de un largo periodo y una serie de procesos que se plasmaron en el mundo, influyendo –directa o indirectamente– en el imaginario nacional. Podemos comenzar señalando que entre 1900 y 1908 se acentuó la «semicolonización» en Chile, el resultado directo, a su vez, del proceso de «modernización capitalista» en el orbe, basado en la dependencia de los países productores de materias primas en torno a las principales economías imperialistas.[1] Las riquezas nacionales –controladas por una élite criolla durante el siglo XIX– pasaron, durante el proceso global citado, a manos del gran capital extranjero: el «imperalismo inglés» –en primer lugar– y el «imperalismo norteamericano» –posteriormente– se apropiaron de elementos naturales como el «salitre y el cobre», las riquezas chilenas fundamentales.[2]

En consecuencia a lo descrito, el periodo de enajenación de la economía nacional puede explicarse, sencillamente, como un salto de «semicolonia inglesa a semicolonia norteamericana»,[3] en el cual la «minería» –como actividad económica originaria y elemental– se convirtió en la bisagra más relevante entre el país y los imperialismos. Desde allí se concretaron las relaciones de producción en las primeras expresiones de la división mundial del trabajo y –bien si se quiere complementar con la condición semicolonial– la profundización del modelo de centro-periferia con un carácter dependiente,[4] el que existía ya mucho antes del siglo en cuestión.

En los inicios de esta modernización, el imperalismo inglés –que por lo menos se mantuvo hasta la década del treinta– dio el primer golpe. Potenciado con la expansión fronteriza tras las repercusiones de la Guerra del Pacífico –que incorporó a Chile las regiones de Arica, Tarapacá y Antofagasta–, el imperalismo inglés se apoderó de los centros salitreros y convirtió al nuevo norte chileno casi en una factoría a su favor.[5] La era del salitre generó grandes caudales de recursos que fueron aprovechados, en su gran mayoría –y en efecto– por los capitales ingleses. Los «excedentes» de dichas ganancias quedaron bajo el control del Estado y de la burguesía criolla, beneficiarios de aquellos altos ingresos provenientes, directamente, de los derechos otorgados para la explotación del mineral.[6] Y mientras eso acontecía en el norte grande, un proceso similar de expansión hacia el sur –en las zonas de Valdivia, Aysén y Magallanes– era la expresión de un capitalismo agrario –basado en las grandes propiedades y en la exteriorización productiva– en el que los ingleses invirtieron, de igual manera, sus capitales.[7] Para coronar la seguidilla de la enajenación, este proceso se caracterizó, además, por una gran «dependencia comercial» chilena respecto de Inglaterra. Con el fin de garantizar el reparto de las rentas y una subordinación en lo comercial, en la dirección del país se eligieron gobiernos que estuvieron comprometidos en no alterar la alianza configurada, con una fuerte preponderancia del Parlamento Nacional –tras la sangrienta «Guerra Civil» y mal llamada Revolución de 1891– en la política y la sociedad, integrado por partidos políticos que representaban los intereses burgueses. En este periodo –que la historiografía tradicional chilena denominó como la República Parlamentaria– el reparto de los excedentes salitreros ya citado se utilizó, directamente, como «mecanismo para amortiguar las crisis de la institucionalidad».[8]

El proletariado, las organizaciones obreras y sus luchas.

La era del salitre derivó en profundas consecuencias para la estructura de la sociedad chilena a comienzos del siglo XX. De estas, por ejemplo, se puede mencionar el crecimiento que tuvo

el proletariado minero e industrial, seguido por los obreros del ferrocarril y los puertos, estos últimos, ligados a las actividades terciarias.[9] En lo que respecta al proletariado minero como tal, sin lugar a dudas, los calicheros de la pampa salitrera fueron el sector más imponente, evolucionando –de forma considerable– de 13.000 durante 1890 a 45.000 obreros en 1912,[10] situándose, a su vez, como los más combativos y radicales. Los calicheros eran secundados por los mineros del cobre –también en el norte grande– y del carbón –en el centro sur–, tanto por su relevancia numérica como por sus roles en la lucha obrera. Estos sectores contribuyeron, en gran medida, a la estructuración orgánica del «movimiento obrero chileno» en su proceso de gestación y que, en general, se caracterizó por haber sido una respuesta concreta a las precarias condiciones de vida de las familias obreras. Esto acarreaba una serie de problemáticas sociales –como producto de la expansión capitalista– las que fueron denominadas, en su conjunto, como la «cuestión social». La escena nacional de este movimiento obrero se revestiría, aún más, con la influencia que el proletariado mundial comenzaba a desarrollar a su favor.[11]

La etapa originaria del movimiento obrero chileno –al igual que en el resto del continente– tendría una amplia influencia de la corriente «anarquista», probablemente, a causa de la oleada migratoria de italianos y españoles pertenecientes a esta fuente ideológica. Estos se asentaron principalmente en los centros de producción en el sur del continente, desde los cuales levantaron los primeros focos obreristas.[12] Es a raíz de dicha influencia del anarquismo ya aludida –junto con sus métodos de lucha– la que llevaría al movimiento obrero a dar su primer salto cualitativo, particularmente, en lo que respecta a sus primeros instrumentos orgánicos –entre estas, las Sociedades de Socorros Mutuos, las Sociedades de Resistencia y las Mancomunales–, promoviendo la participación y las huelgas generales a lo largo del territorio. La finalidad de estos primeros intentos marcaría la pauta de las luchas en el futuro: el pago del salario en dinero –más el fin de las fichas que obligaban al obrero a depender de su patrón para la compra de bienes– y la disminución de la jornada laboral.

Posteriormente, en el escenario mundial, surgió otro grupo político relevante: la corriente «socialista». Los socialistas, con las influencias de Marx y de Lenin, comenzaron a gestar fuerza dentro de los sectores industrializados, alineándose en el movimiento obrero a través de la proposición de nuevos modelos de organización los que, finalmente, afianzaron la unidad. Bajo el enunciado de los socialistas se fundó la «Federación Obrera de Chile» (FOCH) en 1909, como el instrumento del proletariado para organizar sus tareas de defensa y representación nacional. Más adelante, surgiría, del mismo conjunto, el «Partido Obrero Socialista» (POS) en 1912, fundado bajo la dirección de «Luis Emilio Recabarren», cuya figura es reconocida, históricamente, como la del padre del movimiento obrero chileno. Este partido, exclusivamente obrerista, se convirtió en la vanguardia política de los obreros reunidos en la FOCH, otorgándole una dirección ideológica concreta a sus luchas, especialmente, tras los fuertes impulsos forjados de la «revolución mexicana» en 1910 y de la «revolución bolchevique» en 1917.[13] La FOCH y el POS ya no eran simples centrales apolíticas. Dentro de sus objetivos no se encontraba la idea de dar reformas al sistema de explotación: la meta era derribarlo. Tampoco se detuvieron en la mera formulación de deseos: serían las organizaciones citadas las que, una vez derribado el régimen capitalista, asumirían el poder.[14] Este ascenso del movimiento obrero tuvo su directa ebullición en las huelgas de los obreros portuarios en 1917, en el levantamiento de los obreros magallánicos en 1919 y en la gran huelga de los mineros del carbón en 1920.

Pese a las medidas de presión y organización de los obreros chilenos, la respuesta dominante presentó latentes expresiones de violencia –aseguradas desde el Estado– y que culminaron en duras acciones represivas, matanzas y masacres, con profundas secuelas para la articulación obrera.[15] No obstante, aún bajo las influencias de la FOCH y del ideario político de Recabarren, la unidad obrerista se mantuvo en la búsqueda de alternativas que le permitieran superar la cruel represión: el movimiento obrero logró sobreponerse, además, a los retrocesos de la movilización

social en el periodo, para así adjudicarse conquistas relevantes. En lo que respecta a dichas conquistas, se pueden describir, por ejemplo, las mejoras en los aspectos sanitarios –implemento de mecanismos de higiene en barrios obreros y acceso a la salud–, los grandes avances en derechos laborales –jornada de trabajo de ocho horas, descanso dominical, pago de salarios en dineros, aguinaldos y hora de colación– y los educacionales, tales como los planes de alfabetización e instrucción pública. Junto a esto, la organización obrerista también pudo superar airosamente la prueba de la Primera Guerra Mundial, en especial, la dura crisis económica que derivó del estallido bélico a causa de la drástica disminución de los tráficos marítimos y que, en consecuencia, paralizó gran parte de la industria salitrera. La paralización del polo productivo nacional, detonó la dispersión de los obreros y la disolución de agrupaciones socialistas. Sin embargo, y pese al difícil panorama de la guerra, las labores políticas y unitarias de la FOCH y el POS –que se resistieron a la crisis ya aludida– salvaguardaron el patrimonio organizativo de los obreros. Una etapa, con matanzas y con guerra, había sido superada. El peor enemigo, eso sí, estaba por llegar.

El populismo burgués y la irrupción de los militares.

Aquella etapa, caracterizada por el realce de la lucha de los obreros, la violencia y la represión institucional –como ya se ha expuesto anteriormente– fue también el primer momento en la historia social chilena en el que se enfrentaron el proletariado y la burguesía, como las clases fundamentales de una sociedad de carácter capitalista.[16] Mientras los obreros buscaron el camino de la independencia y la organización en sus espacios políticos con la autonomía del poder, el orden de las clases dominantes evidenció una transformación relevante. Los constantes roces y disputas entre los diversos sectores burgueses en la década de 1920 a 1930, fueron una clara expresión de la crisis en la vieja oligarquía nacional.[17] Paralelamente a este fenómeno social, se gestó la emergencia de nuevas capas burguesas, entre estas, por ejemplo, la burguesía industrial y la pequeña burguesía. Estas

nuevas capas burguesas, sumadas a las modernas capas medias, jugaron un rol político fundamental en la sociedad chilena del periodo aludido, comenzando aquella influencia con la elección presidencial de 1920 en la que venció Arturo Alessandri, al que se denominó como el primer gobernante populista.[18] Su base de apoyo fue la Alianza Liberal –la que se constituyó de radicales, sectores liberales y balmacedistas– sumando a los demócratas, a las capas medias, a los artesanos y a vastos grupos de obreros urbanos y mineros.[19] Los discursos del «León de Tarapacá» –el hombre escogido para liderar el populismo chileno– fueron una fuente inspiración y esperanza para las masas populares. En su euforia electorera llegó hasta amenazar con una destrucción del régimen capitalista en el país.[20]

Lo cierto es que el discurso alessandrista fue la respuesta al principal interés de la burguesía: frenar a toda costa el ascenso del movimiento obrero en la escena nacional. Para esto, dichos sectores burgueses emergentes, levantaron un programa para la elección presidencial que canalizó ese descontento popular con variadas promesas, concediendo a los obreristas las mejoras y los logros aludidos en pasajes anteriores. El despertar obrero en el país era tan notorio que, precisamente, el discurso del nuevo gobierno consistió en tratar de desviar al proletariado de todos sus objetivos revolucionarios a largo plazo mediante el uso de la perspectiva populista-burguesa señalada. La falacia de que el León encabezaría una verdadera revolución democrática, como anunció en sus discursos, pronto salió a la luz y, al primer año de su mandato, mostró su verdadero rostro en los hechos de la masacre de San Gregorio en 1921. Por su parte, y en el mismo año, la FOCH adhirió a la Internacional Sindical Roja, siendo el paso previo para que más tarde, los elementos obreros de la FOCH y del POS, fundaran el «Partido Comunista» (PC) en el transcurso de 1922.

En sus orígenes, el PC tomó el liderazgo de la organización obrera, manteniendo un sindicalismo independiente. Pero esta etapa pronto llegó a su fin con la muerte de Recabarren –el que

fuera, como ya habíamos mencionado, el padre fundador de la unidad obrera– durante el transcurso de 1924. El mismo año, el gobierno alessandrista dictó el Código del Trabajo, como aquel mecanismo que sometió la lucha obrera a las reglamentaciones estatales, marcando un antes y un después para la organización obrerista. Pese a la resistencia que brindaron los elementos más cercanos al pensamiento del fallecido Recabarren en la FOCH, –y desfavorecidos frente al nuevo rumbo que decidió el PC tras la muerte de su fundador– comenzó el periodo del sindicalismo legal y su mediación con los organismos del Estado: junto con ello, el abandono de las acciones directas como la metodología de lucha, lo que tanto había caracterizado la primera etapa de la gestación y el ascenso del movimiento obrero.

Finalmente, el gobierno populista marcó el quiebre para la vieja oligarquía terrateniente en el bloque de los sectores dominantes. Entre los constantes roces burgueses, EEUU aprovechó la ocasión para minar las bases de la tradicional alianza entre el imperalismo inglés y la burguesía chilena. El mismo año de la muerte de Recabarren fue el momento de la crisis institucional en el país y que se expresó en los Golpes de Estado durante los meses de septiembre de 1924 y enero de 1925. Tras la primera intervención militar aludida, el León se vio en la obligación de abandonar la nación, instaurándose una Junta Militar al mando del país. Sin embargo, el segundo golpe, respectivamente, trajo de regreso a Alessandri en marzo de 1925. En esta fase final de su gobierno, el León hizo aprobar la Constitución de 1925, que reforzó el presidencialismo, eliminando ciertas prerrogativas de los parlamentarios.[21] En el transcurso del mismo año, el León, ya debilitado, renunció a la presidencia. La crisis institucional de la burguesía derivó en la participación de los militares en la política nacional, derribando consigo el mito de que las Fuerzas Armadas no intervenían en la política contingente.[22]

Ante las disyuntivas de la crisis institucional, fracciones de la burguesía optaron por coaligarse a Carlos Ibañez del Campo, el que tras ser el único candidato de la elección presidencial en

1927, resultó finalmente como vencedor. En esta línea política, los cuadros más promocionados del Ejército se apoderaron de la gran mayoría de los organismos estatales, desplazando a los viejos oligarcas tradicionales.[23] El general Ibáñez pronto desató una dura represión contra las organizaciones obreristas. Tanto los militantes comunistas y los obreros de la FOCH, que aún se mantenía viva, fueron encarcelados y relegados del país. Bajo la lógica de un gobierno autoritario, el militarismo chileno fue el impulsor de la estatización sindical y así, entre 1927 y 1931, surgieron numerosos sindicatos con el alero estatal. Esto fue en suma a la intervención directa del Estado en la economía con la creación de empresas estatales como la Fábrica y Maestranza del Ejército (FAMAE). Los altos precios del salitre y del cobre, además del incremento de la demanda de estas materias primas, permitieron amortiguar el descontento popular. Sin embargo, la consolidación de la balanza económica del país entraría en una nueva crisis, influenciada por la situación mundial en 1929. El general trató de contener los efectos de la crisis reduciendo los gastos públicos y redoblando la represión, tras la creación del Cuerpo de Carabineros de Chile. Esto despertó nuevamente el descontento de las masas, principalmente, de las capas medias. Miles de personas se alzaron en las calles y las tentativas de los militares fallaron. El «tirano» fue derrocado, finalmente, en el mes de julio de 1931. A este acontecimiento, le sucedieron una serie de fenómenos políticos, entre estos, el Levantamiento de la Marina en septiembre de 1931 y la República Socialista en el mes de junio de 1932.[24] Tras ocho años de poder, los caudillos militares se retiraron derrotados a sus cuarteles. Algunos, como Marmaduque Grove, se iniciaron definitivamente en la política, de lo cual surgió el «Partido Socialista» (PS) un año más tarde. Aprovechándose de la derrota de los militares, el León vuelve a rugir y triunfa en la presidencia por segunda vez.

Este panorama de la nación, tanto en lo político como en lo económico, basado ampliamente en el dominio imperialista de los ingleses, culminó a comienzos de la década del treinta. Así, nuevamente, el país sufrió una transformación en su estructura

y composición, ahora, hacia la segunda etapa del extenso poder capitalista extranjero. Prontamente, el gigante de América va a tomar el control del país.

Chile como semicolonia del imperialismo norteamericano.

Al comienzo de la década del treinta, el imperalismo inglés fue desplazado por el imperalismo norteamericano, algo que ya se venía gestando con anterioridad. El gobierno de Alessandri fue el inicio de una crisis en aquella alianza que mantuvo tanto el imperalismo inglés como la burguesía durante décadas. Y en la política zigzagueante y populista de la década del veinte, el León y el General Ibáñez, redefinieron las bases políticas de la dependencia, en un proceso que culminó con una nueva alianza basada en la creciente participación del cobre en la renta fiscal. Detrás de la naciente alianza aludida estaba la preponderancia que adquirió el imperalismo norteamericano sobre el inglés.[25]

El proceso de entrega de las riquezas nacionales, tal y como aconteció con el salitre, se extendió durante este nuevo periodo al cobre. El imperalismo norteamericano se apoderó de aquella riqueza que en tiempos pasados perteneció a los capitales de la burguesía criolla, los que fueron desplazados en la producción mundial cuprífera. El resurgimiento del cobre, específicamente durante las primeras décadas del siglo XX, fue el resultado de las inversiones norteamericanas en las minas de El Teniente en 1905, en Chuquicamata en 1913 y en Potrerillos en 1920.[26] En el último año en mención, tras la inversión de capital extranjero en Potrerillos, Chile ocupó rápidamente el segundo lugar en las producciones de cobre a nivel mundial. Es por esto que –luego de la crisis de 1929– el cobre finalmente terminó reemplazando al salitre como la principal riqueza mineral, constituyéndose de ahí en adelante como la mayor fuente de ingresos fiscales en el país.[27] De este nuevo proceso de dependencia nacional surgió la participación de la «Kennecott Corporation» y la «Anaconda Company», ambas, de los EEUU. La primera de las compañías mencionadas, se adueñó de la mina El Teniente en 1915 y, por

su parte, la segunda en cuestión, del mineral de Chuquicamata en 1922. De esta forma, la dependencia experimentó un nuevo cambio que se mantendría hasta 1970. La primera fase de esta transformación, entre 1930 y 1950, sumió al país en un proceso de semi-industrialización dependiente de las importaciones de máquinas, herramientas e insumos provenientes de los EEUU, al mismo tiempo que se afianzó la enajenación de las materias primas explotadas en el país.[28] De ahí en adelante, el poder del imperalismo norteamericano dominó el panorama económico, político y social chileno.

Del Frente Popular a la segunda etapa del Populismo.

La crisis de la vieja oligarquía nacional antes aludida y que derivó en su relevo a manos de la burguesía y las capas medias, no sólo trajo consigo el proceso de semi-industrialización en el país, sino que también conllevó a la instauración del proyecto político del «Estado de Bienestar» o «Estado Desarrollista». En conjunto con el ascenso al poder de estos sectores, se abrió un nuevo proceso movilizatorio en el que, particularmente, dichos grupos de la nueva burguesía y las modernas capas medias, con el apoyo del proletariado minero e industrial, redefinieron los escenarios políticos y sociales de la nación a través de diversas reformas. Además, se evidenció una concreta apertura jurídica-institucional que se graficó en la incorporación de los sectores movilizados en las decisiones gubernamentales, a la vez que el sufragio universal y la participación del PC y el PS en la lucha electoral, llevaron al obrerismo hacia el camino de la legalidad como una forma viable de conquistar el poder.[29] Esto permitió el surgimiento del «Frente Popular» en 1936, coalición política que integró al viejo «Partido Radical» (PR), a los comunistas y a los socialistas, además de la «Confederación de Trabajadores de Chile» (CTCH), la principal organización de los obreros en el país, fundada en el transcurso del mismo año. Esta coalición presentó como candidato al radical Pedro Aguirre Cerda para la elección presidencial de 1938, el que tras un reñido proceso de votación, se impuso finalmente como mandatario. Bajo el lema

de «gobernar es educar», el gobierno de Aguirre Cerda impulsó una apuesta educacional que promovió el fin del analfabetismo, la difusión de la cultura popular, la construcción de escuelas, la dotación de material de enseñanza y la contribución escolar en el desarrollo económico nacional.[30] En torno a esto último, las medidas de Aguirre Cerda se plasmaron con el surgimiento de la «Corporación de Fomento a la Producción» (CORFO) en los primeros meses de 1939, como primer intento de planificación económica y social para la nación. No obstante, la tuberculosis acabó con la vida de «Don Pedro», falleciendo a causa de dicha enfermedad en noviembre de 1941, sin llegar a ver cumplido su periodo presidencial. Con la muerte del mandatario, el Frente Popular se reorganizó en la «Alianza Democrática», levantando como candidato a Juan Antonio Ríos, el que obtuvo la victoria en las elecciones de 1942. Sin embargo, casi como un estigma de maldición, Ríos falleció de cáncer en 1946 y, al igual que su antecesor, no alcanzó a contemplar el final de su mandato. Por su parte, la Alianza Democrática, pese a encontrarse debilitada por los sucesos descritos, obtuvo un nuevo triunfo presidencial con Gabriel González Videla en 1947. Fue durante este periodo en el que se desató, finalmente, la crisis generalizada.

En el transcurso de la década del cuarenta, el Estado inició el «intento industrializador» del país para mejorar la calidad de vida de la población. El estímulo a la producción, monitoreado por la CORFO –e impulsado tras la Segunda Guerra Mundial–, suponía la intervención directa del Estado Desarrollista en las políticas económicas de la nación, en áreas en donde el control del imperialismo norteamericano aún no se había extendido. Lo anterior motivó la competencia entre el Estado y las empresas privadas nacionales, principalmente, en los sectores energéticos y manufactureros, este último, desde los bienes intermediarios –como el cemento, el vidrio y la madera– hasta los bienes con un capital simple, especialmente en instrumentos agrícolas. De la misma forma, a dichas áreas se les sumarían los avances que evidenciaron la siderurgia y la metalurgia. Esto se tradujo en la creación de la «Empresa Nacional de Electricidad» (ENDESA)

en 1943 y en la «Compañía de Aceros del Pacífico» (CAP) en 1946. Este modelo, conocido como el desarrollo de la Industria de Substitución de Importaciones (ISI), llevó a la economía del país a un periodo de alza pero que se estancó al corto plazo. El intento industrializador nacional pasó a depender –en una gran medida– de la CORFO, la que, a su vez, se constituyó como un banco industrial y no en un organismo planificador para dicha política económica nacional.[31] A este problema se le sumaron la penetración del capital norteamericano y la dependencia de este propio intento industrializador de la nación en torno a las importaciones tecnológicas e insumos provenientes de EEUU. Aquello, por una parte, agilizó la dependencia económica de la nación a través del control de los recursos naturales en manos del capital extranjero, además de los préstamos financieros que realizó EEUU con el país. En relación a lo último, el préstamo de recursos –que registró una cifra de 33 millones de dólares en el periodo de 1940 a 1944– aumentó considerablemente a 183 millones a comienzos de la década del cincuenta.[32] La política de substitución, por otra parte, provocó un aumento en torno a la demanda, no sólo energética y metalúrgica, sino también de los servicios urbanos, manufactureros y alimenticios.[33] Al final de la década del cuarenta, la alta demanda aludida provocó una gran inflación y la economía chilena entró en recesión.

El término de la Segunda Guerra Mundial no significó paz y colaboración entre los pueblos: casi de inmediato comenzó la Guerra Fría entre los bloques del capitalismo y el comunismo. Por su parte, en el país, el duro contexto económico se tradujo en numerosas manifestaciones y huelgas, respaldadas de cerca por el PC, lo que motivó su gran avance en las masas obreras. Sus partidarios comenzaron a criticar a González Videla por no cumplir con sus promesas de favorecer a los sectores populares de la sociedad chilena. El mandatario radical, influenciado por la dependencia económica de la nación en torno al imperalismo norteamericano, decidió aprovechar el conflicto internacional y el avance del PC chileno para dar un golpe conservador: tomó distancia de los comunistas –quienes lo apoyaron en la elección

presidencial de 1947– y formó un gabinete ministerial en el que incluyó a los partidos de la oposición. Al poco andar, la Guerra Fría se presentó en Chile de forma precipitada: los comunistas fueron expulsados, finalmente, de la Alianza Democrática. Por otra parte, el gobierno –adhiriendo a la política anticomunista propulsada por EEUU en los países dependientes– promulgó la «Ley de Defensa Permanente de la Democracia» –denominada también como la «Ley Maldita»– durante el mes de septiembre de 1948, ilegalizando al PC y a sus militantes.[34]

En consecuencia, miles de dirigentes sindicales o militantes comunistas perdieron sus derechos civiles, siendo encarcelados y relegados tras una cacería descontrolada.[35] Pisagua, ubicada en el norte grande del país, fue la ciudad usada como campo de concentración. Allí conocieron la relegación no sólo militantes comunistas, sino que también socialistas y falangistas, los que creían en un sindicalismo verdadero.[36] Por su parte, el PR tuvo consecuencias irremediables, perdiendo su relevancia histórica en la sociedad. Las críticas al gobierno y el estancamiento que evidenció el modelo desarrollista llevaron a los radicales, en el transcurso de la década del cincuenta y en adelante, a perder la hegemonía en el centro político, desplazados por la influencia de la «Democracia Cristiana» (DC), fundada en julio de 1957.

La década del cincuenta fue un periodo para la búsqueda de alternativas gubernamentales por parte de la población. Aquella tendencia llevó a una división dentro de los partidos políticos que conformaron las coaliciones de gobierno durante la década pasada. Mientras que algunos retomaron el frentismo –creando el nuevo «Frente del Pueblo» y el «Frente de Acción Popular» (FRAP) en 1951 y 1956 respectivamente– otros participaron en la segunda candidatura de Ibáñez junto a sectores nacionalistas, el que asumió nuevamente la presidencia en 1952. El discurso de Ibáñez estuvo fuertemente influenciado por el nacionalismo y el populismo, logrando además, una aceptación considerable en la población, en especial, debido al contexto favorable para dichas expresiones –por ejemplo, tras los acontecimientos de la

Revolución Boliviana en 1952 y la arremetida eleccionaria de Juan Domingo Perón en Argentina entre 1946 y 1955– lo que llevó al populismo a convertirse en la opción latinoamericana, principalmente, en aquellos sectores políticos y sociales que se encontraban desencantados de las políticas económicas de los países y del estancamiento del keynesianismo, el que no fijó un avance en la entrega de los derechos ciudadanos a los sectores más precarizados. No obstante, este gobierno –en cuanto a las expectativas realizadas por el propio Ibáñez– pese a proseguir en el camino de la intervención estatal en la economía, no pudo concretar las promesas a las masas obreras. Por el contrario, el reelegido mandatario limitó duramente los derechos a huelga y, al igual que González Videla, reprimió las manifestaciones del pueblo con violencia. Los conservadores y los liberales vieron en el descontento popular una oportunidad para llegar al poder con un candidato que se mostró apolítico e independiente, con el compromiso de una buena administración estatal. Lo anterior determinó, finalmente, el triunfo de Jorge Alessandri –hijo del León de Tarapacá– en la elección presidencial de 1958.[37]

La reorganización obrera y las rupturas sociopolíticas.

La dispersión en las organizaciones obreras tras la división de la CTCH en 1946 y la dura represión gubernamental de los gobiernos de Videla e Ibañez, comenzaron a ser superadas con la reorganización y la unificación de las expresiones obreristas en la «Central Única de Trabajadores» (CUT), fundada durante el transcurso de 1953.[38] Su líder, «Clotario Blest» –considerado como uno de los padres del sindicalismo chileno– abogó por la unidad de todo el movimiento obrero y por la reivindicación de las demandas laborales, con un fuerte sentimiento apartidista.[39] Cinco años más tarde, el Bloque de Saneamiento Democrático –que unió a demócratas, socialistas, comunistas y radicales con el fin de realizar reformas al sistema electoral vigente– con una mayoría legislativa, derogó la Ley Maldita y le devolvió al PC sus derechos electorales perdidos durante casi una década. Pese a la incorporación legal de los comunistas al «Frente de Acción

Popular» (FRAP) –fundado en 1956–, la izquierda chilena, con Salvador Allende a la cabeza, fue derrotada por el descendiente del León. Por su parte, comunistas y socialistas se convirtieron en los principales núcleos de oposición al gobierno, tomando la conducción de organizaciones como la CUT y articulando a los obreros en sus espacios laborales y sociales. Esto permitió que el Frente ampliara su votación en la elección parlamentaria de 1961, obteniendo 33 diputados y 12 senadores.[40] Los resultados de este proceso, motivaron a la izquierda –y principalmente al PC– en sus ansias de conquistar la presidencia. Nuevamente, el FRAP, ya en 1964, presentó al experimentado Allende como su candidato.[41] Para esta ocasión, la izquierda chilena se enfrentó a un enemigo más sublime y que le disputó su base popular: la DC –que en la pasada elección presidencial se había convertido en el partido con mayor índice de votación– reiteró su apoyo a Eduardo Frei, antiguo representante del falangismo nacional.[42]

Efectivamente, los democratacristianos levantaron un gran programa de gobierno, destinado, fundamentalmente, a ganar el voto de las capas medias, así como el de obreros y campesinos. El slogan de la DC –la llamada «revolución en libertad»– llegó a calar muy profundo entre los sectores marginados, seguido de compromisos como el de casa para todos y la reforma agraria. Finalmente, en la elección de 1964, con el apoyo de liberales y conservadores tras el «naranjazo», la DC obtuvo un 56% de los votos contra el 39% de Allende y la izquierda. De esta forma, y ante la holgada diferencia a favor de la DC, Frei es proclamado como Presidente para el periodo entre 1964 y 1970.[43] La nueva derrota del FRAP –deliberada por el escenario bipolar entre las fuerzas aludidas– fue un golpe estrepitoso para las pretensiones reformistas de la izquierda, a la vez que los intentos para captar la mayor cantidad de votos posibles, habían moderado todo su discurso revolucionario.[44] La frustración del PS se descargó en el cuestionamiento realizado hacia el «camino pacífico y legal» que el PC había asegurado en la coalición como el método para conquistar el poder y avanzar hacia el socialismo chileno. Esto, sin duda, también estuvo influenciado –y mucho más allá de la

derrota electoral– por un acontecimiento que marcaría a todo el continente: el gran triunfo de la «revolución cubana». Un grupo de revolucionarios, encabezados por Fidel Castro, llevó a cabo una lucha guerrillera en la Sierra Maestra, la que, tras dos años de enfrentamientos armados entre el «Movimiento 26 de Julio» y el Ejército de Cuba, determinó la caída del militar y dictador Fulgencio Batista, en enero de 1959.[45] El triunfo revolucionario de los cubanos fue un punto de inflexión en las organizaciones políticas y sociales de la izquierda latinoamericana, particularmente, en una fracción del PS chileno. Estos considerarían que también, para el caso nacional, era necesaria una «insurgencia popular» que garantizara la instauración de un gobierno obrero y la expropiación de los medios de producción.[46] Sin embargo, los cuestionamientos no rompieron la relación PS-PC, al menos entre partidarios tradicionales. Al enterarse de las maniobras de ruptura impulsadas por los más radicalizados, el Comité del PS decide la expulsión de estos. El grupo de expulsados, principalmente jóvenes, pasó a formar parte de diversas organizaciones políticas, tales como la «Vanguardia Revolucionaria Marxista-Rebelde» (VRM-R) que, a su vez, se integraría al «Movimiento de Izquierda Revolucionaria» (MIR), fundado en 1965.[47]

Por su parte, el gobierno de Frei se empeñaba, férreamente, en un ambicioso plan: considerando al cobre como la gran viga maestra de la economía chilena, en 1965, el gobierno planteó la adquisición del 51% de las acciones cupríferas en manos de las empresas extranjeras.[48] Esta asociación –entre los capitales del Estado y los capitales monopólicos– fue catalogada como una «nacionalización pactada» y la política de concesión, especialmente con la derecha y con las empresas norteamericanas, sería muy criticada por los sectores políticos. La derecha acusaría al gobierno de Frei de abrirle camino al comunismo, mientras que la izquierda, manifestaba que la nacionalización debía darse en términos más radicales, como a través de la expropiación de los medios de producción. Este periodo contribuiría a generar una serie de posturas políticas que, a la larga, serían irreconciliables entre sí.[49]

«La tierra del carbón»

Los estudios acerca de las localidades y, de igual forma, en torno a los sectores populares del Gran Concepción, han tenido un correlato limitado.[50] Los trabajos más conocidos sobre estas áreas son aquellos que se han realizado para los casos de Lota y Coronel. Ambas localidades son reconocidas, principalmente, por su importancia desde la segunda mitad del siglo XIX como centros de explotación carbonífera e industrial y, además, por sus roles en la articulación del movimiento obrero.[51] En directa consecuencia, la relevancia como una zona económica de gran envergadura, llevó a que, tanto Lota como Coronel, tuvieran la atención particular de las investigaciones históricas y sociales, especialmente, en el desarrollo de los acontecimientos del siglo XX y que se caracterizaron por la pobreza, la marginación y los signos de explotación laboral: en definitiva, las causas de aquel permanente conflicto y de sus grandes luchas reivindicativas.

Los inicios de la explotación carbonífera.

La explotación carbonífera comenzó en el transcurso de la primera mitad del siglo XIX, específicamente, en Lota en 1837 y en Coronel en 1849. Rápidamente, aquella soledad absoluta de estos pequeños poblados con escasos habitantes cambió en cosa de una década, tras el acelerado crecimiento que tuvieron las labores extractivas del mineral. Esto último, fue el producto de la inversión del capital extranjero y nacional a través de una serie de personajes que pasaron a constituir la burguesía minera en el sur del país. Así, Lota, en primer lugar, pasó a constituirse como un recinto privado bajo la propiedad de Matías Cousiño, dueño totalitario del mineral en la localidad aludida. Esto fue el factor relevante que determinó, junto con la unicidad de todos los yacimientos en una sola compañía minera, la idiosincrasia del pueblo lotino.[52] Por su parte, el ambiente en la localidad de Coronel tuvo un carácter cosmopolita producto de las diversas inversiones que realizaron Jorge Rojas –el pionero y fundador de la extracción del carbón en la localidad respectiva– junto a

Guillermo Délano y Federico Schwager, este último, el que con los años se transformaría –eso sí, a poco antes de su muerte– en el dueño casi totalitario del mineral en Coronel. Pese a que esta diversidad burguesa generó enfrentamientos y rivalidades –por lo general, en torno a conflictos por el litigio de terrenos– estos personajes se amortiguaron en su estatus y en el compromiso a una política conjunta cuyo factor fundamental fue la economía de exportación.[53] Pronto, la ganancia efectiva del carbón se vio reflejada en monumentales construcciones, el patrimonio de las familias burguesas locales. Cousiño mandó a diseñar su propio parque –que aún se conserva–, además de su gran palacio en lo alto de la localidad. Por su parte, Rojas y Schwager, realizaron sus obras arquitectónicas en medio de sus establecimientos.

El acelerado crecimiento de la explotación carbonífera trajo consigo, además, un amplio desarrollo físico y poblacional. De esta forma, durante las décadas posteriores al comienzo de las faenas extractivas, no sólo creció el número de habitantes, sino que también se trazaron calles y plazas, se instalaron escuelas y hospitales que, pese a mostrar sus deficiencias, cubrieron por lo menos las necesidades más apremiantes.[54] Si bien, y como se describía anteriormente, se evidenció un avance progresivo del espacio físico, aquello no fue suficiente para evitar el despertar de la cuestión social en la población a finales del siglo XIX. Al contrario de la cotidianidad burguesa local, las familias obreras de Lota y Coronel no tuvieron el beneficio de los excedentes de la producción. Las viviendas obreras eran deplorables, al igual que la salud, la higiene y el resto de los servicios públicos.[55] De la misma forma, la precariedad laboral de las faenas –generalmente con campesinos y peones como improvisados mineros– se traducía en constantes desastres y muertes. No es de extrañar que de este contexto surgieran los primeros pasos que buscaron organizar a los obreros. Estos incipientes intentos, a comienzos del siglo XX, derivarían en la politización de las localidades en el futuro, rasgo característico de la identidad popular colectiva. Así, los mineros del carbón pasaron a enlistarse en ese camino de las grandes luchas sociales de la nación.

La organización obrera local y la gran huelga.

La primera organización obrera de las localidades carboníferas, concreta y efectiva en su accionar, fue la «Federación de Trabajadores de Lota y Coronel», fundada en 1902 a raíz de la influencia política de un grupo de anarquistas provenientes de Santiago. La federación funcionó como sociedad de resistencia y se catalogó como el órgano defensor de los mineros, basando sus aspiraciones en la revolución social. Sin embargo, en 1903 esta agrupación pasó a constituirse en la «Mancomunal de Lota y Coronel», evidenciando un cambio notorio dentro de aquellos ideales originarios. Esto debido a que una de las características principales del movimiento mancomunal en dicho periodo fue su alineación política con el «Partido Demócrata» (PD), el que vió en las diversas mancomunales del país una posibilidad para acceder al entorno del proletariado en las elecciones. El grupo de anarquistas fundadores de la federación, dirigentes también de la nueva mancomunal, pasó a enlistarse en las filas políticas del PD, naciendo la Agrupación Demócrata en Coronel en los años venideros. Este vuelvo político, sumado a la represión de los militares en Lota y Coronel durante la huelga de 1903 –que dejó un saldo de tres obreros muertos tras una manifestación en las calles de las localidades mineras– gestaron la desconfianza y el retroceso en la organización obrera local. Finalmente, este primer intento, de federación a mancomunal, culminó en 1909. De esta forma, el anarquismo sólo fue una chispa que no logró encender el carbón.[56]

Con el transcurrir de los años, la FOCH llegó a los obreros del carbón con la misión de reorganizar las fuerzas locales. De este nuevo contexto en la lucha obrera, surgieron los «Consejos Federales» en Lota y Coronel –al igual que en otras localidades carboníferas, tales como Lebú y Curanilahue–, organizaciones que encabezaron una gran huelga que estalló indeclinablemente en 1920. Con aquella huelga –que se prolongó durante noventa días– los mineros del carbón obtuvieron un triunfo que realzó al movimiento obrero nacional, en especial, tras el logro de una

jornada laboral de ocho horas. El PC, fundado posteriormente en 1922, tomó la representación sindical en Lota y Coronel en los procesos venideros. Esto último influenció a la denominada «Zona del Carbón» en su catalogación de «zona roja» y de gran influencia política para la organización de las fuerzas populares de izquierda entre 1930 y 1970.

La permanencia del conflicto minero.

El periodo que transcurrió entre la gran huelga y la década del sesenta, estuvo marcado por una serie de sucesos políticos, económicos y sociales que afectaron, de una u otra forma, a la población de la Zona del Carbón. Pese a los logros de la huelga antes aludida, la permanencia del conflicto entre los mineros, el empresariado y los gobiernos se mantuvo vigente y fue una de las características esenciales de las localidades carboníferas, las que además, comenzaron a ver la caída de su monoproducción. En efecto, entre 1940 y 1970, el carbón evidenció el inicio del declive pos Segunda Guerra, motivado, principalmente, por la expansión del petróleo en el mercado internacional, terminando por imponerse a las demás fuentes energéticas. El declive trajo consigo la preocupación, no sólo para los empresarios y dueños del mineral, sino que mucho más en los obreros que vieron una crisis en el descenso de las ganancias del carbón. Los despidos, la baja en el número de puestos laborales y el débil incremento de los salarios, fueron los factores para que el conflicto tuviera la permanencia descrita. En este transcurso, ambas localidades se vieron envueltas, nuevamente, en las huelgas obreras.

En consecuencia a lo descrito, Lota y Coronel se alzaron en una huelga en 1947. La represión, eso sí, esta vez fue más dura, ahora, directamente desde el propio gobierno encabezado por Gabriel González Videla. La desdichada Ley Maldita, el estado de sitio, el bloqueo militar, la zona seca y los deportados hacia Pisagua, fueron parte de aquel contexto represivo por el que los habitantes carboníferos debieron pasar. La huelga de 1947 fue una de las últimas oportunidades que tuvieron los mineros para

hacer uso de su cuota de poder en la producción carbonífera y en la posibilidad de paralizar indirectamente el aparato productivo de la nación. Pese a las políticas que, por ejemplo, llevaron al Estado a tomar un rol proteccionista de la industria nacional durante la década del cincuenta, la crisis en el carbón, por ende, en Lota y Coronel, fue irreversible. De ahí en más, el carbón de la zona minera sólo prolongó su agonía.

Con un panorama cada vez más difícil para remontar parte de la producción del mineral y con un crecimiento sostenido en los costos propios de la extracción, a su vez, con gran pérdida en recursos operacionales, se decidió, en la década del sesenta, la fusión de las compañías mineras de ambas ciudades. De esto surgió la «Carbonífera Lota-Schwager», como el primer intento para tratar de frenar una situación insostenible.[57] Al respecto de aquella situación económica y social que transitó la zona en el periodo aludido, sólo entre 1960 y 1964, el desempleo ascendió al 20% de la población total ocupada. Este factor, nuevamente, fue uno de los tantos motivos de la huelga larga de 1960, hecho que se prolongó durante más de noventa días. En este conflicto, parte de la cadena ya descrita, la población carbonífera remeció la conciencia social de la región con una gran marcha desde los centros mineros hacia Concepción, reuniendo a más de 30 mil personas en el trayecto. Sin embargo, el terremoto en el mes de mayo del mismo año, sumió al sur del país en un problema más urgente y prioritario para la opinión pública y gubernamental, llevando al movimiento del carbón a su fin.

La historia de Lota y Coronel, como hemos visto, ha estado marcada por el permanente conflicto minero, por las vicisitudes del rubro y la producción de carbón. Por un lado, la riqueza de la burguesía y el empresariado carbonífero e industrial, por otra parte, la pobreza de sus obreros. Esta contradicción básica nos permite hablar en términos duales, tanto del proceso de acumulación de capitales y generación de riquezas como, a su vez, del surgimiento de un contingente de proletarios de localidades que nacieron y se desarrollaron con una incuestionable dependencia

de la explotación minera y de las empresas asociadas a dichos procesos.[58] Pese al fracaso del movimiento obrero local durante las últimas décadas aludidas, los ideales de la lucha social y de la movilización obrera siguieron presentes, constituyéndose en elementos claves de la identidad local. La necesidad en torno a una organización política, las asambleas, el partido, las alianzas con otros sectores, la solidaridad y el bien común, mantuvieron con vida la autoestima de las localidades. Y la comunión de las esperanzas vino con la revitalización que tuvo la fuerza política y social de izquierda, tras la derogación de la Ley Maldita y el surgimiento de la UP. Tanto Lota como Coronel fueron centros de apoyo primordiales para las campañas de apoyo a Salvador Allende, previo a la elección de 1970 y al paroxismo de dichas esperanzas.[59]

«El ansiado triunfo popular»

Evidentemente, y tal cual se ha demostrado en este primer capítulo, el siglo XX chileno estuvo marcado por aquel cambio de semicolonia inglesa a semicolonia norteamericana. Pese a la dependencia de la nación en torno a los grandes imperialismos en el mundo, el inicio del denominado «siglo corto» –que debe entenderse como el periodo que transcurrió entre 1903 y 1973– también estuvo marcado por la entrada en la escena política del movimiento obrero-popular,[60] el que se nutrió y ensanchó con el pasar de los años a través de los sucesos políticos y sociales que se han descrito en las páginas anteriores. Durante la década del sesenta, la fuerza popular logró ahondar en la comunión de diversas expresiones políticas sectoriales, agrupando así, a los obreros, campesinos, estudiantes, empleados, profesionales y a pequeños agricultores e industriales.[61] Las demandas de dichas expresiones dieron vida a un nuevo «movimiento popular», ya no sólo con una tendencia obrerista como en el inicio del siglo, sino que además con el deseo de aquellos sectores susceptibles a transformarse en una fuerza relevante para impulsar una gran «revolución chilena». Esta alianza tomó su forma concreta con el surgimiento de la «Unidad Popular» (UP) en 1969, coalición política que integró a partidos y organizaciones como el PC y el PS, el «Movimiento de Acción Popular Unitaria» (MAPU), el PR y el «Partido Social Demócrata» (PSD). La UP proclamó a Salvador Allende como el representante de la fuerza popular, pese a las diferencias existentes dentro de la propia alianza.

Salvador Allende, candidato por cuarta vez consecutiva a la presidencia, debió enfrentarse a Radomiro Tomic, candidato de la DC y a Jorge Alessandri, expresidente e independiente con el apoyo del PN. Así quedó configurado el escenario político y social de los «tres bloques» –la izquierda, el centro y la derecha respectivamente– representando sus propios proyectos para la nación a través de sus diversas expresiones partidarias, previo a un proceso eleccionario que marcó un antes y un después en el desarrollo de la historia del país.

Con Allende en septiembre a vencer.

La elección presidencial de 1970 se llevó a cabo el viernes 4 de septiembre, instancia en la que el pueblo chileno se volcó de lleno en las urnas para elegir al nuevo mandatario. Pasada la media noche se supo, finalmente, el resultado de los comicios: Allende obtuvo el 36.63% de los votos, Alessandri alcanzó un 35.29% y Tomic un 28.08%. Pese al estrecho resultado –poco más de treinta mil votos de diferencia entre el candidato electo y su más cercano competidor– y a las especulaciones de lo que este día significaría para el país, la algarabía popular se desató en las calles: ¡Allende, Allende, Allende!... El representante del pueblo, el que parecía un eterno candidato, se erigió victorioso luego de tantos intentos. En la capital, el triunfador se dirigió a una masa emocionada y esperanzada:

> «Les digo que se vayan a sus casas con la alegría sana de la limpia victoria alcanzada…Y que esta noche, cuando acaricien a sus hijos, cuando busquen el descanso, piensen en el mañana duro que tendremos por delante, cuando tengamos que poner más pasión y más cariño para hacer más grande a Chile y cada vez más justa la vida en nuestra patria».[62]

Sin embargo, según la constitución vigente en el periodo, si ninguno de los candidatos obtenía la «mayoría absoluta», era el Congreso Nacional el encargado de definir al mandatario entre las dos más altas mayorías. Al conocer la noticia del triunfo de la UP, la oposición entró en la desesperación. Muchos hablaron de diversas situaciones para evitar que Allende asumiera en la presidencia de la nación, previo a la decisión congresista. Con el apoyo de los norteamericanos, se encargó al General Roberto Viaux el secuestro de René Schneider –Comandante en Jefe del Ejército– para generar un clima de inestabilidad que obligara la intervención de las Fuerzas Armadas e impedir la asunción del mandatario. El plan se ejecutó el 22 de octubre y ante el intento de defensa que ofreció Schneider, sus verdugos lo balearon con el fin de matarle. El 25 del mismo mes, el Comandante en Jefe

del Ejército falleció en el Hospital Militar, a causa del ataque y la gravedad de las heridas que recibió. Pese a los noticiarios y a las interpretaciones de la prensa reaccionaria –sumados a estos intentos de boicotear el ascenso popular al poder– el Congreso llevó a cabo la elección aludida. Un día antes del fallecimiento de Schneider, el 24 de octubre, se realizó la votación en pleno y que otorgó 153 votos a Salvador Allende en contra de los 35 de Jorge Alessandri. Así, y de acuerdo a lo establecido, Salvador Allende fue declarado Presidente de la República de Chile por el periodo comprendido entre el 3 de noviembre de 1970 y el 3 de noviembre de 1976.

Las primeras medidas del gobierno popular.

En la primera etapa del gobierno popular, entre noviembre de 1970 y septiembre de 1972, se aplicó el plan de transición al socialismo, medidas previamente programadas por la UP. Estas acciones combinaron políticas económicas socialistas con otras que se enfocaron en obtener una rápida reactivación económica tras una drástica redistribución de las riquezas del país. En este sentido, por ejemplo, destacaron las inversiones en educación, las que se caracterizaron por la construcción de 131 escuelas en 1971 para atender a 83 mil estudiantes con el desayuno escolar generalizado tras la política del medio litro de leche. En el área de salud pública destacó la construcción de nuevos hospitales y la reparación de otros espacios. A dichas medidas se suman las 76 mil nuevas viviendas en 1971 y las exigencias al respeto de las leyes laborales, hasta entonces vulneradas por empresarios y patrones. Además, se restableció relaciones diplomáticas con Cuba y con el resto de los países del eje socialista en Europa.[63]

En el transcurso final de 1970, a solo un mes de que la UP llegara al poder, se inició la «estatización» de la minería, hasta entonces, principalmente, en manos del capital foráneo. Así, se estatizó el carbón, el salitre y el cobre, este último, el día 11 de julio de 1971. Esta medida también se replicó en otras fábricas, empresas y organismos, tales como, en las industrias textiles de

Tomé y Santiago, la Compañía de Teléfonos (ITT) y el sistema bancario nacional. El fulgor popular se desató en los espacios que antes fueron privados y que ahora, en un giro drástico, eran del Estado y los chilenos: «La Unidad Popular vencedora sería la tumba del yanqui opresor».[64]

Notas al Capítulo I

(1) El historiador y académico argentino Luis Vitale señala que el concepto de «semicolonización» es la «expresión con toda la rigurosidad del carácter de dependencia de la economía chilena en el transcurso del siglo XX». Vitale pone énfasis en los ciclos históricos de la economía nacional y mundial que repercutieron dialécticamente en la política y la sociedad. En pocas palabras se puede señalar que, pese al proceso de independencia chilena a comienzos del siglo XIX, el país continuó siendo réplica del modelo económico colonial, transformándose en semicolonial, que si bien no son lo mismo, en esencia, este último muestra la continuidad de grandes rasgos del anterior, en especial, aquello que hace referencia a la monotonía económica de la oligarquía. El concepto como tal se emplea en sus obras, por ejemplo en la Interpretación Marxista de la Historia de Chile. En Luis Vitale, «Génesis y evolución del Movimiento Obrero Chileno hasta el Frente Popular». Venezuela, Ediciones UCV, 1979, pág. 29.

(2) *Ibidem*, pág. 30.

(3) *Idem*.

(4) Osvaldo Sunkel, «El Subdesarrollo Latinoamericano y la Teoría del Desarrollo». México, Siglo XXI, 1970, pág. 306.

(5) Luis Vitale, Génesis y evolución del Movimiento Obrero… Óp. Cit., pág. 30.

(6) *Idem*.

(7) Igor Goicovic, «Los Escenarios de Violencia popular en la Transición al Capitalismo». Chile, Espacio Regional, Año III, Vol. 1, 2006, págs. 76-77. Este trabajo se encuentra disponible en http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/goicoi/goico0018.pdf.

(8) Luis Vitale, Génesis y evolución del Movimiento Obrero… Óp. Cit., pág. 30.

(9) *Idem*.

(10) *Ibidem*, pág. 31.

(11) *Ibidem*, pág. 32.

(12) Luis Alberto Romero, «Entre el conflicto y la integración: los sectores populares en Buenos Aires y en Santiago de Chile a principios del siglo XX». En *Para una Historia de América*. Vol. 3, Argentina, Los Nudos, 1999, pág. 284.

(13) Luis Vitale, Génesis y evolución del Movimiento Obrero... Óp. Cit., pág. 37.

(14) *Idem*.

(15) Entre estas se pueden mencionar la «Masacre de la Plaza Colón» en Antofagasta el 6 de febrero de 1906 y la «Matanza de la Escuela Santa María» en Iquique durante los últimos días de diciembre del año siguiente. En torno a la primera masacre, no se puede saber con exactitud el número de obreros muertos, aunque se estima, según fuentes de la época, que el número de fallecidos a causa de la represión militar oscila entre 48 y 300 personas. Por su parte, la Matanza de Santa María de Iquique, una de las más emblemáticas en la historia del obrerismo en el país, tuvo un saldo de 150 muertos según la fuente del Ejército y la prensa oficial. Sin embargo, otros trabajos nos entregan la cifra de 3.000 personas fallecidas.

(16) Luis Vitale, Génesis y evolución del Movimiento Obrero... Óp. Cit., pág. 30.

(17) *Ibidem*, pág. 31.

(18) *Idem*.

(29) *Ibidem*, pág. 43.

(20) *Idem*.

(21) *Ibidem*, pág. 47.

(22) *Idem*.

(23) *Ibidem*, pág. 48.

(24) Sobre el «Levantamiento de la Marina», Patricio Manns, cantautor y escritor chileno, realizó un importante trabajo que se titula *La Revolución de la Escuadra*. Chile, UCV, 1972. En lo que respecta a la «República Socialista» se recomiendan los trabajos de Alfredo Bravo y de Manuel Aránguiz. El trabajo de Bravo se titula *Festín de los Audaces*. Chile, Ed. Universitaria,

1932. El trabajo de Aránguiz, por su parte, se titula como *El 4 de Junio*. Chile, Zig-Zag, 1933. Ambos libros están disponibles en http://www.memoriachilena.cl/.

(25) Luis Vitale, Génesis y evolución del Movimiento Obrero... Óp. Cit., pág. 48.

(26) *Idem*.

(27) *Idem*.

(28) *Idem*.

(29) *Ibidem*, pág. 49.

(30) José del Pozo, «Los gobiernos radicales en Chile frente al desarrollo (1938-1952)». Francia, Caravelle, 1989. Este trabajo está disponible en http://www.persee.fr/doc/carav_1147-6753_1989_num_53_1_2406.

(31) *Idem*.

(32) *Idem*.

(33) *Idem*.

(34) *Idem*.

(35) *Idem*.

(36) *Idem*.

(37) *Idem*.

(38) Ignacio Silva, «Auge y Crisis de la CUT: 1953-1973». Se encuentra disponible en http://www.clotarioblest.org/historia_cut_1953-1973.pdf.

(39) *Idem*.

(40) *Idem*.

(41) *Idem*.

(42) *Idem*.

(43) Marcelo Casals, «El Alba de una Revolución». Disponible en https://books.google.cl/books?id=ulZDR4S6iTAC&printsec=frontcover#v=onepage&q&f=false.

(44) *Idem*.

(45) *Idem*.

(46) *Idem*.

(47) *Idem*.

(48) Luis Vitale, Intepretación Marxista… Vol. VII. Disponible en http://www.archivochile.com/Historia_de_Chile/trab_gen/HCHtrabgen0010.pdf.

(49) *Idem*.

(50) Carlos Vivallos y Alejandra Brito, «El sector popular ante el proceso modernizador en el Gran Concepción (Chile: 1880-1940). Perspectivas de análisis». Este artículo forma parte de la Revista de Humanidades UdeC, Vol. 17-18, 2008, pág. 58.

(51) *Idem*.

(52) Oreste Plath, «Folclor del Carbón». Chile, Grijalbo, 1998, pág. 10.

(53) Luis Ortega, «La frontera carbonífera 1840-1900». Chile, Revista Mapocho, N°31, 1992, pág. 134.

(54) *Idem*.

(55) *Ibidem*, pág. 137.

(56) Michael Reynolds, «El repliegue del movimiento social en la víspera del centenario (Iquique, Coronel-Lota 1902-1909)». En Pablo Artaza, Sergio González y Susana Jiles (editores), *A cien años de la matanza de Santa María de Iquique*. Chile, Ed. LOM, 2009, pág. 286.

(57) Manuel Gutiérrez y Héctor Aburto, «Historia de Coronel». Chile, UdeC, 1999. Este trabajo está disponible en http://apuntesdemillalonco.blogspot.com/2008/09/coronel-historia-y-sociedad.html.

(58) Juan Carlos Rodríguez y Patricio Medina, «Reconversión, daño y abandono en la ciudad de Lota». Este trabajo es parte del proyecto FONDECYT, N°1095037. Disponible en http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S071804622011000200009&scrscr=sci_arttext.

(59) *Idem*.

(60) El historiador y académico chileno Mario Garcés alude a que el denominado «siglo corto» es el periodo que transcurrió

entre 1903 y 1973. Afirma además, y siguiendo con lo descrito, que estos setenta años de historia van desde la primera huelga de los portuarios en Valparaíso hasta el Golpe de Estado que puso fin al gobierno de la UP.

(61) Julio C. Jobet, «Notas sobre las concepciones marxistas en el Partido Socialista». Chile, Revista Arauco, N°68, 1965, pág. 53.

(62) Discurso de Salvador Allende ante la victoria de la UP en la elección presidencial, pronunciado desde los balcones de la FECH en la madrugada del 5 de septiembre de 1970.

(63) Luis Vitale, Intepretación Marxista… Óp. Cit.

(64) Extracto de la canción «Venceremos», interpretada por el conjunto Quilapayún y la Orquesta Sinfónica Popular en 1970.

Capítulo II
ANTECEDENTES GENERALES DE LA REFORMA UNIVERSITARIA EN LAS UNIVERSIDADES CHILENAS

Los estudiantes, a nivel mundial, poseen una larga tradición de lucha por la libertad y la democracia de los pueblos, dejando a un lado fronteras y temores.[65] Esta tradición de lucha –que se enmarca, además, dentro de las luchas generales de los sectores populares– tuvo connotado efecto a mediados del siglo XX. Y es que en el trayecto de los años sesenta, se presenció una gran «rebelión de la juventud», principalmente, en buena parte de la juventud universitaria. Este suceso estremeció a muchos países, con una intensidad que difícilmente podría encontrar paralelos en la historia, al menos, hasta aquel entonces.[66]

El contexto descrito en las páginas anteriores –y en especial para el caso chileno– muestra, en su último tramo, este proceso de «radicalización política» que se reactivó luego del triunfo de la revolución cubana en 1959, seguida por la creciente relación de conflictividad entre capitalistas y comunistas, expresada en episodios como la «Crisis de los Misiles» –en Cuba, durante el transcurso de 1962– y la «Guerra de Vietnam», esta última, que se extendió larga y trágicamente entre 1955 y 1975. Asimismo, el crecimiento de los focos insurreccionales en la región junto a las muertes de Camilo Torres –el cura guerrillero colombiano– y Ernesto Che Guevara –mientras intentaba forjar condiciones en Bolivia para una insurrección latinoamericanista– en 1966 y 1967 respectivamente, van a inspirar a la juventud a posicionar sus activos esfuerzos en la radicalización de la política, incluso, en algunos casos, rompiendo con la izquierda tradicional y los populismos para afianzar las bases de verdaderos movimientos revolucionarios.[67]

Los acontecimientos ejemplificados anteriormente, llevaron a la juventud a reencontrarse entre hermanos latinoamericanos, promoviendo consigo la solidaridad continental y movimientos juveniles de protestas que rechazaban la intervención directa e

indirecta de los EEUU en la región, además de la extensión del sistema capitalista, el libre mercado y sus patrones de consumo característicos; la pobreza sin una clara distribución equitativa de la producción de los países y la pérdida de las culturas más tradicionales del continente.[68] No es de extrañar entonces, y en respuesta a lo descrito, que la juventud de la década del sesenta se caracterizara por el redescubrimiento de la artesanía y de la música tradicional de sus pueblos, además de las experiencias de contacto que entre jóvenes latinoamericanos se propiciaban, principalmente, por los numerosos jóvenes exiliados políticos, los que aumentaron notoriamente su presencia en el continente a raíz de las dictaduras militares que se sucedían en el poder de los países. Y en medio de este contexto surgieron intelectuales y artistas, principalmente, en la literatura –destacando Gabriel García Márquez junto a Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa– y en la música –con una amplia diversidad de intérpretes, tales como, Violeta Parra, Víctor Jara, Piero, Daniel Viglietti, Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Mercedes Sosa y grupos como Inti-Illimani y Quilapayún–, los que recuperaron –y revitalizaron– las expresiones culturales del continente, insertándose de lleno en las luchas populares: estos fueron factores esenciales para la configuración de las nuevas organizaciones juveniles.

Asimismo, los movimientos de protesta se adhirieron con fervor a los postulados de la intelectualidad contemporánea de América Latina, la que expresó con gran convencimiento dicha necesidad de realizar una transformación revolucionaria para el continente.[69] Las imágenes de Fidel, Camilo y el Che pasaron a convertirse en posters de las habitaciones juveniles del periodo citado.[70] Los desarrollos de las ciencias y la tecnología –lo que se reflejaba en artefactos como la radio, la televisión, e incluso, la carrera espacial– contribuyeron globalmente a la ola política y cultural que se desataba.[71] La necesidad de los países desarrollados por importar materias primas y exportar la producción, provocó una activación para las economías periféricas. Pese a que la prosperidad económica no llegó a los pueblos con dicha situación, si lo hicieron, por otra parte, las esperanzas en una

transformación de la sociedad. Así, la juventud en rebelión va a comenzar, con su espíritu revolucionario, a manifestarse fuertemente con la idea de que el continente requería urgente de una «Segunda Independencia». En esta generación que irrumpió al escenario histórico relatado existía la percepción, dentro de sus segmentos más radicalizados, de que tanto el viejo orden de la oligarquía, así como la democracia representativa, ya estaban profundamente agotadas. Las ideas de la transformación social del continente comenzaron a cristalizarse, particularmente, en los enunciados teóricos y políticos del socialismo tras el triunfo cubano, así como también, a través de la ineludible conciencia social que se expresó, por ejemplo, dentro de la «Conferencia Episcopal Latinoamericana» –realizada en Medellín en 1968–, instancia cristiana que definió al subdesarrollo como uno de los factores de la violencia estructural de las naciones, además de proclamar que la Iglesia debía optar por los pobres.[72] Aquella corriente de rebeldía juvenil ingresó a la Iglesia Católica dando origen al nuevo discurso de la «Teología de la Liberación».[73]

En consecuencia, este fenómeno político, social y cultural produjo, tanto en el continente como en el país, una fantástica «revolución de las expectativas» que se manifestaría particularmente entre 1964 y 1973, a su vez, principalmente, en aquellos jóvenes militantes o simpatizantes de izquierda, los que con un gran fervor adhirieron a los ideales del movimiento estudiantil continental, e indirectamente, impulsaron a la juventud a luchar para abrir una brecha en el muro del conservadurismo. Al igual como sucedía con la miseria, las opresiones y las injusticias, las victimas comenzaban a abandonar la resignación: aquellos que aceptaban los defectos y las insuficiencias de la educación en la nación, eran cada vez menos.[74] Existió entonces una especie de clamor juvenil generalizado por desconcentrar el poder y ganar la participación en los procesos que decidían el destino de estos pueblos. Es en este contexto, caracterizado por las esperanzas, en el cual debe entenderse el nacimiento de aquel «movimiento reformista de las universidades chilenas» en los sesenta.[75] Este movimiento, principalmente juvenil, va a contar además con la

inspiración de los complejos y apasionantes acontecimientos de la primera mitad del siglo XX, los que revistieron el rumbo y el aprendizaje de sus integrantes.[76] De este modo, es necesaria la revisión de aquellos aspectos que marcaron el camino de aquel movimiento reformista, especialmente, los que se refieren a las acciones estudiantiles y universitarias en las primeras décadas del siglo aludido: la base de esta vasta tradición de lucha que el estudiantado chileno ha incentivado a lo largo de su existencia.

Un poco de historia: el Movimiento de Córdoba.

La idea de una reforma universitaria no era tema nuevo en Chile y tampoco lo era en América Latina.[77] Las inquietudes de los jóvenes estudiantes del continente databan desde comienzos del siglo XX y, en lo principal, fueron acciones que estaban en si orientadas al perfeccionamiento de las universidades, al igual que a la defensa de la libertad y la democracia de las naciones a las que pertenecían respectivamente.[78] En casos particulares, la juventud estudiantil logró articular movimientos dirigidos hacia la eliminación de las injusticias sociales que tanto aquejaban al continente en general, llegando, por ejemplo, a constituirse en fuerzas políticas y sociales considerables.

En consecuencia a lo descrito, los jóvenes estudiantes que se impulsaban por las nuevas ideas del siglo XX, además de las condiciones sociales de sus entornos, lucharon por los cambios en las universidades y en los pueblos, desde lo educacional a lo político-social. De esta forma, surgieron variadas federaciones estudiantiles, propiciando un gran intercambio de aprendizajes y acciones entre países. Así, por ejemplo, en 1909, se realizó el «Primer Congreso Americano de Estudiantes» en Uruguay, que contó con la presencia de representaciones de Chile, Paraguay, Argentina, Perú, Brasil y Uruguay respectivamente. El tema de aquel congreso fue la urgencia de una reforma universitaria que tuviera especial énfasis en la participación de los estudiantes en el gobierno de las universidades. [79] En los años posteriores, se siguió con la línea de los congresos, por ejemplo, en Argentina

en 1910 y en Perú en 1912, con resoluciones similares a las que se emitieron en la primera jornada continental.[80] Esta situación va a evidenciar un giro drástico tras el impacto de la revolución mexicana y la Primera Guerra Mundial, a lo que se le sumará la carga política emanada desde la revolución bolchevique.

En el transcurso de dicho contexto internacional, uno de los movimientos más relevantes de la primera mitad del siglo XX fue el que se produjo en Argentina en 1918, específicamente en el centro de la nación. En la Universidad de Córdoba –fundada en 1613 por el Fray Fernando Trejo y Sanabria sobre las bases del Colegio Máximo de los Jesuitas– existía un vigoroso movimiento estudiantil que había tenido una destacada actuación en los años precedentes.[81] Sin embargo, fue el 21 de junio de 1918 cuando sus estudiantes lanzaron el «Grito de Córdoba», con un movimiento de reforma cuyo contenido y programa, incluso, se podría definir como revolucionario en la época, sacudiendo las bases tradicionales de la educación superior en América Latina. Dicho contenido –expuesto en un manifiesto– hacía un llamado a «transformar el régimen universitario», considerándole a este como anacrónico, anunciando, además, que se estaba «pisando una verdadera revolución» en la institución:

> «Las universidades han sido, hasta aquí, el refugio secular de los mediocres, la renta de todos los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y, lo que es peor, el lugar donde toda forma de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que les dictara».[82]

Este movimiento, a su vez, se expresó en demandas fundamentales como la autonomía universitaria –en lo académico, lo administrativo y lo doctrinario– buscando promover con ello la participación y la representación de los profesores, estudiantes y egresados. La Universidad fue vista como una «república de estudiantes»,[83] desatando la necesidad de ser considerados en la toma de decisiones como, por ejemplo, en las elecciones de las autoridades universitarias a través de asambleas que estuvieran

constituidas por los actores aludidos. Bajo esta línea aparece en escena uno de los conceptos más novedosos y revolucionarios del discurso estudiantil: el de la «soberanía universitaria».[84] De acuerdo a la expresión de soberanía como tal, le correspondería a los jóvenes estudiantes un tercio de los votos en el proceso de elección de autoridades. Los profesores y egresados ejercerían los tercios restantes, recibiendo un tercio cada uno respectivamente. Con este modelo basado en la soberanía universitaria, la juventud estudiantil establecería su participación en los cuerpos colegiados –en referencia al Consejo Superior y a los Consejos Directivos de la institución– y en la elección del Presidente de la Universidad, lo que se realizaría en la asamblea universitaria como tal, compuesta por treinta personas bajo el criterio de los tres tercios ya mencionados.[85]

Asimismo, la idea de la «democratización universitaria» no sólo abarcaría a la elección de las autoridades y representantes, también replantearía los criterios del acceso juvenil a las aulas de la institución. Para ello, se establecería la necesidad de que la Universidad debía abrir sus puertas a todos los egresados del nivel secundario, sin distinciones. Además, el manifiesto de los universitarios cordobeses incluía aspectos como la selección de los profesores mediante concurso público y por sus méritos en su desempeño académico, libertad de cátedra y asistencia libre, conocimientos de los manejos de la Universidad, fomento de la educación popular, ayuda social y económica para estudiantes, extensión universitaria y una estrecha relación de la institución educacional con los problemas políticos, económicos y sociales de la Argentina de dichos años. El impacto del Movimiento de Córdoba tuvo un intenso carácter político. El apoyo que otorgó la ciudad fue fundamental, así como también las paralizaciones estudiantiles en todo el país, sumados a los mensajes de apoyo de las diversas organizaciones juveniles del continente. En un nivel más general, las causas de los jóvenes cordobeses fueron respaldadas por las organizaciones obreras, por los partidos de izquierda y por importantes órganos de la prensa nacional, los que dieron cabida a los acontecimientos de la movilización.[86]

Finalmente, bajo una presión nacional del movimiento y de sus redes de apoyo, el gobierno argentino de la época accedió: nombró a un nuevo interventor que reformó los estatutos de la Universidad y reemplazó a sus autoridades, acatando, además, la mayoría de las demandas estudiantiles.[87] No obstante, y pese al triunfo estudiantil, el planteamiento reformista no se tradujo directamente en el resto de las universidades argentinas.[88] Eso sí, y vale destacar, el llamado latinoamericano de estos jóvenes cordobeses no cayó en un mero vacío, puesto que fue recogido por los estudiantes en Perú, en México y también en Chile. De esta forma, los planteamientos de la autonomía y la democracia universitaria, aunque con mucho más fuerza los que motivaron el concepto de la soberanía, se convertirían, con el pasar de los años, en los fundamentos para los jóvenes estudiantes chilenos en la reforma de los años sesenta, en especial, en las temáticas y propuestas del cogobierno universitario. De allí que la tarea de la Universidad no sólo sería adiestrar a la juventud en torno al conocimiento de técnicas y artes, sino más bien, interiorizar la formación de sujetos que transformarían la sociedad chilena en su conjunto.

La FECH y la naciente organización universitaria chilena.

El Movimiento de Córdoba gestó relevantes repercusiones en Chile, ya que, por primera vez, los estudiantes se alzaron en una lucha en contra de las estructuras seculares. Sin embargo, y sin restarle importancia al Cordobazo, la situación chilena en el inicio del siglo XX fue distinta al caso argentino. En esta línea, durante las dos primeras décadas del siglo aludido, la juventud estudiantil en Chile no se enfrentó a un orden universitario que fuera estrictamente oligárquico y tradicional.[89] Esto se debió a que, si bien, en sus primeros años, las universidades chilenas se caracterizaron por ser totalmente elitistas –a su vez, formadoras de la clase política encargada de dirigir la nación–, durante los últimos años del siglo XIX y el comienzo del XX, el desarrollo económico nacional transformó este panorama descrito. Ante la demanda de nuevos técnicos profesionales, la Universidad fue

ampliando su base social,[90] y en las primeras décadas del siglo pasado, específicamente entre los años 1900 y 1920, las capas medias y la burguesía ascendente comienzan a incorporarse de lleno a la educación superior, proceso en el que la Universidad de Chile (UCH) tuvo un rol fundamental. La modernización de las universidades cobraría, desde dichos acontecimientos, uno de sus impulsos más notorios. Por su parte, los estudiantes del país hicieron suyos los postulados cordobeses, eso sí, sin ser de forma obligada sus preocupaciones fundamentales. El cambio social y los problemas nacionales[91] fueron más relevantes en la juventud chilena del periodo y, salvo algunas interrupciones, la lucha de estos se caracterizaría por ser sostenida en el tiempo y con un sentido altamente constructivo.

Durante muchos años, la lucha estudiantil fue dirigida por los cuadros de la «Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile» (FECH), la más antigua organización de estudiantes en el país. Fue fundada durante el mes de octubre de 1906, tras la necesidad juvenil de contar con una organización autónoma. Desde entonces, la FECH no sólo se limitaría a las actividades culturales y a las problemáticas internas de la Universidad, sino que también –con mucha fuerza y dedicación– a la «educación de los trabajadores». En aquel contexto aludido, desde 1918 –y a raíz del Grito Cordobés–, la FECH comienza a vincularse de forma productiva a las organizaciones y movimientos sociales con un «contenido extrauniversitario» que apuntaba hacia las libertades públicas y a las urgentes necesidades de los sectores populares. En este nuevo espacio de confraternización obrera-estudiantil, la FECH, dirigida por Pedro León Loyola, funda la «Universidad Popular Lastarria», orientada a educar a la clase obrera, promoviendo su avance político y social. Pese a la corta duración de dicha experiencia educativa, esta significó un gran triunfo para la UCH en torno a un acercamiento eficaz con los sectores populares, además de haber propiciado un espacio de preparación concreto para la instrucción de la dirigencia obrera de la época. Esta vinculación se estrechará con la activa participación de la FECH en la «Asamblea Obrera de Alimentación»

en 1919, de la mano de organizaciones como la FOCH, el POS y la Industrial Workers of the World (IWW). Para ese periodo era innegable la existencia de un movimiento obrero en el país, con ideologías concretas –como el anarquismo y el socialismo– y con organizaciones como las aludidas en las páginas previas. La revolución rusa, unos años antes, ya comenzaba a irradiar su influencia por el mundo. La fe en la revolución –como también en el derrumbe del sistema capitalista– llegó a la nación, de tal modo que no sólo impactaría en los obreros, sino que también a los intelectuales y a los jóvenes estudiantes universitarios.

El contexto nacional hacia 1920 alimentó la lucha popular, la que llegaría a un alto grado de intensidad y organicidad.[92] Y frente a este clima motivante para una fuerza revolucionaria, en el mismo año, la FECH realizó su primera convención nacional en la que se aprobó una declaración de principios que asumía la posición de lucha ante los problemas políticos y sociales que el país atravesaba:

> «Ante las necesidades reales de la época presente, la FECH estima que el "problema social" debe resolverse con fuerza bajo la sustitución de principios de las competencias entre los hombres por el de la cooperación […] Es indispensable la socialización de las fuerzas productivas y la consecuente distribución equitativa del producto del trabajo común […] y el reconocimiento electivo del derecho de cada persona a vivir plenamente su vida intelectual y moral».[93]

Al final de la declaración se afirmaba que todo «el progreso social implicaba la perfección moral y cultural de los sujetos». Así, la FECH se definía y tomaba claro partido en la contienda política y social[94] del periodo, más aún, cuando en ese contexto nacional se habían tensado las relaciones con Perú debido a los problemas limítrofes que se acarreaban desde el siglo XIX. En Chile comenzaba a exacerbarse el nacionalismo en contra de la antigua alianza peruana-boliviana, de manera que el Presidente Juan Luis Sanfuentes ordenó la movilización de tropas chilenas

a la frontera nortina ante una supuesta amenaza de guerra.[95] La FECH tomó una posición pacifista y denunció que el supuesto conflicto militar era una maniobra política pagada con el «oro peruano» robado tras la guerra de 1879. En julio de 1920, una turba azuzada por la alta sociedad asaltó el local de la FECH y destruyó sus bienes. El gobierno había comenzado a montar un seguimiento a los «subversivos» y que se conoce hasta hoy, de forma simbólica, por la muerte del destacado estudiante y poeta Juan Gómez Rojas, a cuyos funerales concurrieron setenta mil personas. La dura represión a los estudiantes e intelectuales en 1920 se detuvo con el ascenso de Alessandri en la presidencia. No obstante, la juventud estudiantil no mostró confianza en las reformas del gobierno populista, hecho que se agudizó aun más con la masacre de San Gregorio. Los jóvenes siguieron con sus lineamientos planteados, aunque también debieron abocarse a las disputas en el campo estudiantil, principalmente, en contra de la organización de estudiantes impulsada desde el gobierno, conocida como la «Federación "Fisco" Nacional». Esta nueva organización, en estricta sintonía con las políticas gubernamentales, buscaba propiciar el apoliticismo entre los estudiantes.[96]

La disputa entre las organizaciones estudiantiles citadas fue la principal característica del periodo transcurrido entre 1920 y 1926. En medio del conflicto, el movimiento juvenil chileno se quedó sin líderes representantes, fracasando en su intento por la transformación de la sociedad chilena. No obstante, pese a que esta generación no concretó sus aspiraciones, dejaría una huella muy profunda en la tradición estudiantil del país.[97] Después de varios años –posterior a la desaparición del movimiento social a causa del ascenso de Ibañez al poder– las luchas populares se van a retomar. En la FECH, a su vez, comenzaría el periodo de formación de las nuevas «juventudes políticas».

La juventud estudiantil entre las universidades y la política.

Entre 1930 y 1931 –cuando el pueblo se manifestaba contra la dictadura de Ibañez–, la FECH vuelve a rearticularse y logra

unirse a la causa social, tomándose la Sede Central de la UCH. Para julio de 1931, la paralización de los estudiantes –junto a la toma señalada– era total, uniéndose empleados y profesionales. Asimismo, los obreros también preparaban sus movilizaciones: finalmente, el dictador Ibáñez renunció a su cargo, huyendo del país. Dentro de este movimiento civil que derribó al general, la juventud estudiantil sería el ala más radical, tomando el control de la capital por varias semanas, luego del retiro de las fuerzas policiales. Con dichas acciones, los estudiantes se convirtieron en los héroes de la jornada popular y la cuestión de la reforma universitaria va a cobrar vigencia.[98]

En consecuencia con lo señalado, los estudiantes se fueron abriendo paso en la sociedad, ahora, eso sí, con victorias en la lucha cotidiana. Aquello se refleja, también, durante 1931, con la nueva «Carta Orgánica» de la UCH, medida adoptada por el gobierno de Juan Esteban Montero. En dicha carta se contenían importantes logros de la comunidad estudiantil, tales como una ampliación de la autonomía universitaria y de las funciones del rector, además de la independencia económica de la institución, los concursos públicos para proveer las cátedras, el aumento de la investigación científica, la extensión académica, el bienestar de los estudiantes y el reconocimiento de su organización. Pese a que no se logró concretar una participación estudiantil en las elecciones de las autoridades universitarias y en los organismos directivos de la Universidad, se evidenciaron avances concretos como, por ejemplo, en la creación de la Secretaría de Bienestar, organismo que centraría sus esfuerzos en el apoyo a los jóvenes estudiantes e incorporando así la asistencia social dentro de los principios universitarios:

> «La Universidad “debe protección a sus estudiantes”. Debe procurar su bienestar y perfeccionamiento. La Universidad ha dejado de ser una institución exclusiva de los docentes y así se ha convertido en una entidad que resguarda el patrimonio humano que la sociedad deposita en sus manos para el periodo de preparación».[99]

Dichos logros se debieron en gran medida al nacimiento de grupos políticos que fueron dinamizando el accionar estudiantil chileno. Estos grupos, por su parte, van a surgir a raíz de que la clase obrera necesitaba una vanguardia eficaz que dirigiera sus acciones políticas. De ahí nació un rasgo esencial de este nuevo periodo: la formación de las juventudes políticas. Los jóvenes comprendieron que la participación en la transformación social debía darse a través de partidos políticos y de nuevas organizaciones.[100] En este acontecer, los partidos políticos –sobre todo el PC, el PS, el PR y más adelante la corriente socialcristiana– comenzaron a influir en las luchas estudiantiles con el accionar de sus juventudes políticas en reciente formación.[101] Surgieron así, por ejemplo, el Grupo Avance, perteneciente a la juventud del PC y que llegó a tener gran militancia entre los estudiantes; la Brigada Socialista, perteneciente a la juventud PS y el Grupo Renovación del socialcristianismo. En una segunda etapa, bajo un clima nacional proclive a la alianza entre sectores obreros y las capas medias por el antifascismo, las juventudes formaron el Grupo Universitario Antifascista (GUA) que reuniría tanto a las juventudes comunistas como a las radicales y socialistas.[102] Pese a las discrepancias, principalmente entre los comunistas y los socialistas, la FECH apoyaría a Pedro Aguirre Cerda como candidato a Presidente para la elección de 1938. Poco antes de dicho proceso, vale destacar, el «nacismo» universitario era un fenómeno muy relevante entre los estudiantes. Con un discurso antioligárquico y antipartidista llegó a contar con una fuerza de consideración en la Universidad.[103] El declive de esta corriente sólo se dio tras la matanza del Seguro Obrero, en septiembre de 1938. Un grupo de 63 jóvenes nacionalsocialistas, 14 de estos universitarios, fue brutalmente masacrado por los militares tras haberse rendido.[104] Este suceso se transformaría en otro de los símbolos de la represión en la historia estudiantil chilena.

Los logros obtenidos por los estudiantes en la primera fase de la década del treinta, y mucho más aún, los planteamientos estudiantiles para transformar los sistemas y planes de estudios, objetivos que –en conjunto con la labor política de la juventud–

caracterizaron el periodo entre 1930 y 1938, no se reflejaron en los años posteriores. Desde 1940 a 1945, los movimientos por la educación fueron escasos y se opacaron por la escisión entre los intereses de las bases y los de sus propias dirigencias en el periodo, excesivamente politizadas y partidizadas.[105] En aquel contexto, prevaleció el fraccionamiento de la fuerza popular y, por primera vez, la FECH es ganada por el nuevo discurso del «gremialismo» universitario, impulsando una separación entre los problemas sociales y los problemas de la Universidad. Esto generó un gran impacto para la tradición estudiantil, ya que la unidad de ambas problemáticas y el especial interés juvenil por la cuestión social, habían sido sus grandes fortalezas. Por estos motivos, desde 1947 en adelante, los estudiantes se alzaron en contra del gobierno de González Videla, apoyando, además, las huelgas de los mineros del carbón y rechazando de lleno la Ley Maldita. El mismo año, los estudiantes de la Escuela de Artes y Oficios impulsaron un movimiento que destacó ante la carencia de acciones estudiantiles aludida. Dicho movimiento abogó por la creación de una Universidad Técnica chilena, sobre las bases de la Escuela de Artes y Oficios. Finalmente, y ante la presión ejercida por los estudiantes, el gobierno autorizó el decreto que daba por creada la nueva institución. Nacía así la Universidad Técnica del Estado (UTE), comenzando con sus actividades en el transcurso de 1952.[106]

La oposición estudiantil al gobierno llegó al máximo nivel en 1949, con las manifestaciones en torno al alza de la tarifa de la locomoción y que dieron lugar a la denominada «revolución de la chaucha». En adelante, otros movimientos que destacaron fueron el de la Escuela de Medicina en 1955 y el de la Escuela de Arquitectura de la UCH entre 1959 y 1960. Pese a esta gran discontinuidad en la lucha estudiantil durante aquel periodo, lo singular de estos movimientos es que con escasos logros van a iniciar –a partir de 1945– la transformación institucional de las universidades chilenas. Esto debido a que entre 1940 y 1950, el profesorado y la academia progresista aparecieron en las aulas universitarias lo que, en consecuencia, conllevó a una creciente

participación de los jóvenes profesores –y de izquierda– en las bases del movimiento estudiantil y en sus reivindicaciones más históricas.

La situación de las universidades chilenas entre 1950 y 1965.

Entre 1950 y 1965, el sistema universitario del país estaba compuesto por ocho universidades. Tanto la UCH –la primera Universidad fundada en la nación y que se constituía en dicho periodo como la más importante– y la UTE –que había iniciado sus funciones en 1952– eran las dos universidades chilenas que tenían un carácter público.[107] De las instituciones restantes, tres estaban en poder de la Iglesia Católica: la Universidad Católica de Chile (UC) –la primera institución universitaria de carácter privado–, la Universidad Católica de Valparaíso (UCV) creada en 1928 y la Universidad Católica del Norte (UCN) fundada en 1956. Finalmente, las últimas tres instituciones eran de carácter privado: la Universidad Técnica Federico Santa María (USM) creada sobre la base de la herencia de un millonario en 1931, la Universidad Austral de Chile (UACH) fundada en Valdivia en 1954 y la Universidad de Concepción (UdeC), fundada bajo el alero de la comunidad penquista en 1919.[108]

En comparación a otros países latinoamericanos, el sistema universitario chileno poseía muy pocas instituciones. En efecto, durante el transcurso de la década del sesenta, Argentina y Perú contaban con 30 universidades, Brasil con 42, México con 45 y Colombia con 26.[109] Si bien, a simple vista, se genera una gran disparidad entre el caso nacional y los países ejemplificados, la situación es explicable en la medida en que tanto la UCH como la UTE contabilizaban, entre ambas, aproximadamente unas 16 sedes en provincias.[110] Esta ampliación de las universidades –y en especial la política de extenderse hacia otras provincias– fue parte de un fuerte crecimiento que experimentó el sistema entre los años cincuenta y sesenta a causa de la alta demanda en las matrículas universitarias. En cifras concretas se puede señalar que el total de estudiantes universitarios matriculados aumentó

de 14.181 en 1952 a un total de 32.995 en 1964.[111] No obstante, pese a que este gran aumento de las matrículas fue catalogado como «espectacular»,[112] no transformó la estructura del sistema universitario ni trastocó la distribución de matrículas entre las instituciones públicas y privadas, en donde la UCH y la UTE se caracterizaron por contener a casi dos tercios de los estudiantes matriculados en el periodo.

Si bien hubo un crecimiento notorio y relevante en el total de los estudiantes universitarios matriculados, su «composición social» como tal no reflejaba los mismos cambios. En esto aún influía de lleno una herencia colonial en donde la educación era dominada por un «odioso privilegio de casta».[113] Durante 1967, sólo el 5% de los jóvenes entre los 20 y 24 años se formaba en la Universidad, una cifra muy pequeña si se comparaba con el 16.7% de la URSS y el 44% de EEUU.[114] De estos jóvenes más afortunados, a su vez, muy pocos provenían de familias obreras y campesinas, una situación que en América Latina se traducía en que menos del 10% de los universitarios pertenecía a dichos sectores populares.

Para el caso chileno, el Instituto de Investigaciones Estadísticas de la UCH realizó, en la década del sesenta, un estudio en torno al origen social de sus estudiantes. El estudio arrojó que sólo un 2.1% de los matriculados provenía de extracción obrera y campesina.[115] Esta situación particular se ha de comprender si se considera que los principales logros en la apertura social de la UCH, durante las décadas pasadas, sólo habían beneficiado a las capas medias, que ocupaban el 80% de los matriculados en el periodo señalado.[116] El mismo panorama se daba en la UTE, en donde la distribución social de los egresados en 1963 arrojó que el 5.4% de los universitarios provenía de familias de origen obrero y campesino.[117]

En materia económica, las universidades latinoamericanas eran sostenidas por la colectividad. Sus recursos provenían –en un 80% o 90%– de las cajas fiscales de cada nación, ya fueran

públicas o privadas. Para el caso chileno, se replicaba el mismo panorama continental: las universidades estaban financiadas en un 90% por el aporte fiscal. Además, poseían una estructura de gobierno «presidencialista», presididas por rectores que tenían amplias facultades y con organizaciones administrativas que se combinaban en tendencias centralizadoras, expresadas bajo una serie de servicios y agencias funcionales a las propias rectorías. La descentralización sólo se reflejaba en torno a la «Facultad», la que disponía de una «relativa autonomía» para organizar sus actividades académicas.[118] La elección de rector en las diversas universidades del país no se realizaba en base a un proceder de carácter común para todas. Por una parte, en la UCH –la que ya había obtenido logros para una autonomía en las funciones del rector– era el «claustro universitario» –el que estaba integrado por profesores ordinarios y extraordinarios de las facultades– el encargado de la elección del rector. Las direcciones internas de este periodo se habían tornado abiertamente progresistas. Así destacaron, por ejemplo, el radical Juvenal Hernández, Rector de la UCH entre 1931 y 1953. Le siguieron, el prestigioso Juan Gómez Millas, entre 1953 y 1963, y Eugenio González –masón y socialista– entre 1963 y 1968 respectivamente. Por otra parte, en el extremo de la modalidad eleccionaria, se encontraban las universidades privadas. Allí, los rectores eran elegidos a través de procedimientos que expresaban la voluntad de instituciones o agentes externos. Tal era el caso de la UC, en donde el rector era designado por la Santa Sede, con previa autorización de la «Sagrada Congregación de Universidades».[119] En ambos casos, tanto en el presidencialismo como en la designación externa, el pueblo y los hijos de los trabajadores no tenían posibilidad de educarse en las aulas de las universidades. La estructura de las instituciones se caracterizó por el autoritarismo, situación que iba a ser duramente cuestionada por los estudiantes en los años venideros.[120]

Este contexto ya señalado anteriormente se ve impulsado, también, por el proceso de modernización de las universidades. El resultado de este proceso fue tangible en los nuevos jóvenes

profesionales, los que se familiarizaron con las nuevas formas de especialización en el desarrollo científico y se sensibilizaron con la democratización del gobierno universitario y la apertura social. En honor a la verdad, la tranquilidad se fue rompiendo con la irrupción de las masas en la Universidad, lo que pondría a prueba la capacidad de adaptación de las instituciones a una modernización constante. En primera instancia, las críticas del estudiantado se centraron en que las propias universidades no se preocupaban de atender las necesidades del país ya que sólo se interesaban en sus objetivos modernizantes. De esta forma, las universidades eran torres de marfil inalcanzables, las que se dirigían de forma conservadora, alejadas de la sociedad y sin la evaluación de antemano que determinara la relevancia de éstas en el desarrollo nacional.[121] No es de extrañar entonces que, en las universidades cuyos rectores eran elegidos por mecanismos externos, hayan surgido los primeros escenarios más críticos y con un profundo déficit en la legitimización de sus autoridades. Comenzaría a resurgir el descontento estudiantil, generalizado, aún más, por los contextos globales. En la mitad de la década del sesenta, la idea de que la educación chilena requería de una gran transformación logró el realce y la madurez, traducida en una diversidad de movimientos reformistas. En otras palabras, dichos movimientos se convertirían, a su vez, en el reflejo de lo que el movimiento popular iba a desarrollar en el país.[122]

El inicio de la reforma: descontento y radicalización.

En la etapa inicial de la década del sesenta, el movimiento estudiantil era liderado por los democratacristianos. Y es en la segunda etapa de la década en cuestión en donde irrumpe aquel ideario de una reforma: la Universidad debía entrar, también, al cambio social.[123] En este sentido, vale señalar que las primeras nociones para las bases de los movimientos reformistas fueron surgiendo, naturalmente, de las críticas a las universidades, las que se centraron en contra de sus rígidas estructuras. Siguiendo con esta línea, las instituciones educacionales se habían vuelto excesivamente profesionalizantes y pragmáticas, con índices de

deserción, abandono y fracaso muy elevados.[124] Por lo demás, las decisiones relevantes a nivel de facultades las adoptaban los decanos y unos pocos catedráticos, imponiendo los programas y planes educativos, desprovistos, por lo general, de enfoques renovadores en torno a la realidad nacional. A lo ya aludido se le sumaba la dura crítica a la enseñanza como tal, la que, según los estudiantes, poseía un uso desmesurado de viejos métodos basados en la memorización, rígidos, sin posibilidades de tener una diversificación. En lo económico, los bajos presupuestos y recursos mantenían a escasos profesores en jornadas completas, pese a que la mayoría de estos contaban con contratos que sólo eran de tiempo parcial.[125]

En lo que respecta a la unidad con la sociedad, la extensión sólo se realizaba hacia dentro de las universidades y persistía a través de una tendencia elitista.[126] El autoritarismo, como ya se había descrito, no sólo se expresaba en la falta de participación, sino que, además, se daba en un sistema de exclusión en el que primaba el ingreso de los más acomodados de la sociedad. Pese a los avances de la modernización universitaria, existía la gran dependencia cultural, científica y tecnológica del extranjero, en especial, de los EEUU. Aquello, claramente, se traducía en una serie de consecuencias que distorsionaban la educación chilena en relación a sus propias necesidades concretas. El centralismo tenía un rol negativo y las sedes provinciales eran consideradas como de «segundo orden». Finalmente, los atropellos contra la autonomía universitaria y la arbitraria asignación de recursos y proyectos hicieron pensar en la necesidad de institucionalizar la «independencia del sistema universitario» para impulsar así su desenvolvimiento propio.[127] En consecuencia, estas críticas ya analizadas, en su momento, pusieron en manifiesto la crisis de las universidades chilenas y su relación con la crisis social que atravesaba el país en general, desde la necesidad de democracia universitaria hasta una real transformación de la sociedad.[128] Y por mucho más que se quisiera evitar, vino la ruptura total. Las criticas y los cuestionamientos estudiantiles se extendieron por las instituciones y se convirtieron en elementos comunes.

Con la elección de Eduardo Frei en 1964, la DC comenzó a dar el pie inicial a la revolución en libertad, pretendiendo llevar a cabo importantes reformas al sistema capitalista dominante. Gran parte de los sectores medios –entre estos, los estudiantes universitarios– apoyaron el programa democratacristiano. Sin embargo, las expectativas fueron más grandes que los logros de este gobierno. En el transcurso del periodo de Frei, los obreros y los sectores populares se situaron como oposición frontal. La derecha ya no tenía el control político y contemplaba su poder económico amenazado. Las demandas populares acrecentaron y el gobierno se vio sobrepasado. El contexto latinoamericano, relatado en las páginas anteriores, llevó a las fuerzas populares al camino del socialismo, principalmente a una juventud que se había inspirado en el ejemplo revolucionario de los cubanos en 1959. De esta forma, las juventudes políticas –y especialmente aquellas que pertenecían a los partidos de izquierda– retomaron un papel preponderante. Si bien la DC poseía la mayoría de las federaciones universitarias en el inicio del proceso reformista, la FECH perdió su protagonismo, el movimiento estudiantil se descentralizó y las universidades tales como la UC, la UTE y la UdeC, tendrían la relevancia en dicho proceso. La polarización había llegado a la Universidad y la lucha por la reforma dentro de los diversos planteles sería, fundamentalmente, una lucha de un carácter abiertamente político e ideológico.

«La Reforma Universitaria en la UTE y la UdeC»

Los objetivos de los movimientos reformistas universitarios.

Como hemos evidenciado anteriormente, se puede afirmar con certeza que el factor fundamental que permitió desarrollar y profundizar la reforma fue el movimiento estudiantil.[129] Así, en consecuencia, fueron los propios jóvenes estudiantes los que plantearon su «Programa de Reestructuración Universitaria» en el que se tomaba en cuenta que la reforma en las universidades chilenas debía contribuir al progreso institucional, no sólo en la Universidad como tal, sino que, también, en la sociedad. Entre 1966 y 1967, surgieron los primeros objetivos del movimiento estudiantil en torno a lo ya aludido. El académico e historiador Jorge Barría, definió las propuestas estudiantiles en 10 puntos:

(1) Coparticipación estudiantil en el gobierno universitario.
(2) Vinculación de graduados en el quehacer universitario y participación en la gestión institucional.
(3) Asistencia libre.
(4) Docencia libre.
(5) Periodicidad de la cátedra.
(6) Publicidad de los actos universitarios.
(7) Extensión universitaria.
(8) Ayuda social y bienestar de los estudiantes.
(9) Autonomía orgánica.
(10) Orientación social y bienestar de las universidades.[130]

Algunos de estos puntos fueron comunes en las plataformas de lucha universitaria, en especial, los que se relacionaban a la participación de la comunidad en la elección de las autoridades y en la conducción de las instituciones. A esto se le sumaban la autonomía académica, administrativa, financiera y territorial de las universidades, una estricta observancia del pluralismo y del respeto a la diversidad de pensamientos y la eliminación de las discriminaciones de cualquier tipo.[131] Con el avance mismo del movimiento reformista en las instituciones, el programa que se

ha presentado fue abarcando una serie de puntos con amplitud política-social, y a su vez, radicalizando y complementando los objetivos iniciales. El académico venezolano Arturo Salazar se encargó de reducir a cuatro los objetivos fundamentales tras el auge estudiantil en el proceso reformista:

> (1) Abrir la Universidad a sectores más amplios, sin previa consideración de su origen y posición social, y facilitando en todo lo posible el acceso de estos a las profesiones y las especialidades. De aquello derivó la asistencia libre para el beneficio de los estudiantes que trabajan.
> (2) Entregar acceso a todos los intelectuales y profesionales competentes, sea cual fuera su ideología y su procedencia. De aquello derivó la cátedra libre y la periodicidad para el contrato profesional.
> (3) Democratizar el gobierno universitario. De esto derivó la participación de los estudiantes y de la comunidad en las universidades.
> (4) Vincular la Universidad con el Pueblo. De esto derivó la publicidad de los actos, la extensión cultural, las sedes de carácter popular y la colaboración obrera-estudiantil.[132]

Las demandas de los grupos estudiantiles fueron ampliando su fuerza y su contenido, frente a una élite universitaria que no tenía la suficiente eficacia para resolver los problemas. Con lo ya aludido, la reforma estalló en la UCV en junio de 1967 y se extendió, posteriormente, en agosto, a la UC, donde adquirió el impacto requerido. El país entero se remeció tras la toma de la Sede Central en Santiago, seguida por una serie de hechos que estuvieron marcados por la violencia, principalmente, entre los grupos proclives a la reforma y los gremialistas que intentaban reconquistar por la fuerza el espacio. Uno de los elementos más críticos con el movimiento reformista fue el diario El Mercurio, socavando la tradición estudiantil y acusando una «infiltración comunista». La respuesta de los reformistas –quizás uno de los acontecimientos más simbólicos– fue un gigantesco cartel en la fachada de la UC: «Chileno, El Mercurio Miente».

Ante la prolongación de la toma, sería la Santa Sede la que tomaría cartas en el asunto, designando como figura mediadora al Cardenal Raúl Silva Henríquez. El 20 de agosto, el Cardenal se reunió con los estudiantes y resolvió aceptar las demandas. Así, la toma llegó a su fin y se retomaron las clases. En pos del acuerdo, se nombra Rector a Fernando Castillo Velazco, el que al poco tiempo es elegido y ratificado en su puesto, previo a un claustro pleno y con la participación de la representación de los estudiantes en un 25% de la elección como tal. De esta manera, Castillo pasó a ser el «primer laico» en dirigir la rectoría de la UC.[133] En este nuevo periodo, se acentuó la democratización y el acceso a las aulas, además de estrechar la vinculación con el pueblo. En consecuencia a lo descrito, se creó el Departamento Universitario Obrero Campesino (DUOC) en 1968, como parte de la extensión universitaria de la UC. A esta medida se le debe agregar la flexibilización del sistema curricular con la intención de que los estudiantes definieran sus programas de estudio con alternativas abiertas o dentro de un marco curricular flexible de exigencias. Asimismo, se aumentó el número de académicos y, casi todos, con jornada completa. Estos promovieron una serie de centros de estudios interdisciplinarios, tales como, el Centro de Estudios para la Realidad Nacional (CEREN) y el Centro de Estudios para la Planificación Nacional (CEPLAN). El Rector Castillo encabezaría la gestión de la UC hasta 1973, tras haber sido reelegido en el cargo en 1970.

El caso de la UTE entre 1967 y 1973.

El caso de la reforma en la UTE debe ser, seguramente, uno de los más exitosos en la historia, lo que llevó a esta institución a posicionarse como la vanguardia de la transformación educacional en el país. En efecto, la «Federación de Estudiantes de la UTE» (FEUT) había iniciado, tempranamente, durante 1961 su lucha abierta y decidida por la reforma universitaria.[134] Dichas acciones reformistas tuvieron un carácter continuo, alcanzando sus puntos más altos en 1966, tras el triunfo de la movilización estudiantil que le brindó más recursos del Estado al plantel. En

1967, la FEUT comenzó sus acciones con la toma de la sede en Santiago el 14 de septiembre, en víspera de la asamblea que el Consejo Universitario realizaría para la elección del candidato a Rector. Este último debía ser presentado al gobierno para que aprobara su nombramiento.[135] La FEUT exigía la participación estudiantil en la elección del Rector y que este, a su vez, fuese elegido democráticamente por la comunidad universitaria en su conjunto, evitando así que la decisión pasara plenamente por el Consejo, cuyos integrantes –al menos la mitad– no pertenecían a la Universidad.[136] El Consejo se realizó en otras dependencias y se eligió al candidato a Rector que fue ratificado por Frei. En octubre del mismo año, se logró la mediación ministerial con la participación directa de Juan Gómez Millas. Junto con esto, se decretó la creación de la «Comisión Nacional de Reforma» que estuvo compuesta ampliamente por profesores de la UTE y los representantes de la FEUT, resolviendo los planteamientos más básicos y esenciales para la reforma universitaria en la casa de estudios señalada. La comisión determinó que el Rector –antes ratificado por Frei – debía renunciar al cargo, asumiendo, en su lugar, un mando interino, hasta la normalización del proceso de reforma. A mediados de 1968, el Consejo realizó una «consulta universitaria» para la elección de un nuevo Rector. Por primera vez en la historia de las universidades chilenas, los estudiantes y los docentes de la UTE –en forma democrática– participaron de un proceso eleccionario de tal envergadura. El 20 de agosto de 1968, la emblemática y simbólica elección arrojó como gran vencedor al académico Enrique Kirberg Baltiansky, candidato de las fuerzas políticas y sociales impulsoras de la reforma.

Si bien, en un comienzo, los resultados de la reforma en la UTE no fueron los esperados debido –como lo define el propio Kirberg– a la terquedad del gobierno chileno de la época, estos se concretaron, provechosamente, con el ascenso de Salvador Allende al poder. En diciembre de 1971, fue aprobado el nuevo estatuto de la institución, en una ceremonia encabezada por el mandatario. En sus cuatro artículos iniciales, el nuevo estatuto contenía la función de la institución ante la sociedad:

«Artículo N°1: “La Universidad Técnica es una comunidad democrática y autónoma de trabajo creador, destinada a la conservación y al desarrollo de los bienes del saber y de la cultura, empleando los medios de la investigación científica y tecnológica, la creación artística, la docencia superior y la extensión”. En el cumplimiento de estas funciones, la UTE debe contribuir a crear “conciencia crítica y una decisión de cambios” para construir una nueva sociedad».[137]

Además, este estatuto establecía el funcionamiento final de las medidas reformistas en la institución. Estas comprendían la democratización con la participación total de la comunidad en la toma de decisiones internas a través de los representantes y sus ponderaciones previamente asignadas; la profunda relación con los problemas nacionales a través del nuevo enfoque de las carreras, de las investigaciones y de las asesorías a empresas y departamentos del Estado; y la extensión universitaria a través de la expansión de la ciencia, del arte y la cultura al pueblo.[138] Y en consecuencia a lo descrito, fue en la «extensión» como tal donde la UTE registró logros relevantes y emblemáticos para la escena universitaria nacional. La institución puso a disposición de las transformaciones políticas y sociales todos sus recursos y elementos, tales como la radio y el cine, impulsando con ello el arte y la cultura en todas las capas de la población y en todas sus manifestaciones.[139] De allí emanaron expresiones culturales como el Nuevo Teatro Popular del convenio entre la CUT y la UTE, integrado por obreros y campesinos; el Ballet Folclórico de la UTE; los grupos Quilapayún e Inti-Illimani; los músicos e intérpretes Isabel Parra, Ángel Parra y Víctor Jara, todos ellos, personajes procedentes de dicha institución. Estas experiencias proliferaron en nuevas agrupaciones artísticas y culturales que surgieron, en la misma línea –confluyendo obreros, campesinos y universitarios– a lo largo del país.

Por su parte, los trabajos científicos y académicos propios de la UTE tuvieron su expansión por el territorio nacional con la creación de nuevas carreras, ya no sólo en la Sede Central y

en las ocho restantes que poseía, ahora la Universidad llegaría a los pueblos directamente, motivando con ello, el gran paso para la «extensión académica», el logro institucional más relevante de la UTE en el periodo reformista. Esta función vincularía las actividades universitarias con las comunidades, principalmente, con las familias obreras y campesinas. Las llamadas «carreras cortas» tenían como misión la formación de nuevos técnicos y profesionales para la transformación social del país, ayudando a resolver la problemática educacional de aquel contingente de jóvenes que, hasta ese entonces, no tenía posibilidad de acceso a la educación superior. La UTE intensificaría sus convenios y acuerdos con instituciones y empresas de la nación, creando, de forma previa y en diversas zonas seleccionadas, escuelas para la «nivelación» de estudios. Estas permitieron que los obreros y los campesinos, las dueñas de casa y los jóvenes de los sectores marginados, regularizaran y completaran los estudios primarios y secundarios, por lo general, postergados por las necesidades económicas y sociales. Esto, a su vez, cimentó las bases para la creación de los «institutos tecnológicos» o las nuevas sedes de la UTE a lo largo del país. Para 1973, funcionaban 24 institutos con un total de 10.721 estudiantes.[140] El acercamiento social le valió a la UTE la ampliación de su matrícula. Si al comenzar la reforma en 1967, la cantidad de estudiantes matriculados era de 8.482, para 1973, esta se incrementó notablemente a una cifra de 32.273 estudiantes, lo que, porcentualmente, se traducía en un 21.1% del total de la matrícula universitaria registrada en el país durante aquel periodo.[141]

En consecuencia a las nuevas políticas institucionales y al accionar de aquellas en el territorio, la composición social de la Universidad tuvo importantes modificaciones. Si para 1963, el porcentaje de estudiantes que provenían de familias obreras era de un 5.4% del total de los matriculados, para 1973, la cifra se incrementó más allá del 30%.[142] Los logros de la UTE tendrían una repercusión relevante en la región del Biobío, ya que, tanto en Chillán, Concepción y Lota se inauguraron institutos, dando el camino y el ejemplo a las instituciones regionales y locales.

El caso de la UdeC entre 1969 y 1973.

El caso de la reforma universitaria en la UdeC adquirió una serie de características propias debido a tres circunstancias muy específicas y que marcaron el desarrollo de este proceso.[143] En primer lugar, tiene que realizarse una referencia obligada al rol hegemónico de la masonería en el cuerpo docente y administrativo de la Universidad, un sector que proponía más o menos en forma silenciosa a los candidatos a la rectoría de la institución, marcando, con ello, el dominio en el Claustro Pleno.[144] Así, en segundo lugar, también es necesario hacer una referencia sobre el rectorado de David Stitchkin Branover –quien dirigió a dicha institución entre 1956 y 1962, y en un segundo periodo crucial, en 1968– que dio marcha anticipada a las transformaciones que serían profundizadas posteriormente por el proceso de reforma. Finalmente, en tercer lugar, cabe señalar la importancia política del «Movimiento de Izquierda Revolucionaria» (MIR) entre los jóvenes penquistas. Pese a las grandes diferencias ideológicas y políticas existentes –principalmente entre la juventud penquista y las autoridades universitarias– la reforma, de todas maneras, sería puesta en marcha.

La UdeC fue fundada, como ya mencionábamos en pasajes anteriores, en 1919 por iniciativa de destacados personajes de la comunidad local. Su primer Rector, Enrique Molina, estuvo a cargo de la casa de estudios hasta 1956. Bajo el liderazgo de Molina, la Universidad logró convertirse en el principal centro académico de la zona sur de Chile.[145] Desde sus comienzos, los sueños de este emblemático Rector se inspiraron en la creación de una «Universidad Nueva», que promoviera el progreso y el desarrollo del país en su totalidad,[146] estableciéndose, a su vez, como un ambiente de serenidad y justicia, de cooperación y de cordialidad, que, dando tranquilidad y paz al corazón de todos sus integrantes hiciera más fecunda y fructífera la labor propia de la inteligencia. Y para las labores de la inteligencia humana, en forma concreta, la UdeC contaba con las principales carreras universitarias del periodo –Medicina, Derecho e Ingeniería– las

que se acompañaban de actividades de extensión cultural, tales como las Escuelas de Temporadas y las capacitaciones para los profesionales en ejercicio de la zona.[147] En lo que respecta a la institucionalidad universitaria, la UdeC se caracterizó, durante el mandato de su precursor, por una notoria homogeneidad en sus cuerpos académicos –la mayoría con orientación radical y/o masona– y por una dirección superior altamente centralizada en la figura del Rector.[148] Sin embargo, y vale destacar, la casa de estudios penquista contaba con un «Consejo Directivo» que, en 1928, le había otorgado un espacio a la representación juvenil, con derecho a voz y voto. Esta situación particular marcó una gran diferencia con el resto de las universidades chilenas y que reflejaba, en buena medida, el espíritu innovador y democrático de su precursor. Los socios externos de la Universidad también contaban con un organismo que expresaba sus opiniones en el Consejo.[149] No obstante, las posturas de los diversos grupos en la dirección comenzaron a crear conflictos internos relevantes, en especial, por el gran rechazo estudiantil a la «homogeneidad política» de sus académicos, que se daba, principalmente, en el Claustro Pleno al momento de la elección del Rector.

En consecuencia a lo ya descrito, estalló un convulsionado conflicto en 1955 dirigido por la «Federación de Estudiantes de Concepción» (FEC) planteando la necesidad –ya en esos años– de una reforma universitaria. La FEC encabezó una huelga que fue considerada ilegal por el Rector, cancelando las matriculas a los involucrados. Finalmente, en 1956, Molina renunció a su cargo, después de un periodo de 37 años. Asume en su lugar, el académico y abogado David Stitchkin, introduciendo una gran reorganización en la Universidad. Fue en este periodo en el que aparecieron los institutos como ejes de la estructura académica, reemplazando a las facultades, con el propósito de institucionalizar la investigación científica y la extensión cultural.[150] Dicha propuesta del nuevo Rector implicó la creación de los Institutos de Química, Biología, Ciencias Básicas, Física y Matemáticas en la Universidad.[151] Sin embargo, estas medidas no tuvieron la continuidad requerida en el tiempo, ya que Stitchkin se negó a

una reelección y, en su lugar, en 1962, sería elegido –y con una gran influencia de la masonería respectivamente– el académico y médico Ignacio González Ginouvés, centralizando su trabajo en las facultades y desmantelando lo realizado en el periodo de su antecesor. Esto propiciaría una explosiva reacción por parte de los estudiantes –en especial de las juventudes de izquierda– y que influenciaría al surgimiento del MIR como organización política juvenil.

Por su parte, González no supo interpretar las aspiraciones estudiantiles, no sólo propiciadas por aquel contexto interno de la Universidad, sino que, también, por el estallido reformista en las grandes universidades del país. Sólo al final de su mandato, propuso la creación de una «Comisión Tripartita» –que estaría integrada por autoridades, académicos y estudiantes– como el medio para considerar las crecientes demandas estudiantiles en el periodo. Sin embargo, este llamado fue muy tardío y, un mes después, el MIR triunfó en las elecciones de la FEC. En marzo de 1968 se convocó el Claustro Pleno para elegir al Rector y el nuevo contexto político –luego del triunfo del MIR en la FEC– quedó demostrado con la candidatura de Carlos Altamirano a la rectoría, apoyado por la representación estudiantil del periodo. No obstante, la masonería vuelve a presentar como candidato a Stitchkin, el que triunfa cómodamente a un nuevo periodo en la dirección universitaria. Stitchkin depositó toda su voluntad y su energía para impulsar una «Comisión de Reforma» que estaría compuesta de 128 personas, de las cuáles, el 60% correspondía a los académicos y el 40% a los estudiantes.[152] En el trabajo de esta comisión y en los acuerdos alcanzados se estableció que el motivo principal era la aplicación de una reforma universitaria, y que una vez finalizada, el Rector renunciaría a su cargo.[153] En virtud de aquello se creó un «Consejo Superior» que reemplazó al antiguo Consejo Universitario y al Directorio. Este Consejo, a su vez, estuvo integrado por un número de 40 personas, de las cuales, 10 eran estudiantes. Además, se creó un «Consejo para Asuntos Estudiantiles y un Consejo de Difusión Universitaria». Una vez resuelto esto, Stitchkin renunció a su cargo.

Algunos días antes de la renuncia de Stitchkin a la rectoría, en diciembre de 1968, el Presidente Frei promulgó los nuevos estatutos de la UdeC. Asimismo, también en diciembre de ese año, se realizó la elección para determinar al nuevo Rector. Los académicos recibieron una ponderación de un 72%, los jóvenes estudiantes un 25% y, finalmente, los no académicos el restante 3%. La primera vuelta arrojó que las dos más altas votaciones eran Edgardo Enríquez –la primera mayoría con el apoyo de la masonería– y Emilio Rioseco, candidato de la DC. Finalmente, en la segunda vuelta resultó electo como Rector el académico y médico Edgardo Enríquez Frodden, el que tenía, a su favor, un gran recorrido profesional en la institución. Tampoco hubo una mayoría absoluta en la elección del Vicerrector, teniendo que ir a segunda vuelta los candidatos Galo Gómez –apoyado por el PS– y Lorenzo González. En la última instancia eleccionaria, el resultado definitivo favoreció a Galo Gómez Oyarzún, que, en dicha ocasión, recibió también el respaldo del MIR y del PC.[154] Enríquez, el nuevo Rector y Gómez, en el cargo de Vicerrector, asumieron sus funciones respectivas a comienzos de 1969, con la difícil tarea de hacer posible la reforma.

La UdeC, por su parte, atravesaba un periodo caracterizado en gran medida –y en palabras del propio Rector– por un duro déficit económico, arrastrado desde años anteriores y, además, con un presupuesto desfinanciado que muchos le denominaban como el «sietemesino», debido a que sólo alcanzaba para cubrir los primeros siete meses de 1969.[155] En medio de este contexto, elementos reaccionarios y anti-reformistas –como les describe Enríquez– del cuerpo docente y administrativo de la UdeC, en conjunto con la prensa de Concepción y Santiago, iniciaron una fuerte y sincronizada campaña de desprestigio en contra de esta institución y, en especial, en torno a sus nuevas autoridades. Se hacía evidente –según Enríquez– que estos grupos deseaban el fracaso total del proceso reformista.[156] En forma objetiva y sin comentarios exagerados, el Rector manifestaba que el principal enemigo del cambio universitario penquista fue el gobierno de Frei. Según Enríquez, el gobierno democratacristiano no dio un

solo escudo para resolver el problema presupuestario y, mucho menos, para aplicar la reforma. Este difícil contexto inicial de la reforma en la UdeC vino a cambiar con el apoyo que, desde el año 1971, el gobierno de Allende y la UP le brindaría a dicha institución: gracias a esto, la reforma universitaria fue aplicada también en Concepción.[157]

El cambio institucional comenzó a rendir frutos concretos desde comienzos de 1971, periodo de desarrollo en el cual, esta institución, centraría sus esfuerzos –en palabras de Gómez– en la construcción del binomio «Universidad-Pueblo». Y si de los resultados concretos se trata, podemos señalar una lista amplia: el número de estudiantes, que para 1968 llegaba a 5.800, en el transcurso de 1973, esta cifra había aumentado notoriamente a 17.200 estudiantes matriculados. De igual forma, la institución experimentó un crecimiento en torno a sus carreras, llegando a doblegar las 33 que poseía en 1968 para alcanzar la cifra de 66 en 1973; y asimismo, el número de horas docentes contratadas se incrementó de 31.836 a 38.188. Los docentes contaron, a su vez, con más posibilidades de perfeccionamiento académico, y en especial, tras el incremento de los cupos de especialización en el extranjero, los que aumentaron de 56 a 89 en este periodo aludido.[158] En referencia a las edificaciones de la Universidad, los avances también fueron considerables. Si en 1968, la UdeC contaba con 100 mil metros cuadrados de edificaciones, para el transcurso de 1973, estas alcanzaron la cifra de 138 mil metros cuadrados. Entre las nuevas dependencias, destacaron de forma notoria, las ampliaciones a las salas cunas. Si en 1968, la cifra de cunas en salas y jardines infantiles de la UdeC –destinadas a los hijos de docentes, trabajadores y estudiantes– llegaba a 86, para 1973, estas alcanzaron las 500.[159]

Para concluir con esta primera impresión de los avances de la reforma, no es de extrañar –igual que en el caso de la UTE– que la composición social de los estudiantes experimentara las transformaciones del periodo. Esto último se reflejó para 1973, cuando el 48% de los estudiantes provenía de familias obreras

y campesinas.[160] Asimismo, los estudiantes con ayuda estatal o de la propia Universidad, que en 1968 eran 464, aumentaron a 5.200 para 1973.[161] Los logros institucionales incentivaron una apertura social, reflejada a través de la gran extensión cultural y los acuerdos con otras instituciones. Así, los campos clínicos se ampliaron para las carreras de Medicina y Enfermería tras el acercamiento institucional a las ciudades del Gran Concepción. Para 1973, los campos clínicos de la UdeC se habían extendido a Victoria, Los Ángeles, Chillán, Lota y Coronel, estableciendo a su vez, diversos convenios con el Servicio Nacional de Salud, con la CORFO y con la Compañía Carbonífera Lota-Schwager, además de vínculos con la CUT y otras organizaciones.[162] Esta extensión no sólo abarcaría aquellos servicios públicos, ya que, al igual que la UTE, la UdeC también apostaría a la extensión de la academia, la investigación y la cultura. En relación a esto último, en 1971 se tomaría la decisión de abrir nuevas sedes en otras localidades de la región. Este sería el gran paso definitivo para la realización de las aspiraciones reformistas en la UdeC y las ciudades de Lota y Coronel serían, asimismo, protagonistas de un capítulo único en la historia educacional de esta región y del país.

Notas al Capítulo II

(65) Uno de los grandes trabajos sobre el proceso de la reforma universitaria en Chile es el que realizó Enrique Kirberg, Rector de la UTE entre 1968 y 1973. El libro, con una gran extensión, se titula Enrique Kirberg, «Los nuevos profesionales». México, Universidad de Guadalajara, 1981, pág. 15.

(66) *Idem.*

(67) Hugo Cancino, «El movimiento estudiantil y el proceso de reforma universitaria». Este trabajo se encuentra disponible en http://vbn.aau.dk/files/58699467/Reform_Univ.pdf, pág. 3.

(68) Ximena Goecke, «Juventud y política revolucionaria en el Chile de los sesenta». Disponible en http://www.archivochile./tesis/04_tp/04tp0002.pdf, pág. 11.

(69) *Idem*.

(70) *Ibidem*, pág. 12.

(71) Luis Cifuentes, «Movimiento estudiantil y reforma universitaria 1967-1973». Disponible en http://lautevive.blogspot.cl/2007/08/movimiento-estudiantil-y-reforma.html.

(72) Hugo Cancino, El movimiento estudiantil y el proceso… Óp. Cit., pág. 3.

(73) *Ibidem*, pág. 4.

(74) Enrique Kirberg, Los nuevos… Óp. Cit., pág. 15.

(75) Luis Cifuentes, Movimiento estudiantil… Óp. Cit.

(76) *Idem*.

(77) Carlos Huneeus, «La Reforma Universitaria: 20 años despues». Chile, UCH, 1988, pág. 12.

(78) Enrique Kirberg, Los nuevos… Óp. Cit., pág. 17.

(79) *Idem*.

(80) *Idem*.

(81) *Idem*.

(82) Carlos Huneeus, La Reforma… Óp. Cit., pág. 12.

(83) *Idem*.

(84) Alberto Ciria y Horacio Sanguinetti, «La reforma universitaria». Argentina, Centro Editor de América Latina, 1983. En este trabajo se reproduce íntegramente el «Manifiesto Liminar» de los estudiantes cordobeses en 1918, pág. 50.

(85) Se recomienda revisar el «Proyecto de Ley Universitaria y Bases Estatutarias» aprobadas tras el Cordobazo. *Ibidem*, págs. 59-63.

(86) Enrique Kirberg, Los nuevos… Óp. Cit., pág. 18.

(87) *Idem*.

(88) Carlos Huneeus, La Reforma… Óp. Cit., pág. 14.

(89) Manuel A. Garretón y Javier Martínez, «Movimiento estudiantil: conceptos e historia». El trabajo es parte de la «Biblioteca del Movimiento Estudiantil». Chile, Ediciones SUR, 1985, pág. 68.

(90) Natalia Cruces, «Apuntes para la historia del movimiento estudiantil chileno». Chile, 2007. Este trabajo se encuentra disponible en http://www.archivochile.com/Mov_sociales/mov_estudian/MSmovestud0001.pdf.

(91) Manuel A. Garretón y Javier Martínez, Movimiento estudiantil… Óp. Cit., págs. 68-69.

(92) Enrique Kirberg, Los nuevos… Óp. Cit., págs. 19-20.

(93) *Idem.*

(94) *Idem*.

(95) Manuel A. Garretón y Javier Martínez, Movimiento estudiantil… Óp. Cit., pág. 71.

(96) *Ibidem*, pág. 74.

(97) *Ibidem*, pág. 75.

(98) Manuel A. Garretón y Javier Martínez, Movimiento estudiantil… Óp. Cit., pág. 81.

(99) «Servicio de Bienestar de la UCH». Disponible en http://www.uchile.cl/portal/pregrado/bienestarestudiantil/direccion/5019/historia.

(100) *Idem*.

(101) Manuel A. Garretón y Javier Martínez, Movimiento estudiantil… Óp. Cit., pág. 80.

(102) *Idem*.

(103) *Ibidem*, pág. 83.

(104) Enrique Kirberg, Los nuevos… Óp. Cit., pág. 21.

(105) Manuel A. Garretón y Javier Martínez, Movimiento estudiantil… Óp. Cit., pág. 88.

(106) Enrique Kirberg, Los nuevos… Óp. Cit., pág. 22.

(107) Carlos Huneeus, La Reforma… Óp. Cit., págs. 35-36.

(108) *Idem*.

(109) *Idem*.

(110) *Idem*.

(111) *Idem*.

(112) *Idem*.

(113) Enrique Kirberg, Los nuevos… Óp. Cit., pág. 30.

(114) *Idem*.

(115) *Idem*.

(116) *Idem*.

(117) *Idem*.

(118) Carlos Huneeus, La Reforma… Óp. Cit., pág. 31.

(119) *Ibidem*, pág. 36.

(120) Natalia Cruces, Apuntes para la historia… Óp. Cit.

(121) Carlos Huneeus, La Reforma… Óp. Cit., pág. 35.

(122) Enrique Kirberg, Los nuevos… Óp. Cit., pág. 52.

(123) Manuel A. Garretón y Javier Martínez, Movimiento estudiantil… Óp. Cit., pág. 96.

(124) Enrique Kirberg, Los nuevos… Óp. Cit., pág. 57.

(125) *Idem*.

(126) *Idem*.

(127) *Idem*.

(128) *Idem*.

(129) *Ibidem*, pág. 59.

(130) Jorge Barría, «La rebelión universitaria». Disponible en *Desafío juvenil: mito o realidad*. Chile, ILARI, 1968, pág. 12.

(131) Enrique Kirberg, Los nuevos… Óp. Cit., pág. 58.

(132) Arturo Salazar, «Reflexiones sobre el proceso de reforma universitaria». Venezuela, Revista Actual II, 1958, pág. 41.

(133) Jaime Rosenbliit, «La reforma universitaria 1967-1973». En http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0014015.pdf.

(134) Enrique Kirberg, Los nuevos… Óp. Cit., pág. 61.

(135) *Idem*.

(136) *Idem*.

(137) *Ibidem*, pág. 72.

(138) *Ibidem*, pág. 73.

(139) *Ibidem*, pág. 83.

(140) *Ibidem*, pág. 184.

(141) Carlos Huneeus, La Reforma… Óp. Cit., págs. 37-38.

(142) Natalia Cruces, Apuntes para la historia… Óp. Cit.

(143) Carlos Huneeus, La Reforma… Óp. Cit., pág. 71.

(144) *Idem*.

(145) *Idem*.

(146) Edgardo Enríquez, «La Universidad Chilena». Este es un artículo sobre la reforma universitaria en la UdeC. Se encuentra disponible en http://www.blest.eu/cultura/enriquez_f.html.

(147) Carlos Huneeus, La Reforma… Óp. Cit., pág. 71.

(148) *Ibidem*, pág. 72.

(149) *Idem*.

(150) *Idem*.

(151) *Idem*.

(152) *Ibidem*, pág. 75.

(153) *Idem*.

(154) *Ibidem*, pág. 76.
(155) Edgardo Enríquez, La Universidad Chilena… Óp. Cit.
(156) *Idem*.
(157) *Idem*.
(158) *Idem*.
(159) *Idem*.
(160) Natalia Cruces, Apuntes para la historia… Óp. Cit.
(161) Edgardo Enríquez, La Universidad Chilena… Óp. Cit.
(162) *Idem*.

Capítulo III
DESARROLLO DE LAS ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS EN LOTA Y CORONEL

«El pueblo minero entre 1960 y 1970»

Situación demográfica.

De acuerdo a los datos del XIII Censo Poblacional se puede establecer que el Departamento de Coronel –que integraba a las ciudades de Coronel, Lota y Santa Juana– ocupaba un lugar de importancia en la provincia, en la región y también en el país. El Departamento alcanzaba un total de 123.467 habitantes y la provincia llegaba a la cifra de 539.521. Las localidades de Lota y Coronel, en conjunto, bordeaban los 113.081 habitantes que se traducían, a su vez, en el 91% de la población departamental y en el 21% de la población provincial.[163] Esta caracterización de la demografía local estaba influenciada directamente por las altas tasas de natalidad en ambas localidades. Pese a que la tasa de mortalidad infantil también era elevada –e incluso por sobre el promedio nacional de la época– la tasa de crecimiento de un 2.5% del país era superada en Lota y Coronel, con un 2.8% y un 2.9% respectivamente.[164]

Situación laboral y urbana.

En relación a las actividades laborales en Lota y Coronel es necesario destacar la diversidad de las áreas productivas y, a su vez, los desniveles entre una y otra con el fin de poder entender la relevancia de la minería en la vida cotidiana. La realidad era concreta: de la población ocupada en 1963 –cuya cifra ascendía a 25.600 habitantes– el 44.8% se desempeñaba en la actividad carbonífera, lo que se traducía en 11.500 personas. Dicha cifra se ampliaba si se le sumaban otras actividades relacionadas con la minería como, por ejemplo, el transporte. En Lota y Coronel, los trabajadores del transporte ferroviario y marítimo laboraban directamente para la industria del carbón. Todos los días salían

camiones y trenes cargados de carbón para la provincia o hacia los muelles locales. Allí se surtía el mineral a los barcos y estos lo transportaban a otros puertos, principalmente, a Valparaíso y San Antonio, las puertas de acceso del mineral que se utilizaba en las industrias de la capital.[165] De la misma forma, el área de los servicios y el sector manufacturero guardaban una estrecha relación con la minería, especialmente el último, ya que estaba orientado al trabajo de la madera y a la fabricación de ladrillos refractarios.[166] Tomando en consideración estos datos se puede señalar que entre un 50% o 60% de la población total ocupada se desempeñaba laboralmente en alguna actividad asociada a la industria carbonífera local.

Pese a que las cifras anteriores podrían parecer alentadoras, se encontraba siempre presente el problema de la cesantía. Para el periodo transcurrido entre 1960 y 1964, la población cesante llegaba a las 4.234 personas, lo que se traducía concretamente en más de la tercera parte de los mineros ocupados.[167] Esa cifra se hacía más compleja si se consideraba la cesantía disfrazada. La miseria de Lota y Coronel tenía una expresión típica en los comerciantes ambulantes, los que sólo contaban con un ingreso de unos pocos escudos, que invertían día a día en la compra de productos –como pescados, frutas y verduras– y que se vendían posteriormente en las poblaciones más alejadas.[168] Este tipo de vendedores populares –que muchas veces no contaban con los recursos para adquirir sus productos– representaban el 9.9% de la totalidad de los desocupados. El resto de los cesantes poseía una extracción obrera: de cada 100 personas desempleadas en 1963, el 86.6% correspondía a obreros sin ocupación.[169]

En lo que respecta a la situación urbana, tanto Lota como Coronel, pese a ser importantes centros industriales y mineros, aún conservaban una configuración urbana pobre y primitiva. En torno a las calles principales –que a su vez eran los caminos que conectaban a las localidades con la ciudad de Concepción– se habían desarrollado diversas barriadas populares al creciente ritmo de la necesidad habitacional. El mismo fenómeno se daba

en los sectores próximos a la línea férrea y al mar, en donde los pobres materiales de construcción y una carencia constante de servicios urbanos habían creado condiciones subhumanas para la vida de sus moradores. Entre los diversos sectores populares destacaban, por ejemplo, Polvorín y Pueblo Hundido –en Lota– Playa Sur, Lo Rojas y Villa Mora –en Coronel– en medio de la gran diversidad de casos existentes en ambas localidades. Este panorama, sumado a la necesidad de médicos y elementos para tratar las enfermedades propias de la labor minera –tales como la silicosis, la antracosis y la anquilostomiasis– se replicaba en gran parte de la zona minera.

Situación educacional.

En la zona minera, las familias populares no podían enviar a sus hijos a las escuelas –principalmente por la carencia de los recursos necesarios como ya se ha descrito– durante periodos muy largos. Los niños y jóvenes que lograban terminar el ciclo de la enseñanza primaria y secundaria, debían soportar aquellos problemas que determinaban su accionar y su rendimiento. La carencia de libros de estudio, la mala alimentación, los viajes o el transporte diario y las condiciones de vida en los hogares se hacían valer a la hora de comparar resultados, principalmente, entre aquellos que provenían de familias acomodadas y los que subsistían en los barrios populares. Los nacidos en las familias mineras tenían, generalmente, deficiencias preocupantes en sus dietas alimenticias y debían, además, pensar permanentemente en las situaciones de sus hogares. Con el fin de poder trabajar y así aportar al núcleo familiar, los niños y jóvenes abandonaban las escuelas y sus estudios a muy corta edad.

Según el XIII Censo Poblacional, en la zona minera existía una población marcadamente joven. Para 1960, los niños entre 0 y 14 años llegaban a la cifra de 50.600 y los jóvenes entre 15 y 24 años a 20.932. La suma de ambos grupos se traducía en el 63.3% de la población total de ambas localidades.[170] Entonces existía, a su vez, una necesidad constante de promover aquellos

espacios educativos en los niños y jóvenes de la zona, para que estos pudieran acceder a la enseñanza y completar sus estudios. Dicha necesidad cambiaría favorablemente en los inicios de la década del sesenta, en especial, a través del fortalecimiento que experimentaría la enseñanza secundaria. Entre 1954 y 1973, el destacado y reconocido profesor Antonio Salamanca Morales, asumió la rectoría del Liceo de Coronel, logrando, con su tesón y dinamismo, hacer realidad las sentidas aspiraciones de todos sus antecesores.[171] Dentro de su gestión, por ejemplo, estuvo la construcción y la inauguración de las nuevas dependencias del Liceo en 1961. Además, y por la resolución N°2814 de 1962, el nuevo recinto educacional fue designado como Liceo Superior de Primera Clase.[172] Mucho más relevante aún es que, a medida que se obtenían estos logros, el Liceo se expandió fuertemente por gran parte de la zona y de lo cual nacieron variados anexos que, al adquirir madurez, se fueron independizando. Tales son los casos de los anexos en Lota, Curanilahue, San Pedro, Santa Juana y Los Álamos, además de la supervisión de los recintos particulares como el Colegio del Niño Jesús y el Colegio María Gaete, en Lota y Arauco respectivamente. El Rector Salamanca también encabezaría diversos planes de alfabetización para las poblaciones mineras, principalmente, a partir de la década del setenta.

Tras la reforma universitaria chilena, en los trabajadores se acrecentarían los deseos de acceder a la educación antes negada para ellos. No obstante, al no encontrar los canales adecuados, estas aspiraciones las fueron soñando para sus hijos, realizando toda clase de esfuerzos para lograr este objetivo. Así lo refleja una encuesta laboral en 1965, realizada a los mineros de Lota y a los obreros de Huachipato. En torno a las aspiraciones para el futuro de sus hijos, el 66% de los obreros acereros y el 58% de los mineros lotinos encuestados en dicha ocasión, respondieron que esperaban que sus hijos se dedicaran a los estudios. Dichas aspiraciones –que a su vez reflejaban el cambio de mentalidad en esta época– son el producto de la maduración de los obreros y de la búsqueda del mejoramiento intelectual para su clase.

«La Reforma Universitaria al servicio del Pueblo»

Consideraciones previas.

La Universidad es de por sí una aventura. Está inspirada en el más osado espíritu aventurero que jamás ha existido: el espíritu humano, que no acepta vayas o limitaciones.[173] La frase del citado Rector Edgardo Enríquez tiene profunda vinculación en los nuevos proyectos que estrecharían más que nunca todas las fuerzas en la construcción del binomio Universidad-Pueblo. El siguiente proceso es un claro ejemplo de las aventuras universitarias propiciadas por el contexto reformista en las casas de estudios superiores chilenas, con demostraciones de compromiso político, académico y social pese a los momentos desiguales o complejos que los factores económicos determinaran para este proceso en general.

La UdeC –que en el transcurso de los años sesenta sólo se había limitado a realizar «Escuelas de Temporadas» en la Zona del Carbón y que consistían en jornadas de capacitaciones para profesionales en el ejercicio propio de sus áreas–,[174] comenzó a recibir duras críticas, en especial, por aquel carácter más profesionalizante y enajenado de la realidad de las grandes mayorías en la región. No es de extrañar que en lo ya descrito, sumado a la gran vinculación histórica que habían mostrado los jóvenes estudiantes universitarios con el movimiento obrero, fueran los propios habitantes de la zona minera los que vieran en la UdeC un apoyo casi inalcanzable para ellos, y muy especialmente, en el futuro de sus hijos. Los representantes de los municipios de Lota y Coronel, tomando aquel sentimiento, realizaron críticas serias al rol cultural y social de la casa de estudios penquista a principios de la década del setenta, argumentando que la UdeC, como Universidad, era mucho más centralista que Santiago en su rol de capital nacional.[175] Así se puede establecer que desde las propias comunidades surge el interés para generar vínculos entre la academia universitaria y los trabajadores. Esto sería un impulso a la aspiración de «descentralizar la Universidad».[176]

El día 24 de junio de 1970.

Las críticas y el ánimo surgido desde las ciudades carboníferas llevarían a las autoridades de la UdeC a tomar en consideración la idea de un vínculo concreto, consecuente con aquella creciente necesidad interna de descentralizar la Universidad y que desde hace años había tomado preponderancia en la escena reformista de la institución. Principalmente, el análisis simple y somero que se realizaba, era que la UdeC no tenía vinculación con el ambiente y el entorno regional y que, de no hacerlo con eficacia, la Universidad se iba a asfixiar entre el río Biobío y el río Andalién.[177] Pues bien, una vez considerado este llamado de las localidades en el análisis y las políticas internas de la UdeC, bastó sólo una breve sesión del Consejo Superior para tomar un acuerdo en torno a lo descrito anteriormente.

El día 24 de junio, a las 10.45 horas, iniciaba una sesión del Consejo Superior de la UdeC, la que contaba con la presencia de su Rector, Edgardo Enríquez; el Vicerrector, Galo Gómez y los Consejeros Ruth Aburto, Luis Araneda, Alfonso Bögeholz, Pablo Aznar, Rafael Darricarrere, Pablo Dubod, José Durán, Benjamín Fernández, Víctor Gómez, Juan Gutiérrez, Pedro Ilabaca, Julio Inostroza, Rafael Merino, Luis Muñoz, Jorge Peña, Gustavo Pizarro, Carlos Von Plessing, Alexis Poblete, Phénix Ramírez, Mario Ricardi, Pedro Ríos, Gonzalo Rojas, Alejandro Saavedra, Irene Bluthenthal, Jorge Mendoza, Enrique Sierra, Ennio Vivaldi, Eduardo Aquevedo, Martín Hernández, Jorge Fuentes, Eduardo Lyon, Miguel Lagos, Oscar Lynch y Martín Zilic. Participaban, además, el Tesorero General, Hervi Lagos; el Asesor Jurídico, Mario Muñoz; el Secretario René Ramos y como invitado especial Francisco Dussuel.[178] Rápidamente, se retomaron los asuntos tratados en las jornadas anteriores.

Una vez comenzada la sesión aludida, el Consejero Alexis Poblete manifiesta que la creación de una Sede Universitaria en Talcahuano le parece una acertada y excelente idea,[179] pero a la vez, considera importante definir si en esta se impartiría y rea-

lizaría extensión o carreras universitarias propiamente tales.[180] El Rector Edgardo Enríquez expresó que, ya conversado dicho tema hace algunos días atrás, no existe inconveniente alguno en que se acuerde en la presente sesión crear la Sede Universitaria en Talcahuano y después se estudiaría como hacer efectivo este acuerdo, en especial, la opción de crear carreras nuevas o bien cursos a nivel universitario para determinadas actividades del orden industrial.[181] Esta labor quedaría a cargo de la Comisión de Docencia, la Comisión de Profesiones Nuevas y de Cursos de Extensión, para posteriormente ser analizada en una nueva sesión del Consejo Superior.

De la misma manera, el Consejero Gustavo Pizarro planteó la necesidad de crear una Sede en la Zona del Carbón, para que se atienda el llamado que las comunidades mineras hacían a la Universidad, lo que personalmente le había tocado evidenciar y que ya en otras sesiones del Consejo Superior lo había descrito. El Consejero Pablo Aznar, recogiendo las ideas expresadas en el transcurso de la sesión, propone la necesidad de una moción concreta, en la cual, este Consejo, declare por creada la Sede en Talcahuano y otra Sede en Lota, en torno a las menciones que habían realizado Poblete y Pizarro respectivamente.[182]

Por otra parte, el Consejero Gonzalo Rojas declaró sentirse muy complacido por el hecho de que ahora se haya roto aquella absurda situación de incomunicación y de centralismo en torno a la Universidad.[183] Recordando, brevemente, como hace unos años atrás se había creado la Sede en Chillán, manifestó que el predominio de la UdeC debía ser desde Linares a Malleco. En torno a la situación de la zona carbonífera en particular, Rojas afirmó que el contexto de las localidades de Lota y Coronel no había sido suficientemente orientado y asimilado por la UdeC. A su vez, se alegraba de los planteamientos de Pizarro y Aznar, principalmente, en la idea de abrir esta Universidad a la región como una necesidad institucional.[184] Por su parte, el Consejero Mario Ricardi se manifiesta totalmente de acuerdo para que el Consejo Superior decida la creación de las Sedes Universitarias

en Talcahuano y Lota. En torno al caso de Talcahuano, Ricardi añadió que el Instituto de Biología se encontraba trabajando en dicha localidad desde hace más de siete años y existía una serie de investigaciones publicadas. Las palabras de Ricardi fueron respaldadas por el Vicerrector Galo Gómez, quien recordó una invitación de Leocán Portus –Alcalde de Talcahuano– para que se planteara la idea de una Sede Universitaria en la localidad e incluso se visitara el posible local para su funcionamiento. Tras la intervención del Vicerrector, Jorge Fuentes tomó la palabra. Este añadió que la FEC había propuesto la necesidad de abrir la Universidad, con la creación de Sedes en Talcahuano, Malleco y Arauco.[185] Pizarro, a su vez, insistió en que se fije un acuerdo como Consejo y se cree una comisión interna para materializar un convenio con Lota y así no se caiga en dudas posteriores. El Vicerrector Gómez manifestó que sería necesaria la creación de dos comisiones: una que atendiera el caso de Talcahuano y otra para la Zona del Carbón respectivamente. El Consejero Pedro Ríos agregó que debería crearse una tercera comisión, la que se encargaría de crear posibles acuerdos con otras localidades de la región.

Finalmente, y para poder apreciar los logros definitivos de esta jornada, se concretan las siguientes resoluciones: la sesión del Consejo Superior «aprueba por unanimidad la creación de las Sedes Universitarias en Talcahuano y en Lota».[186] Además, se nombra una comisión en el seno del Consejo Superior para que se aboquen a los estudios respectivos, en especial, para así determinar que carreras se impartirían en ambas ciudades. En el caso de la Zona del Carbón, la comisión quedó integrada por Gustavo Pizarro, Pablo Aznar, Martín Zilic y Gonzalo Rojas, el último, en calidad de Coordinador por el Consejo de Difusión. Se acuerda, de igual forma, crear una tercera comisión que fije acuerdos con otras localidades de la región para proponer esta política de expansión y apertura universitaria. Esta quedó bajo la cautela de Alejandro Saavedra, Rafael Merino, Pablo Aznar, Eduardo Aquevedo, Martín Hernández y Gonzalo Rojas. En la línea descrita, el Consejo accede a crear convenios con la UTE

–resaltando esto para la importancia del posterior acuerdo con la Zona del Carbón–, con el INACAP y otros organismos para materializar y realizar los cursos universitarios.[187] Con esto, se oficializaron las conversaciones con los representantes de Lota, Coronel y Talcahuano, con las empresas y con los sindicatos de trabajadores: no pasaría mucho tiempo –luego de esta instancia decidora– para que las nuevas Sedes Universitarias de la UdeC fueran una realidad.

Los días 6 y 7 de enero de 1971.

Una vez iniciadas las conversaciones con los representantes locales, el día 6 de enero de 1971 se efectuó una reunión en las inmediaciones del Municipio de Coronel, en la que se comenzó a definir el posterior convenio. En dicha ocasión, se analizaron las dos comisiones creadas en Lota y Coronel –constituidas por autoridades y jefes educacionales– que trabajaban en el estudio para la formación de una Sede Universitaria.[188] A esta reunión asistieron, además, Gustavo Pizarro y Edgardo Garboulsky en representación de la UdeC, reafirmando la determinación para crear una Sede en la zona, tomando en cuenta, principalmente, el exceso de estudiantes secundarios que egresaron de las aulas mineras, los que no contaban con la posibilidad de acceder a la educación superior.[189] La iniciativa contó además con el apoyo de los Comandos Comunales de la Unidad Popular, junto a los Sindicatos Mineros de Lota y de Schwager.[190]

Según explicaba Leonardo Carrasco –Alcalde de Coronel–, la idea era crear, en la zona minera, una Sede dependiente de la UdeC, en la que se dictaran clases reglamentadas por el plantel universitario.[191] Más aún, agrega Carrasco, según el estudio de ambas comisiones, tanto Lota como Coronel contaban con 250 estudiantes que estarían en condiciones para matricularse en la nueva Sede, una cifra que conformaba satisfactoriamente a las autoridades universitarias en Concepción.[192] Al día siguiente, el 7 de enero, se reunieron las comisiones en las dependencias de la Gobernación del Departamento con el fin de elaborar un plan

programático en torno a la creación de la nueva Sede, datos que fueron, posteriormente, remitidos a la UdeC. En dicho informe se incluyeron el número aproximado de estudiantes dispuestos a matricularse, más los locales y las comodidades que podrían estar disponibles en una de las dos localidades mineras para las funciones del plantel universitario.[193]

El día 15 de enero de 1971.

Cabe señalar que la UTE –en medio del plan para extender sus funciones académicas a los obreros– había considerado a la ciudad de Lota dentro de su proyecto de apertura universitaria. Los representantes de la UdeC, una vez en conocimiento de lo descrito, agilizaron una posible vinculación con el plantel de la capital. El día 15 de enero, los resultados de dicha iniciativa se dieron a conocer en una reunión que se llevó a cabo en Lota, en la que participaron los representantes de ambos planteles junto al Jefe del Área Hospitalaria, René Thibaut; el Rector del Liceo de Coronel, Antonio Salamanca; los Presidentes de la Unión de Profesores de Lota y Coronel, representantes mineros de ambas localidades y dirigentes de la CUT. En esta instancia se acordó que el día 20 de enero, contando con la presencia del Rector de la UTE, Enrique Kirberg, se firmaría el convenio que daría por oficializada la Sede Universitaria para los estudiantes en Lota y Coronel.[194]

El día 20 de enero de 1971.

Había llegado ya el gran día: el miércoles 20 de enero, a las 16 horas y en la Escuela Vocacional de Lota –que se ubicaba a un costado de la actual Escuela Konrad Adenauer– se suscribió el convenio de desarrollo de las «Actividades Universitarias en la Zona del Carbón», en el que participaban la UTE, la UdeC y los organismos más importantes de Lota y Coronel. El acto se realizó con la presencia de Alberto Sandoval –Gobernador del Departamento– en su calidad de Presidente del Comando Pro-Universidad,[195] junto al Vicerrector de la UdeC, Galo Gómez y

al Vicerrector de la UTE, Luis Hunt, este último, en reemplazo de Kirberg. A estos, y por parte de ambas ciudades, se sumaban el Alcalde Subrogante de Lota, Manuel Sanhueza; el Acalde de Coronel, Leonardo Carrasco; el Gerente de la Carbonífera Lota Schwager, Isidoro Carrillo; junto a representantes de los profesores, sindicatos, juntas de vecinos y otras organizaciones de la comunidad minera.[196]

En su intervención, el Vicerrector Galo Gómez resaltó, con gran énfasis, «lo valioso que serían estos cursos para la sufrida zona minera que conocemos desde hace tanto tiempo y a la que hemos estado ligados, fuertemente por filosofía doctrinaria, por un lapso similar».[197] Gómez agregó que este paso trascendente que se daba «no hace sino remarcar la leyenda que esta casa de estudios ha levantado en el stand de FERBIO '71: Universidad y Pueblo».[198] El Vicerrector finalizó sus palabras, añadiendo la importancia del compromiso entre la UdeC y la UTE, para que «fuera afrontado al lado de la clase trabajadora conjuntamente y no en un afán de competencia, demostrando una nueva visión al país entero de la tarea que le corresponde a la Universidad y a su comunidad».[199] Posteriormente, hicieron uso de la palabra el Vicerrector Luis Hunt y los Alcaldes de ambas ciudades, los que dieron paso a Mario Benavente –académico de la UTE–, el que dio lectura al «Convenio UdeC, UTE y Zona del Carbón»:

> (1) Las Universidades de Concepción y Técnica del Estado desarrollarán en las ciudades de Lota y Coronel labores de docencia, de investigación y de difusión tendientes a la formación tecnológica-profesional y a la capacitación sindical de los habitantes de esta zona.
>
> (2) Ambas universidades cumplirán en la zona actividades que correspondan a los requerimientos del medio social y a los planes y programas que ellas se han fijado.
>
> (3) Para hacer más eficaz la función de las universidades se tratará de utilizar todos aquellos convenios existentes en las

comunas, como asimismo, los suscritos por la Universidad de Concepción y la Universidad Técnica que digan relación con las actividades docentes, de investigación y de difusión susceptibles a realizar.

(4) Ambas universidades orientarán, fundamentalmente, su actividad en torno a la demanda de técnicos y profesionales que la región requiere y de aquellas necesidades de la clase trabajadora y sectores populares de la zona.

(5) Las entidades de la región que suscriben este convenio, y otras que posteriormente lo hagan, se comprometen a la contribución para el financiamiento y puesta en marcha de las labores universitarias, según sus posibilidades. Ambas universidades, a su vez, aportarán la organización administrativa, de investigación, de difusión y asesorías requeridas por la comunidad.

(6) Las Universidades de Concepción y Técnica del Estado se comprometen a estimular, desarrollar y fomentar actividades culturales y recreativas, teniendo en cuenta que en la zona existen organismos de esta naturaleza.

(7) Los organismos de Lota y Coronel que suscriben dicho convenio, se comprometen a otorgar las más amplias facultades, en cuanto a proporcionar locales y los recursos materiales que estén al alcance, para el buen funcionamiento de las actividades que contempla este convenio.

(8) Para el cumplimiento de este convenio se constituirá un Consejo Directivo integrado por igual número de representantes de ambas universidades y por representantes de las demás entidades. Existirá, además, un Comité Técnico, que estará integrado en forma paritaria por representantes de las universidades, el cual tendrá a su cargo la planificación y la organización de las actividades de investigación y docencia en la zona. Este Comité contará con la asesoría de técnicos

y profesionales que serán designados por la Compañía Lota Schwager. Una reglamentación adicional establecerá, tanto la composición como las atribuciones de los organismos.

(9) Este convenio será suscrito sólo por los representantes autorizados por cada una de las organizaciones enunciadas en la introducción del presente convenio.

(10) El financiamiento de las actividades indicadas, contará con recursos entregados por ambas universidades y por los organismos que suscriben el convenio, además de recursos que provengan directamente de una ley especial, destinados a las universidades sólo para el cumplimiento de las labores anteriormente señaladas.

(11) Este convenio tendrá una vigencia permanente para la Zona del Carbón.[200]

El documento fue firmado por nueve personas, todos estos, en representación de los organismos aludidos: Enrique Kirberg lo hizo por la UTE –que pese a no estar en la ceremonia, firmó el documento antes de que este fuera remitido desde la UTE al acto en cuestión–, Galo Gómez por la UdeC, Danilo González en el cargo de Alcalde de Lota, Leonardo Carrasco en el cargo de Alcalde de Coronel, Isidoro Carrillo en representación de la Gerencia de la Compañía Carbonífera Lota-Schwager, Héctor Céspedes como Secretario Departamental de la CUT, Eugenio Alvial y Juan Bravo, Presidentes de los Sindicatos Mineros en Lota y Schwager, y finalmente, Alfredo Herreros, representante del Sindicato Único de Trabajadores de la Educación.[201]

En definitiva, dicha jornada fue propicia para resaltar aquel nuevo espíritu con el que las universidades llegaban a la zona, y tal como lo dijera Galo Gómez, marcando una diferencia con «otros institutos que han llegado hasta este lugar con un sentido paternalista. Nosotros lo hacemos de igual a igual, para poder contribuir a la liberación de esta región del país».[202]

«Inauguración de las Actividades Universitarias en la Zona del Carbón»

Durante los transcursos finales del mes de mayo de 1971, el Presidente Salvador Allende realizó una visita a la provincia de Concepción, estadía que lo mantuvo dos días en dichas tierras. El objetivo principal de la visita del mandatario era concurrir a la ceremonia que daría por iniciadas las «Actividades Universitarias en la Zona del Carbón», además de poder constatar en el terreno los efectos de la Estatización de la Compañía Carbonífera Lota Schwager. En general, de esta visita significativa para toda la zona minera, se esperaba que el Presidente pudiera contemplar como los mineros, en aquellos centros carboníferos, se encontraban trabajando arduamente para así aumentar la producción; y a los hijos de esos mineros, estudiando para asumir con capacidad y autoridad las tareas que les tenía preparado el futuro para la construcción del Chile Nuevo.[203] No obstante, en el marco de dicha estadía en el carbón, el Presidente Allende va a arribar de forma previa en Concepción, y específicamente en la UdeC, para así participar de su clase inaugural.

La clase inaugural de la UdeC.

El sábado 29 de mayo, en la Casa del Deporte de la UdeC, en medio de un diálogo franco y abierto entre los estudiantes y el Presidente Allende,[204] se realizó la clase inaugural de la casa de estudios penquista. A las 11.30 horas, en un helicóptero de la FACH, arribó el mandatario a la capital regional, ingresando de forma inmediata a la Universidad, en medio de consignas de un gran contingente de partidarios que atestaron las calles y los alrededores de las dependencias universitarias.[205] Al interior de la Casa del Deporte, con un público compuesto por estudiantes universitarios y secundarios, representantes sindicales y pobladores, iniciaba la ceremonia con las interpretaciones del Himno Nacional y el Himno de la UdeC, acompañados por La Danza Fantástica de Enrique Soro, todo esto a cargo de la Orquesta y el Coro de la propia casa de estudios. Posterior a las interpreta-

ciones señaladas, tomó la palabra el Rector Edgardo Enríquez, el que luego de saludar a las autoridades y al público presente, rememoró parte de la historia de la Universidad, haciendo una alusión a la primera clase universitaria dictada 52 años atrás, al mismo tiempo que destacó la importancia de Enrique Molina y Virginio Gómez en la formación institucional. Agregó que:

> «En 52 años, esta Universidad ha crecido, se ha prestigiado y ha hecho crecer a toda la región que la rodea. De los 120 alumnos con los que abrió sus puertas, son ya 12.000; las 4 profesiones iniciales son más de 60, y de aquellas, varias de tipo vespertina tanto para obreros y empleados que trabajan durante el día. En su afán de sembrar inquietudes, ciencia y cultura ha creado sedes en Chillán, en Talcahuano y en Los Ángeles, y a partir de este año, en Lota y Coronel».[206]

Continuó detallando, además, parte del proceso de reforma que evidenció la Universidad durante su periodo en la rectoría, afirmando que la institución universitaria, en sus 52 años, ya ha demostrado que logra hacer efectivo lo que se propone.[207] En relación a la juventud, aclaró que no es la misión de la Universidad envenenar el espíritu de los jóvenes, al contrario, la tarea era elevarlo hacia niveles superiores e inspirarlo para acciones nobles, generosas y constructivas,[208] agregando que la Universidad es el lugar donde se obtiene la más clara conciencia de la época.[209] Luego de esta exposición del Rector, tomó la palabra Nelson Gutiérrez, Presidente de la FEC. En su discurso planteó la polarización política por la que transitaba el país, especialmente entre los grupos reaccionarios y las fuerzas de izquierda, apelando a la unidad concreta para enfrentar al enemigo común del pueblo chileno: el imperialismo que se expresa en cada uno de los aspectos de la realidad nacional.[210]

El Presidente Salvador Allende ocupó la tribuna por más de una hora, aclarando numerosas características sobre la política de su gobierno, respondiendo, de la misma forma, a los emplazamientos del Presidente de la FEC. También, en esta ocasión,

recalcó la decisión de llevar a cabo el programa de la UP y que había sido aprobado por marxistas y no marxistas,[211] haciendo un llamado a la confianza en el Congreso Nacional y a la larga tradición de las FFAA. Al finalizar la clase inaugural, el Presidente Allende junto a otras autoridades se dirigió a almorzar en una casa particular, para luego, en la tarde, emprender el viaje a las comunas carboníferas de Lota y Coronel.

A las 18.00 horas, el Presidente llegaba a la ciudad de Lota, dirigiéndose a la «Escuela Industrial» –que cumplía 30 años–, a una breve visita por las dependencias del establecimiento. A las 19.00 horas, el mandatario formó parte de la concentración en la plaza de armas de la localidad minera, interviniendo con un discurso para la población presente en el lugar. Posteriormente, el Presidente junto a sus acompañantes, se dirigieron a su hospedaje. La jornada dominical comenzaría muy temprano: el 30 de mayo sería otro gran día para los mineros.[212]

El gran día había llegado.

El Presidente Allende, la primera dama Hortensia Bussi y el resto de la comitiva presidencial pasaron la noche en la Casa del Directorio de Schwager en el sector de Maule. A las 10.00 horas, la comitiva presidencial abandonó el lugar en tres autos FIAT con dirección a la ciudad de Lota. Al entrar a la localidad minera, el Presidente saludó a los estudiantes que aguardaban su llegada, continuando su recorrido por el sector de Lota Alto. En el transcurso por este sector, centenares de personas se volcaron en las calles para saludar al mandatario y su comitiva, en medio de consignas y banderas. El mismo panorama aguardaba en la plaza de armas, atestada de trabajadores, dueñas de casa y estudiantes. Esto debido a que, frente a una de sus esquinas, se encontraba aledaño el Sindicato Minero Industrial, sitio donde se realizaría el acto para la iniciación oficial de las Actividades Universitarias. La ceremonia comenzó a las 10.30 horas, luego de la llegada del Presidente al Sindicato. Muchos tendrían que contentarse con seguir la jornada desde el exterior del recinto.

En el estrado se encontraba el Presidente Salvador Allende junto a los Rectores de la UdeC y de la UTE respectivamente. Además, y en el mismo espacio, estaban el Intendente de Concepción, el Gobernador de Coronel, el Embajador de Polonia, el Consejero de la Embajada de la URSS, el Gerente de la Carbonífera Lota-Schwager, los Jefes de las Fuerzas Armadas y de Carabineros, entre otras autoridades.[213] Al fondo del estrado se podía apreciar un gran mural elaborado por pintores profesionales y miembros de la Brigada Ramona Parra (BRP),[214] el que simbolizaba a un estudiante universitario y a un minero sosteniendo ambos una antorcha que plasmaba el conocimiento y el aprendizaje recíproco. A la izquierda y a la derecha del mural respectivo, se ubicaban las insignias de los planteles universitarios que convocaba este proyecto. El público contemplaba muy dichoso el desarrollo de la ceremonia, la que comenzó con una interpretación del Himno Nacional, esta última, realizada por el Coro de la UdeC.

¡Qué gran día para la Zona del Carbón!, exclamó orgulloso Danilo González –Alcalde de Lota–, al momento de iniciar sus palabras al público. Continuó mencionando que esta aspiración de contar con una Universidad para las tierras carboníferas se venía madurando hace exactamente un año y se cristalizaba el día de hoy, en el que se hacía realidad la esperanza: La Universidad para el pueblo.[215] Luego, recordó parte de aquel proceso de gestación de las Actividades Universitarias, resaltando que esto había surgido en el seno de las comunidades de Coronel y Lota, de sus Municipalidades, de los Sindicatos Mineros, de los profesores y estudiantes, en conjunto con las casas de estudios que suscribían el convenio y materializaban este proyecto para el beneficio de toda la zona minera. A esto le sumó el apoyo de los sectores de la UP y de los trabajadores.[216] Posteriormente, González señaló que:

> «Y aquí han llegado la universidades –aludiendo a la UdeC y a la UTE– trayéndonos su fuente de riqueza espiritual y material, y abriendo inmensas perspectivas para aquellos

hombres que, como describiera nuestro querido poeta Pablo Neruda, van debajo del mar por los carbones sacando fuego de la tierra helada».[217]

Finalmente, luego de añadir la importancia de esta apertura universitaria a las masas y organizaciones, saludó también a los trabajadores, al Presidente y a los Rectores de las instituciones respectivas, haciendo votos por el éxito de esta experiencia, ya que, con gran énfasis, por fin, «la luz del carbón se unía a la luz de la cultura».[218] Luego de las palabras del Alcalde de Lota, fue el turno de la intervención de Juan Bravo, Presidente del Sindicato Industrial de Schwager. El dirigente se refirió con especial realce a la importancia que este proyecto tenía para los obreros y para la clase trabajadora en general. Bravo mencionó que:

> «La "Universidad del Carbón" fue la lucha que por muchos años dimos en conjunto los Sindicatos, las Municipalidades y los diversos organismos de la comunidad por lograr esto que, ahora, el gobierno de la Unidad Popular, la UdeC y la UTE, traen como presente magnífico: una Universidad para nuestros hijos, para los jóvenes y para los trabajadores del carbón».[219]

Bravo afirmó, además, la vigencia del pensamiento de Luis Emilio Recabarren y el de los otros tantos luchadores obreros, aquellos que dieron su vida al servicio de un futuro mejor para los trabajadores chilenos, añadiendo que este tipo de proyectos –en referencia a la creación de estas Sedes Universitarias– eran el comienzo de la consolidación de aquellas transformaciones y mejoras que el país requería:

> «Esta nueva Universidad preparará –a la comunidad– con los conocimientos culturales y técnicos, con el fin de poder incorporar, en forma definitiva, a nuestra industria a la más amplia producción, palanca que creará, junto a otras actividades del país, los cambios revolucionarios que fijarán las condiciones para una sociedad socialista».[220]

«Otros vientos corren en el carbón»,[221] agregó el dirigente minero. Ya no era el grisú que nos arrebató tantas vidas cuando gobernaban el país los capitalistas. «Ahora nuestro Presidente está cumpliendo con nosotros y los trabajadores le cumplimos a él».[222] Finalizada la intervención del representante minero, el Coro de la UdeC interpretó el Himno de la casa penquista, para que, inmediatamente, el Rector Edgardo Enríquez se hiciera de la palabra. Enríquez comenzó señalando que en la sesión del 24 de junio de 1970, el Consejo Superior de la UdeC, acordaba la creación de las Sedes Universitarias en Lota y Coronel, lo cual, dada la difícil situación económica que experimentaba la casa de estudios, se prestó para las críticas y los comentarios. «Los que censuraban y reían, ciertamente, habían olvidado la historia de nuestra casa de estudios, nacida, al decir de Enrique Molina, en un gesto de audacia y de fe».[223] En palabras de Enríquez:

> «Una Universidad es de por sí una aventura. Está inspirada y dirigida por el "más osado espíritu aventurero" que jamás haya existido: "el espíritu humano" que no acepta las vallas o limitaciones y que no ha titubeado en desafiar, doblegar y aún, utilizar en su provecho fuerzas de la naturaleza, como las de la gravedad o las de la energía íntima del átomo, que parecían invencibles».[224]

Enríquez remarcó con gran importancia que la creación de una Sede Universitaria era un factor de progreso y en especial en la zona donde se establece. Muchas ciudades comprendieron aquello, por lo que, con reiterada insistencia, solicitan la ayuda de los centros universitarios para fortalecer el aprendizaje y los conocimientos en sus localidades, con el fin de poder formar a los nuevos profesionales del mañana:

> «La Sede Universitaria a cuya inauguración hoy asistimos no sólo concurrirá a satisfacer esta necesidad. Es, además, la materialización de un viejo anhelo de los educadores que siempre han soñado con dar a los obreros y empleados más modestos: la posibilidad de incorporarse a la Universidad y

a la educación superior. Las carreras vespertinas que se han establecido aquí cumplen esa aspiración».[225]

Continuó expresando que, cuando se le informó al primer mandatario sobre el acto inaugural que se realizaría este día, él habría decidido asistir inmediatamente, un gesto que se aprecia y se agradece, en especial, por:

> «Venir hasta aquí, a poner, personalmente, en trabajo esta nueva y rica veta que obtendrá riquezas, no de las profundidades de la tierra, sino del más inagotable de los tesoros del humano: la capacidad de aprender e investigar en las áreas de la ciencia y de la vida. Como Presidente de la República, el Doctor Allende ha adquirido rica experiencia y, además, profundos conocimientos que lo han elevado a la categoría de figura internacional. El representa, en estos momentos, la nueva forma de obtener justicia y bienestar para nuestro pueblo».[226]

El Rector penquista culminó su intervención realizando un llamado a escuchar y poner atención a las palabras de Allende. Sin embargo, antes de que el Presidente se dirigiera al público, el Rector Enrique Kirberg, posterior al Himno de la UTE, tomó la palabra en el estrado. Kirberg señaló, principalmente, que el triunfo del pueblo fue debido a factores como los movimientos reformistas de las propias universidades chilenas, «en donde la juventud cuestionó los viejos marcos institucionales».[227] Según sus afirmaciones, fueron los jóvenes los que hicieron ver aquel rol de la Universidad, dirigiendo esta al pueblo. En referencia a la labor carbonífera en Lota y Coronel, Kirberg expresó:

> «Recién, conversaba con tres profesores cubanos que ayer bajaron a la mina. Me señalaban que ellos creían que aquel trabajo de la zafra –o la cosecha de la caña– que se efectúa a cerca de 40 grados de temperatura, era el más férreo en el mundo. Pero, después de conocer el trabajo de los mineros, se han convencido de que este es el más duro».[228]

El Rector de la UTE señaló, además, que era necesario que se invirtiera la pirámide educacional de los años anteriores, en donde la gran mayoría de los estudiantes venían de los sectores acomodados. Por lo tanto, la educación requería modificarse de forma constante para seguir en el camino de la apertura, con la finalidad de realizar al «hombre nuevo». Añadió que sería muy «feliz cuando vuelva a entregar los títulos que acreditan a estos jóvenes su capacidad para la construcción del socialismo».[229] Y en esta línea, el Rector prosiguió:

> «En el momento en que presenciamos el nacimiento de una nueva sociedad y todo el país está empeñado en aquello, las universidades llegan al pueblo, ya no en forma paternalista, sino que como organismos que son parte de la propiedad de los trabajadores. Las universidades ya no son sólo para los privilegiados: "están al servicio de estas grandes mayorías postergadas" como lo demuestra este acto».[230]

Mientras el Rector exponía sus palabras, un pequeño niño de la zona, vestido con overol colegial, se robó las miradas del público y del estrado, al acercarse al Presidente para entregarle un ramo de rosas, en medio de un gesto que fue aplaudido por todos los presentes. Kirberg concluyó su discurso, saludando a los nuevos estudiantes de la recién creada institución, a los que «después de sacudirse aquel polvo del carbón y de enjugarse su sudor, van a sentarse al pupitre del estudiante y así seguir en el camino del aprendizaje, con ese tesón de los mineros».[231]

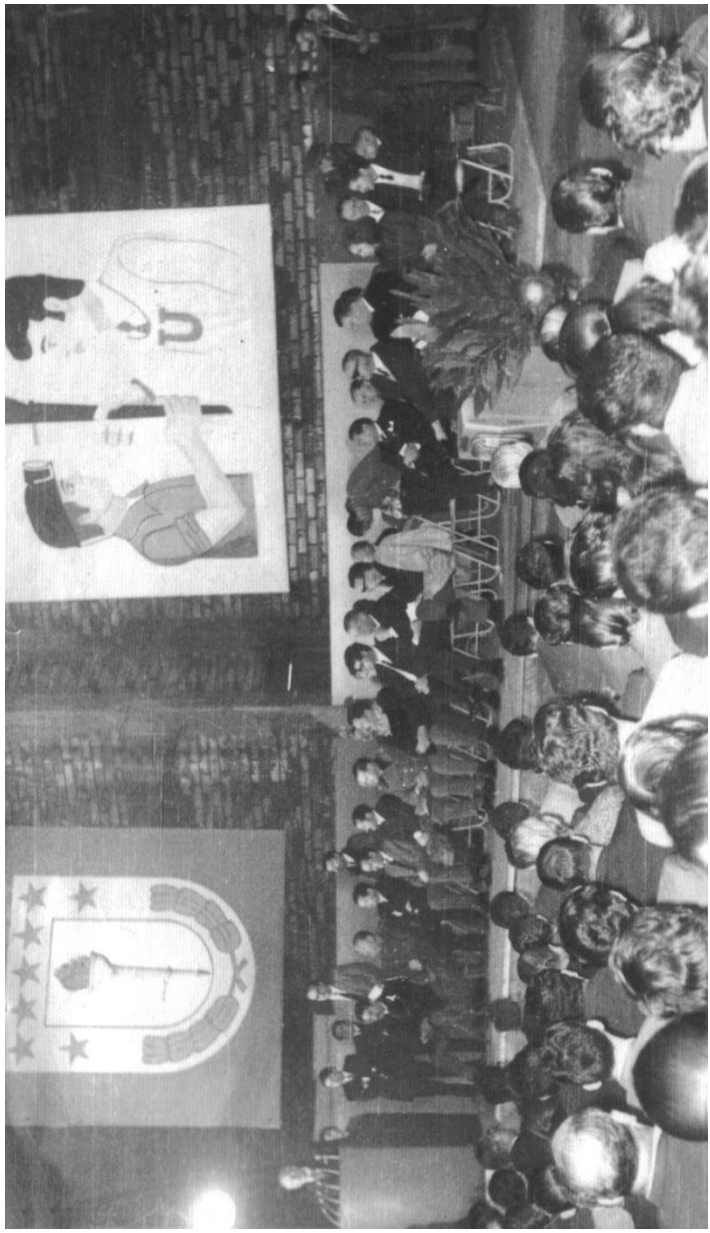
Por su parte, la intervención del Presidente Allende estuvo caracterizada por su brevedad y su precisión. Desde el inicio, el mandatario explicó que esta no sería una clase magistral ya que debía regresar a la capital a mediodía, para asistir a la clausura del pleno realizado por el MAPU. Una vez dada la explicación, Allende se dirigió al público, refiriéndose a la jornada de aquel día como un «hecho trascendental».[232] Recordó una frase vista en Cuba, en uno de sus viajes: «el que no sabe aprende y el que sabe enseña». Para él, este era el imperativo que debía forjar el

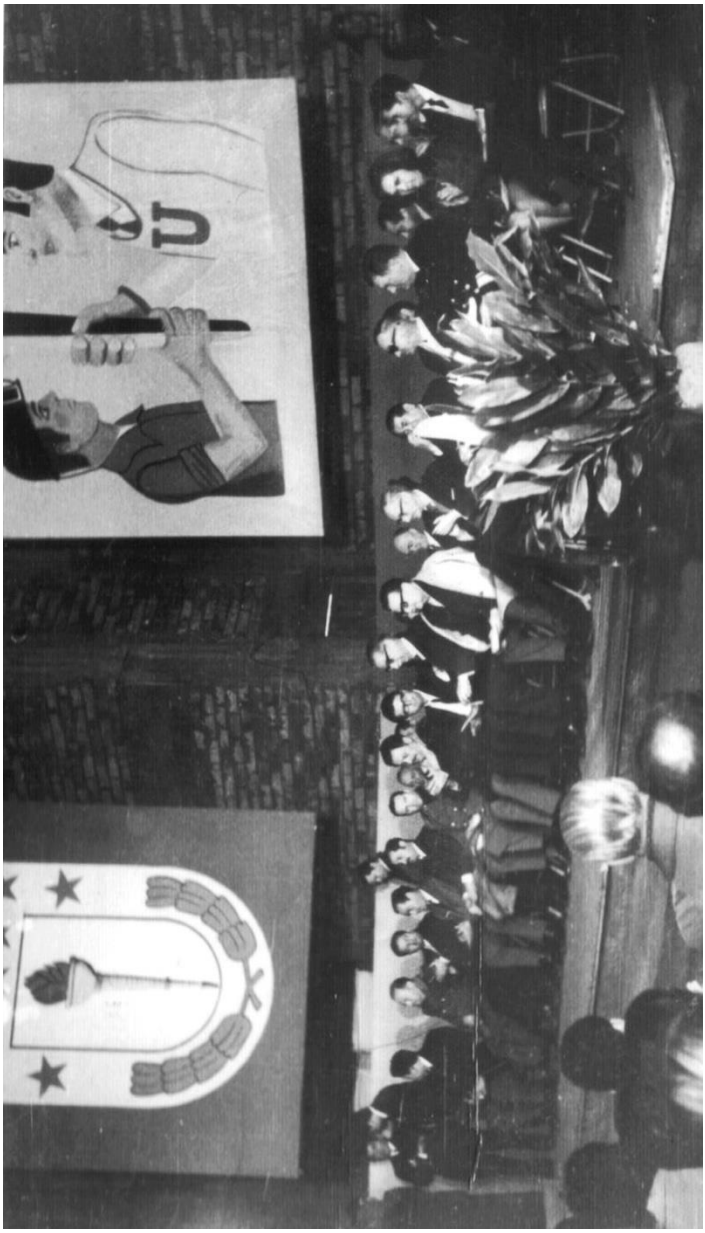
país en su camino al socialismo.[233] El Presidente reiteró aquella necesidad de contar con trabajadores capacitados, aspiración en la que todos debían poner de su esfuerzo y sus virtudes. En sus propias palabras, tanto «la ciencia como la cultura motivaban el desarrollo de la personalidad humana».[234] A su vez, Allende se tomó el tiempo para resaltar que la preocupación central de su gobierno serían los niños y su formación, aludiendo que el niño «es padre del hombre, es una persona privilegiada a la que se le debe formar con el fin de lograr un hombre que pueda crear su destino».[235] En dicha labor sería fundamental la cooperación de los maestros y profesores de las universidades, ya que en sí, las instituciones educativas «deben ser ese crisol que refunda ideas y pensamientos, vengan de donde vengan, para adecuarlos a la realidad existente».[236] El Presidente expresó que el proyecto de la UP era posible en la medida que existieran «los trabajadores preparados y muchachos capacitados» para poder concretar lo que «la sociedad capitalista negó».[237] Añadió que:

> «Este gobierno del pueblo, comprendiendo la misión de las universidades, respetando su autonomía y exigiéndoles que sean cada vez más críticas en sentido constructivo, ha dado todo su aporte para hacer posible que se abran permanentemente las puertas universitarias para que entre el pueblo a expresar su talento y así ponerlo al servicio de la patria».[238]

Finalmente, el Presidente agradeció a todos y, en especial, a los «Compañeros Rectores», por esta obra que se realizaba y que, sin dudas, marcaba todo un hito en la historia cultural del país. Una vez concluida la ceremonia, el Presidente se trasladó hasta la Subcomisaria de Lota Alto, lugar en el que emprendió su viaje en helicóptero hasta Carriel Sur y, de allí, a la capital. Con este acto se dio por inaugurada la Universidad del Carbón, en donde, la presencia de todas las autoridades citadas y de las comunidades mineras, le dieron la identidad a este proyecto en beneficio del pueblo.

A UNIVERSIDAD AL SERVICIO DE LOS TRA





«La Universidad del Carbón entre 1971 y 1972»

El primer año.

Las labores de la Universidad del Carbón comenzaron en el mes de marzo de 1971 y el «Consejo Directivo» –integrado por los representantes de las instituciones y las organizaciones que le dieron vida a este proyecto– quedó encabezado por Gustavo Pizarro, ocupando el cargo de «Presidente» de las Actividades Universitarias en la Zona del Carbón.[239] Las programaciones de ambas Sedes –inicialmente y de acuerdo al convenio realizado– consistieron en tres tipos de funciones particulares:

(1) Actividades de «Extensión Cultural»: Las universidades pactantes en el convenio, en particular, a través de sus diversos departamentos encargados de las extensiones culturales –entre estos, el Teatro, la Orquesta, el Coro y la Radio– realizarían sus funciones en las nuevas Sedes Universitarias. Además de velar por el desarrollo de sus labores propias, los organismos citados tenían la misión de «propiciar conjuntos locales» en las áreas y espacios respectivos.[240]

(2) «Cursos de Difusión»: Estas jornadas estarían dedicadas principalmente a los trabajadores. El Consejo Directivo aprobó la creación de cuatro cursos iniciales –Cursos de Capacitación Sindical, de Economía Política Básica, de Sicología Laboral y de Derechos Laborales– que comenzaron con sus funciones en el mes de abril de 1971, con el carácter de jornadas vespertinas. Los tres primeros cursos aludidos fueron dictados por la UTE y el cuarto por docentes de la UdeC, cada uno, con una duración de 18 horas y con un valor de inscripción de 10 escudos.[241] En una segunda etapa, las universidades pactantes ampliaron estos espacios de difusión con la creación de nuevos cursos en torno a los requerimientos de la zona en cuestión. Surgieron así, por ejemplo, el Curso de Seguridad Industrial –para miembros del Comité Paritario y de Supervisión de la Compañía Carbonífera Lota Schwager– en jornadas de 20 y 60 horas respectivamente.

(3) «Carreras Cortas»: Estas carreras estuvieron dedicadas a los estudiantes egresados de la enseñanza secundaria. Para la inscripción de los postulantes, la UTE y la UdeC inauguraron sus oficinas en Lota y Coronel el 29 de marzo de 1971, ocasión en la que también comenzaron las inscripciones estudiantiles y que se extendieron hasta el 8 de abril. Los requisitos consistían en llenar el formulario de solicitud de inscripción, presentar las concentraciones de notas, informar sobre el puntaje en la PAA –requisito que sólo se extendía para las carreras de la UdeC– y cancelar una cuota de 50 escudos, los que eran abonados para la matrícula en caso de ser aceptado o bien eran devueltos en la situación contraria.[242] La selección de los nuevos estudiantes de ambas Sedes se realizó entre el 12 y el 24 de abril, cuya lista se publicó oficialmente el día 26 de abril. Los seleccionados para las carreras cortas formalizaron sus inscripciones entre el 26 y el 29 de abril, completando las vacantes disponibles con la lista de espera respectiva. Finalmente, las clases comenzaron el día 17 de mayo.[243]

«Carreras Cortas de la UTE en la Sede de Lota en 1971»

	Carrera	Semestres	Cupos
(1)	Técnico Dibujante Industrial	4	40
(2)	Técnico en Galerías de Minas	4	40
(3)	Técnico en Instrumentación Industrial	4	40
(4)	Técnico en Mantenimiento Electro-Mecánico	4	40

Archivo General de la Universidad de Concepción (1971)

Inicialmente, las carreras cortas de la UTE se realizaron en la Escuela Industrial –actualmente el Liceo Politécnico– lo que le permitía al nuevo proyecto universitario contar con talleres y espacios técnicos previamente equipados y preparados para el desarrollo de las diversas especialidades. Sin embargo, el día 9 de junio de 1971, los estudiantes de la Escuela Industrial de la ciudad minera se tomaron las dependencias como protesta por

el cambio de horario, suscitado por las labores universitarias de la UTE en el mismo establecimiento.[244] Como solución a dicha problemática, las funciones de la Sede Universitaria de Lota se trasladaron a la Escuela N°69 –que actualmente corresponde a la Escuela Thompson Matthews– bajo un horario vespertino de 18 a 22 horas.[245] No hay más antecedentes sobre esta situación, por lo que se estima que, definitivamente –y según los diversos testimonios–, las clases de la Sede de Lota se realizaron, de ahí en adelante, en las dependencias ya señaladas, con talleres que seguramente continuaron realizándose en la Escuela Industrial, con horarios acordados por la Dirección del establecimiento.[246] Cada una de las carreras impartidas tenía una duración total de cuatro semestres –dos años– y con una disposición de 40 cupos por curso, según lo establecido por el Consejo Directivo de las Actividades Universitarias. A su vez, las carreras contaban con sus misiones previamente establecidas por el Consejo y por la UTE, siendo desarrolladas por docentes de la Universidad y de la localidad aludida. Las misiones –resumidas y contenidas en un informe de la UdeC en 1971– eran las siguientes:

(1) «Técnico Dibujante Industrial»: Su misión era formar a dibujantes técnicos con amplios conocimientos en tecnología e industria.

(2) «Técnico en Galería de Minas»: Su misión era preparar profesionales con los conocimientos técnicos para enmaderado y ventilación de galerías de minas.

(3) «Técnico en Instrumentación Industrial»: Su misión era impartir conocimientos de medición y control hidráulicos, neumáticos y electrónicos, para la conservación, ampliación, reparación y montaje de instrumentos.

(4) «Técnico en Mantenimiento Electro-Mecánico»: Tenía la misión de entregar conocimientos para el mantenimiento y la conservación racional del equipo electro-mecánico que poseían las industrias.[247]

«Carreras Cortas de la UdeC en la Sede de Coronel en 1971»

	Carrera	Semestres	Cupos
(1)	Educación Parvularia	6	40
(2)	Químico Analista	6	40
(3)	Técnico en Calderas y en Calefacción Industrial	4	40
(4)	Técnico Dibujante en Proyectos Mecánicos	4	40
(5)	Técnico Papelero	4	40
(6)	Educadores en Alimentación	4	40

Archivo General de la Universidad de Concepción (1971)

Inicialmente, las carreras cortas de la UdeC se realizaron en el Liceo de Coronel –hoy Liceo Antonio Salamanca Morales– y en el local del INACAP en Lota, en donde se impartía Dibujo de Proyectos Mecánicos.[248] El Rector del Liceo Coeducacional de la ciudad, en su calidad de miembro del Consejo Directivo y Coordinador de la UdeC, había cedido los últimos niveles de su recinto educacional –tercer y cuarto piso– paras las funciones de la Sede Universitaria. A través de los recursos que asignó la UdeC, se realizaron numerosas y variadas inversiones en aquel establecimiento, las que consistieron en el mejoramiento de las salas y muebles, creación de nuevas oficinas, implementación del gimnasio y de un laboratorio para la actividad científica.[249] De la misma forma, la UdeC también contribuyó a mejorar los espacios del INACAP en Lota reacondicionando algunas de sus secciones para poder desarrollar las labores ya señaladas.[250] Al igual que en Lota, las carreras universitarias en Coronel eran de tipo vespertinas, con un horario extendido entre las 14.30 y las 20.30 horas.[251] A su vez, cada una de estas carreras cortas tenía una capacidad de 40 cupos –salvo Dibujo Mecánico con 24– y una duración de cuatro semestres –dos años– con excepción de las carreras de Educación Parvularia y Químico Analista, estas, con una duración más prolongada de seis semestres o tres años. Según lo establecido por el Consejo, las misiones eran:

(1) «Educación Parvularia»: Su finalidad era preparar a los profesionales en la educación integral de los niños entre los 0 y 6 años.

(2) «Químico Analista»: Su finalidad era la formación y la preparación de profesionales capacitados para efectuar análisis químicos, usando técnicas clásicas y modernas de operación.

(3) «Técnico en Calderas y en Calefacción Industrial»: Su misión era la formación de profesionales cuya responsabilidad sería la mantención y la operación de una central térmica o las instalaciones de calderas.

(4) «Técnico Dibujante en Proyectos Mecánicos»: Tenía la misión de formar técnicos dibujantes especialistas en proyectos mecánicos que colaboraran en oficinas de ingeniería local.

(5) «Técnico Papelero»: Su misión era preparar y formar a profesionales calificados para desempeñarse en los laboratorios de control de proceso y, en general, como operador principal a cargo de unidades específicas propias de las industrias en torno a la madera.

(6) «Educadores en Alimentación»: Su misión era formar y preparar profesionales capacitados para orientar y educar en la alimentación individual y familiar.[252]

Todas las carreras cortas –tanto las de la UTE como las de la UdeC– recibieron una postulación total de 850 personas.[253] De este universo de postulantes, las universidades reservaron el 80% de los cupos disponibles para los jóvenes de la zona.[254] El resto, según algunos testimonios, correspondía a estudiantes de Antofagasta, Santiago o Concepción –entre otras ciudades– los que emigraban de sus hogares para realizar sus estudios en esta región. Para mayo de 1971, fueron seleccionadas 530 personas en las carreras cortas, ampliando el número de cupos que ya se habían previsto en los meses anteriores.[255]

De los 530 estudiantes matriculados, 350 fueron de la Sede en Coronel y los 180 restantes de la Sede en Lota.[256] Las cifras aludidas reflejaron de gran manera los positivos alcances que el proyecto registró en sus inicios, sin considerar los cupos que se disponían en los Cursos de Difusión, ya que estos se realizaban con tiempos previamente delimitados. En torno a estos últimos, el Consejo determinó que de justificarse con un amplio número de interesados, se realizarían durante todo el año, creándose, a la par, nuevas jornadas y especializaciones. En lo que respecta a la situación de los estudiantes que provenían de las diversas localidades de la región y del país, el Consejo Directivo junto a la Compañía Lota-Schwager habilitó los hogares universitarios, los que se ubicaban en los «Colectivos de Schwager», una serie de departamentos construidos para la población local a fines de los años cincuenta. Estas piezas fueron el hogar de numerosos jóvenes y se hicieron conocidas –entre sus propios moradores y la gente del sector– como los «departamentos de solteros». Los estudiantes que allí habitaron recibieron el apoyo de las Sedes, no sólo en lo que respecta a los hogares universitarios, sino que también a través de becas y facilidades de estudio. Además, la Compañía Minera facilitó el «Comedor de Mayordomos» para la alimentación de los estudiantes y buses para el transporte de los jóvenes y los académicos a sus centros universitarios. De la misma forma, la Carbonífera también canceló las matriculas de los jóvenes trabajadores que decidieron continuar sus estudios, facilitando, además, los cambios de horarios y turnos para estos casos particulares.[257]

Para el segundo semestre de 1971, la UdeC ya barajaba la ampliación de sus Actividades Universitarias en torno a nuevos programas de estudios, en especial, para atender a los jóvenes que egresarían de la enseñanza media a fines del mismo año, a lo que se sumaba, también, el éxito inicial que había tenido este proyecto universitario. Entre las nuevas carreras y cursos que se estudiaban para su creación se encontraban las de Profesor de Educación Física, Mecánica Automotriz, Técnico en Faenas Pesqueras, Técnico en Prevención de Riesgos, Analistas Indus-

triales, Técnico en Control de Calidad, Cursos de Perfeccionamiento para Profesores, Cursos para Trabajadores y Cursos de Nivelación.[258] Mientras tanto, las carreras iniciales ya estaban en su segundo semestre, no registrando novedades adversas en el desempeño general de ambas Sedes. Al final del primer año, los índices fueron muy motivadores: se estima que al menos un 87% de los estudiantes matriculados inicialmente continuarían con sus estudios en 1972, lo que aumentó las esperanzas y las motivaciones entre las autoridades universitarias. Sin embargo, este gran proyecto demandaba constantes recursos. En 1971, un informe de la administración universitaria demostró que ambas Sedes habían alcanzado un gasto cercano a los cuatro millones de escudos, el que fue aportado, principalmente, por la UdeC, que pese a recién salir de un difícil trance económico –relatado en pasajes anteriores– demostró, con esto, la gran convicción y el compromiso social que adquirió tras la reforma. El Consejo Directivo de las Actividades Universitarias estimó que para el nuevo periodo de 1972, el presupuesto mínimo llegaría a cinco millones de escudos,[259] por lo que la administración sugirió un aporte adicional mediante una ley, ya que las universidades no estarían en condiciones como para solventar la totalidad de los gastos que se demandarían en esta segunda etapa.[260] También, y de forma relevante, estaban latentes algunas necesidades muy imperiosas, como, por ejemplo, que ambas Sedes contaran con sus espacios respectivos junto a la implementación de talleres y bibliotecas locales.

La realización de un proyecto universitario no era una tarea sencilla. En el caso de la Universidad del Carbón y para fijar el balance de este periodo inicial, hay que decir que más allá de la capacidad limitada o de la necesidad de autonomía en espacio e infraestructura, debe considerarse como un suceso auspicioso. Se pusieron en marcha experiencias que fueron una novedad en el periodo y que buscaban la apertura de las instituciones con la clase obrera del país. En Lota y Coronel fue posible innovar y hacer cosas realmente nuevas, con un espíritu particular y una suma de esfuerzos considerables que transformaron a las Sedes

del Carbón en un proyecto auténticamente representativo para la zona en cuestión. La segunda etapa de este proyecto vendría a ser, quizás, la de los sueños y las aspiraciones que alcanzaron su máximo esplendor.

El segundo año.

El año 1972 tendría un comienzo magnífico para las Sedes Universitarias de Lota y Coronel. El Consejo Directivo, ante el asombro que derivó de la gran participación que se registró en 1971, realizaría una serie estudios y comisiones técnicas sobre la labor de las universidades en la zona, con el propósito de que se ampliaran, principalmente, los programas de estudios. Por su parte, ya en los inicios de 1972, la representación de la UTE en Lota participó en una serie de seminarios realizados por la Sede Central en conjunto con los diversos institutos tecnológicos del plantel. En estas jornadas se analizaron las labores académicas y culturales de la UTE a nivel nacional, poniendo énfasis en los estudios que permitirían el mejoramiento de las actividades.[261] Asimismo, los representantes lotinos viajaron a la capital para reunirse con el Ministro del Interior José Tohá, planteándole a este los principales problemas que tenía la Sede en Lota y que podrían impedir su adecuado funcionamiento.[262] Entre la suma de problemáticas expuestas, la más relevante era la falta de un edificio propio para las labores académicas, ya que la Escuela Thompson Matthews y la Escuela Industrial –en particular esta última– no daban abasto con sus aulas ante la gran demanda de matriculas en el periodo. La representación lotina le propuso al Ministro Tohá que la Compañía Lota-Schwager cediera el local del Club Social de Lota, con el fin de establecer allí la Sede de la UTE minera.[263] Tohá acogió la iniciativa y se comprometió a conversar directamente con el Rector Enrique Kirberg y con el Gerente Isidoro Carrillo para agilizar la solicitud realizada. La UTE llegó al acuerdo de que una vez cedido el establecimiento, se encargaría de implementarlo con talleres, laboratorios, aulas y con todos los otros elementos didácticos.[264] En esta ocasión, la representación lotina también gestionó la implementación de

una biblioteca, para lo cual, se tomaron contactos con la URSS y Yugoslavia. La primera se comprometió con un despacho de libros para el 20 de enero, el que se complementaría con otros materiales especializados dentro de los próximos seis meses.[265] Por su parte, desde Yugoslavia se comprometieron a enviar una cuota de textos de estudio, los que llegarían en el transcurso del segundo semestre.[266] En concreto, de los estudios realizados en esta etapa, la UTE dio por creadas otras tres carreras –Técnico en Explotación de Minas, Técnico en Control de Producción y Técnico en Prevención de Riesgos– contabilizando, junto a las cuatro iniciales, un total de siete carreras cortas.[267]

Al igual que en el caso de Lota, la Sede en Coronel también experimentó un notable crecimiento, mucho más allá de lo que se podría haber esperado en los orígenes mismos del proyecto. Esto fue posible gracias a las grandes inversiones académicas y económicas realizadas por la UdeC en la zona, doblegando los esfuerzos iniciales. Aquello se vio reflejado tras la creación de seis nuevas carreras cortas –Técnico en Mecánica Automotriz, Técnico en Motores Diesel, Técnico en Curtiembre, Técnico en Plástico, Técnico en Secado y Técnico en Refrigeración– y que se sumaron a las seis originarias, contabilizando –a comienzos del primer semestre de 1972– un total de 12 carreras. Hay que señalar, necesariamente, algunos detalles en torno a las nuevas carreras. En un informe de la Sede de Coronel en 1972, sólo se reconocen 10 carreras, debido a que, tanto Técnico en Plásticos y Técnico en Curtiembre tenían su primer año en común con la de Químico Analista, por lo que no figuraban con matrículas.[268] Sin embargo, pese a no aparecer de la forma indicada, tenían el reconocimiento oficial del Consejo Directivo en Coronel. Otro de los detalles relevantes a mencionar es que, a inicios de 1972, las carreras existentes pudieron llegar a la cifra de 14, esto si se hubieran materializado las carreras de Técnico en Fundición y Técnico en Control de Soldadura. Ambas carreras se dictarían en conjunto con el INACAP –institución que poseía los planes de estudio y la experiencia necesaria en estas materias– pero no alcanzaron el número mínimo de interesados para seguirlas.[269]

También es necesario destacar que cada una de las carreras que eran dictadas en Coronel estuvieron bajo la responsabilidad de las Escuelas de la casa de estudios penquista, destacando así la labor de la Escuela de Ingeniería –que tenía a su cargo la gran mayoría de las carreras–, la Escuela de Educación a cargo de la carrera de Educadores de Párvulos, la Escuela de Química y de Farmacia con la tutela de los Educadores en Alimentación y la Escuela de Ingenieros en Ejecución con el curso de Dibujantes de Proyectos Mecánicos. Todas estas Escuelas, a su vez, tenían a sus propios coordinadores locales, determinados previamente por la institución.[270]

El explosivo avance de la Sede en Coronel hacia imperiosa la necesidad de un espacio físico concreto para sus actividades, una problemática que ya había sido planteada a inicios del año anterior por el Consejo Directivo. Las escasas posibilidades de adquirir un edificio en el centro de la ciudad, habrían motivado a las autoridades superiores de la UdeC a proponer la idea de la reconstrucción del antiguo Hospital de Maule, destruido con un voraz incendio en 1967. Tras un estudio del caso respectivo, el Consejo concluyó que las obras de mampostería que resistieron el fuego podían ser recuperas en su mayor parte, economizando así un 40% menos, aproximadamente, de lo que significaba una nueva construcción.[271] Además, colindante al sitio del hospital se encontraban la Casa de Huéspedes de la Compañía –también denominada como la Casa Schwager– con su parque, la Cancha de Golf y el Estadio Federico Schwager. El Rector de la UdeC le solicitó formalmente al Presidente Salvador Allende su alto patrocinio para que la Compañía Lota-Schwager –dueña de los terrenos aludidos– cediera a la Universidad estas propiedades, las que serían destinadas a las labores de la Sede en Coronel.[272] De esta forma, la UdeC pretendía la construcción de un campus universitario en la zona minera.

Un factor preponderante en 1972 sería la participación del INACAP, el que se sumaría en algunos proyectos académicos para la zona minera. Para esta segunda etapa, dicha institución

no sólo recibió a los estudiantes de Dibujo Mecánico, sino que, también fue participe y promotora de otras instancias. Entre las más destacables se encuentran los cursos de perfeccionamiento técnico en la Cárcel de Coronel y el Plan de Promoción para el Trabajador, este último, que consistía en brindar la educación media a los obreros interesados en continuar sus estudios en las Sedes de Lota y Coronel. Se inició en 1972 –con el auspicio de la UdeC– y contó con una matrícula inicial de 188 estudiantes, de los cuales, 115 correspondían a Coronel y los restantes 73 a Lota. Las clases se realizaban de lunes a sábados en un horario vespertino de 18 a 22 horas, con un ciclo cuya duración era de dos años y medio.[273]

La Universidad del Carbón seguiría registrando logros a lo largo de 1972. En suma, durante el primer semestre, las Sedes de Lota y Coronel dictaron 19 carreras con, aproximadamente, unos 1.250 estudiantes.[274] De estos, 796 cursaban estudios en la Sede de Coronel –según un informe de la UdeC en 1972– y los 450 restantes –según estimaciones– en la Sede de Lota. Para el segundo semestre, la cifra vuelve a elevarse. Esto debido a que en Coronel se creó la carrera de Profesor de Educación Física a cargo de la Escuela de Educación de la UdeC, elevando el total de 796 a 870 matriculados.[275] En conclusión, al término del año 1972, la Universidad del Carbón registró un total de 20 carreras y una matrícula aproximada de 1.300 estudiantes.

La participación estudiantil y la democracia universitaria.

No cabe duda a estas alturas que los jóvenes estudiantes del país fueron los protagonistas de este gran cambio histórico que vivió la educación chilena en el periodo estudiado, entregando las instituciones universitarias al servicio del pueblo. En torno a estas acciones, Fernando Wenger –en su cargo de Presidente de la FEUT en Concepción– señalaba en 1971 que la creación «de una Universidad en Lota era una realidad que fue por años la aspiración de la FEUT-C, bajo la consigna de “Universidad para Todos” o la Universidad de los obreros y campesinos».[276]

Wenger expresó además que la existencia de la Universidad del Carbón era fruto de una política correcta de las instituciones en proceso de reforma y que «lucha por la formación de profesionales no sólo vinculados a lo técnico de la industria sino en una forma sustancial a las grandes transformaciones del país, con el fin de librarnos de la dependencia imperialista».[277] Finalmente, añadió que la liberación del pueblo requería, en buena medida, de la industria pesada nacional. «Esto significará un tremendo aporte para el desarrollo de Lota y de toda la zona minera, tan dejada de lado por los gobiernos anteriores».[278] En adelante, la FEUT se empeñaría en resaltar el ejemplo de Lota en variadas instancias como, por ejemplo, en la Escuela Internacional para Dirigentes Estudiantiles, a la que asistieron delegaciones de las universidades argentinas, uruguayas, panameñas, colombianas, nicaragüenses y chilenas respectivamente. Los dirigentes de la FEUT organizaron una visita a las minas de Lota para quienes participaban de dichas jornadas, con la intención de que estos pudieran bajar al pique y así constatar el esforzado trabajo del minero lotino.[279]

Por su parte, la FEC –que durante muchos años estuvo bajo el liderazgo del MIR– pasó a tomar la ofensiva en el terreno de la educación, proponiendo, en 1972, una Universidad que fuera «expresión de los intereses de la clase trabajadora, de obreros y de campesinos», con un programa que exigía, principalmente, «una "nueva estructura de poder" con representación igualitaria para los docentes, estudiantes y trabajadores». En conclusión, la representación estudiantil de la casa penquista planteaba una segunda etapa de la reforma universitaria, la que profundizara las transformaciones realizadas entre 1969 y 1972. Además, a nivel local, el programa de la FEC contenía el mejoramiento de las Sedes Universitarias, proponiendo la formación de personal paraodontológico en Coronel.[280]

Tanto en Lota como en Coronel, los estudiantes tuvieron la posibilidad de elegir a sus propios representantes a nivel local. Tras las elecciones realizadas en el primer semestre de 1971, la

Sede de Lota quedó encabezada por Juan Araneda, con el cargo de Presidente del Centro de Estudiantes.[281] Este mismo proceso se realizó en la Sede de Coronel en julio de 1971, caracterizado por la competencia entre todos los partidos de la UP, los que no alcanzaron un acuerdo para establecer una lista única. De todas formas, resultó electo Tirso Roa –integrante de la lista del PS– en el cargo de Presidente del Centro de Estudiantes respectivo. Ambas representaciones estudiantiles realizaron importantes y diversas actividades en torno a sus Sedes y a las comunidades. La representación de la UTE, por su parte, fue eje fundamental en las negociaciones para mejorar el espacio infraestructural de la institución. Fue el propio Juan Araneda el que encabezó a la delegación lotina –aludida anteriormente– que viajó a Santiago a reunirse con el Ministro Tohá. Asimismo, tuvo una destacada participación en la difusión cultural para la ciudad, a través de instancias como el Carnaval de Verano y los Teatros Populares. En el verano de 1972, la FEUT organizó, a nivel nacional, una brigada de 1.800 estudiantes para los trabajos voluntarios. Los esfuerzos realizados el año anterior fueron doblegados en estas nuevas jornadas voluntarias, que se centraron, principalmente, en centros productivos como Chuquicamata, El Teniente, Lota, Schwager y Cautín. Cada brigadista trabajó ocho horas diarias, gratuitamente, durante un mes. En total, unas 310.000 horas de trabajo que le ahorraron 90 millones de escudos al Estado. Los estudiantes de la Sede en Concepción –que con los años pasó a convertirse en la Universidad del Biobío– viajaban a Lota en el bus –apodado la amarilla– donado por la Sede Central para las actividades referidas. Cuando llegaban a su destino, trabajaban voluntariamente en conjunto con los estudiantes de la Sede de Lota, ya sea, bajando al fondo de la mina para realizar labores de mantención al equipamiento o, bien, en la superficie, con el arreglo de calles y viviendas de la localidad.[282]

En el caso de la UdeC, la dirigencia coronelina obtuvo gran relevancia con la participación de Tirso Roa en las Comisiones Técnicas que buscaban concretar mejorías en la Sede. A su vez, estas instancias rindieron frutos cuando la UdeC da por creadas

las Asambleas Directivas, integrando a los estudiantes a través de un 25% y al personal no docente con un 10%. Pese a que las decisiones de las Asambleas no eran estatutarias y válidas para la Sede Central, se trabajaba –en el transcurso inicial de 1972– para que la Sede en Coronel desarrollara sus actividades en un contexto de mayor participación, a través de la constitución de sus propias Asambleas y, posteriormente, sus propios Consejos Superiores.[283] En lo cultural, la directiva estudiantil organizaba la recepción de los nuevos estudiantes en la Semana Mechona, que se efectuaba, generalmente, en el último tramo de junio. En la planificación de estas actividades se encontraban los trabajos voluntarios. En 1972, se movilizaron cerca de 500 estudiantes coronelinos para realizar trabajos en los campamentos locales.

Las elecciones de Rectores, en ambos planteles, se llevaron a cabo en el segundo semestre de 1972. En estas, la comunidad universitaria expresó sus votos de forma democrática, a través de las ponderaciones establecidas en los estatutos universitarios promulgados en el proceso reformista. En el caso de la UTE, se enfrentaron Enrique Kirberg –que buscaba su reelección para el cargo aludido– y Mauricio Jungk. La elección –realizada en el mes de agosto– se efectuó simultáneamente en todas las Sedes, de Arica a Punta Arenas. Esto indicaría que la comunidad de la Sede en Lota debió haber participado del proceso eleccionario. No se tiene conocimiento, eso sí, de los resultados locales. Sin embargo, pese a que no se pude esclarecer lo anterior, se puede afirmar que, entre los estudiantes –y a nivel nacional– Kirberg habría obtenido más del 80%.[284] Aquel resultado, seguramente, debió haberse replicado en Lota. Lo cierto es que, en definitiva, el denominado «Rector de los Estudiantes» triunfó nuevamente en primera vuelta y con una amplia mayoría.[285]

Por su parte, en la UdeC, las elecciones se efectuaron el 20 de noviembre.[286] Para esta ocasión, se enfrentaron las duplas de Galo Gómez y Ennio Vivaldi –los continuadores del proyecto de la UP, para los cargos de Rector y Vicerrector– y la dupla de la oposición –agrupando a estudiantes y docentes en el «Frente

Universitario»– compuesta por Carlos Von Plessing y Lorenzo González. En lo que respecta a los primeros, Gómez había sido proclamado como candidato a Rector con el apoyo mayoritario del Consejo Superior. Y lo que parecía ser una victoria para las fuerzas de la UP en la UdeC, pronto se transformó en una gran derrota: el Frente Universitario se impuso en las urnas y Carlos Von Plessing fue elegido como Rector.[287] Independiente de los resultados de aquel proceso, es importante señalar que, en esta elección, participaron unas 14.000 personas, entre académicos, no académicos y estudiantes.[288] Así como las Sedes de Chillán y Los Ángeles, la comunidad universitaria de Coronel también fue partícipe, por primera vez, de una elección institucional de este tipo. A nivel estudiantil, la Sede ya había participado en la elección de la FEC, en enero de 1972. En dicha ocasión, cuatro listas –la DC, el PN, la UP y el MIR– se disputaron los cargos de la representación penquista. El triunfo definitivo fue para la UP –desplazando al MIR luego de varios años consecutivos al frente de la FEC– con Manuel Rodríguez –militante del PS– en el cargo de Presidente. La segunda participación estudiantil fue en diciembre del mismo año, para elegir a los representantes de la FEC en 1973. Este proceso concluyó con una victoria para la «Lista B» –integrada por el MIR y la UP– y Enrique Sepúlveda –también, al igual que Rodríguez, militante del PS– fue elegido como el nuevo Presidente. Si bien no se pueden esclarecer con certeza los resultados locales de ambas elecciones, al menos se puede afirmar la participación de la Sede de Coronel en dichos procesos.

La polarización estudiantil.

En Lota, la UP –y principalmente el PC– mantuvo siempre el poder en las expresiones políticas de su pueblo. Entonces, no es de extrañar que las actividades universitarias se realizaran en un contexto de tranquilidad y normalidad, considerando que la UTE –cuyo Rector también era de militancia comunista– formó parte de la vanguardia política y educacional del gobierno. Sin embargo, este panorama no se replicó en Coronel. Pese a que el

PC triunfó con Norma Hidalgo –joven militante comunista– en la elección municipal de 1971, la creciente vinculación política entre los jóvenes penquistas y los jóvenes del carbón, motivó el ingreso de estos últimos a las filas del MIR. Aquella situación particular –en el contexto histórico de la zona minera, siempre vinculada al PC– activó la participación mirista en los espacios políticos y sociales mineros, ganando rápidamente más adeptos y colaboradores. Esto derivó, en el tramo inicial de 1972, en un gran triunfo del MIR en los Sindicatos Mineros, desplazando al PC de la totalidad de estos.[289] Y en lo que respecta al escenario estudiantil, la juventud –que tras la derrota del MIR en la FEC de 1972, dio paso a la estrategia de «ganar la calle»– radicalizó sus acciones en contra de la oposición. Constantemente, y a las afueras del Liceo, se pudo apreciar, en más de una oportunidad, verdaderos enfrentamientos callejeros entre la fuerza juvenil de la DC y el MIR.[290]

Uno de los sucesos más violentos fue en torno a la Sede de Coronel y su comunidad estudiantil. Mientras transcurrían las campañas de los candidatos a Rector para la UdeC, Carlos Von Plessing realizó una visita a Coronel, con el fin de presentar su plan de gobierno universitario. Sin embargo, al llegar al Liceo, los estudiantes impidieron su entrada. Fue de tal impronta este altercado, que el candidato del Frente Universitario –junto a su comitiva– se vió obligado a abandonar el lugar, perseguido por una gran masa estudiantil. Von Plessing tuvo que ser refugiado en la Farmacia Verde –a unas calles del Liceo– mientras que su comitiva enfrentaba a los manifestantes a las afueras del local. La situación se agravó cuando desde la comitiva del candidato se efectuaron disparos, que se le atribuyeron, posteriormente, al dueño de la farmacia. Los disturbios finalizaron con el saldo de dos estudiantes baleados –uno en su abdomen y el otro en una pierna– y vidrios rotos.[291] Pese a que el incidente no se reportó en la prensa regional, si lo hizo la prensa coronelina a través de la radio, titulando que «Coronel se había convertido en un “Far West”, con disparos y heridos».[292] Al día siguiente, una nueva turba estudiantil realizó disturbios a las afueras de la farmacia,

acusando a la familia del locatario de los disparos efectuados y que hirieron a los dos estudiantes. Algunos testimonios afirman que, durante la votación en el mes de noviembre, se realizaron nuevos disturbios que involucrarían a estudiantes coronelinos y penquistas en un supuesto corte de luz en las dependencias y en un intento de robarse los sufragios.[293]

La Universidad Autónoma.

Pese a las situaciones descritas anteriormente, el transcurso de 1972 continuó siendo favorable para las aspiraciones de las comunidades mineras. La cristalización de los grandes anhelos llegaba a su punto máximo, tras un gran anuncio realizado por el Vicerrector Galo Gómez: «las Sedes Universitarias de Lota y Coronel se convertirían en una "Universidad Autónoma" de la zona minera».[294] Para esto, el propio Vicerrector había asumido la tarea de encabezar los estudios preliminares de una iniciativa que contaba con el formal respaldo de la UdeC y de la UTE.[295] Ambas universidades se habían comprometido a entregar todos los canales financieros, administrativos y académicos posibles para la materialización de este nuevo proyecto universitario, en el que se considerarían, además, los aportes económicos que el gobierno pudiera otorgar y las aspiraciones de las fuerzas vivas de la zona.[296]

Notas al Capítulo III

(163) Plan piloto para la formación de Profesores en Educación Física en las Actividades Universitarias de la Zona del Carbón. Escuela de Educación y Comisión de Docencia de la UdeC, 10 de julio de 1972, pág. 59. En *Archivo General de la UdeC*.

(164) *Idem*.

(165) *Ibidem*, pág. 67.

(166) *Idem*.

(167) *Ibidem*, pág. 68.

(168) *Idem*.

(169) *Idem*.

(170) *Ibidem*, pág. 60.

(171) «Historia del Liceo de Coronel». Disponible en http://www.liceodecoronel.cl/archivos_fijos/historia.htm.

(172) *Idem*.

(173) Discurso de Edgardo Enríquez ante la inauguración de la Universidad del Carbón, pronunciado el 31 de mayo de 1971.

(174) La primera de estas «Escuelas de Temporada» se realizó en Coronel, en el verano de 1955.

(175) Rectoría de la UdeC, «Acta de Sesión Ordinaria del Consejo Superior» del 24 de junio de 1970, N°36, pág. 32. En *Archivo General de la UdeC*.

(176) *Idem*.

(177) *Idem*.

(178) *Ibidem*, pág. 30.

(179) *Ibidem*, pág. 31.

(180) *Idem*.

(181) *Idem*.

(182) *Ibidem*, pág. 32.

(183) *Idem*.

(184) *Idem*.

(185) *Ibidem*, pág. 36.
(186) *Ibidem*, pág. 37.
(187) *Idem*.
(188) «El Sur», 7 de enero de 1971, pág. 8.
(189) *Idem*.
(190) *Idem*.
(191) *Idem*.
(192) *Idem*.
(193) *Idem*.
(194) «El Sur», 16 de enero de 1971, pág. 12.
(195) «El Sur», 21 de enero de 1971, pág. 12.
(196) *Idem*.
(197) *Idem*.
(198) *Idem*.
(199) *Idem*.
(200) «Convenio UdeC, UTE y Zona del Carbón». Lota, 20 de enero de 1971, págs. 1-2. En *Archivo General de la UdeC*.
(201) *Ibidem*, págs. 2-3.
(202) «El Sur», 21 de enero de 1971, pág. 12.
(203) «El Diario Color», 29 de mayo de 1971, pág. 1.
(204) «El Sur», 30 de mayo de 1971, segundo cuerpo, pág. 5.
(205) *Idem*.
(206) *Idem*.
(207) *Idem*.
(208) *Idem*.
(209) *Idem*.
(210) *Idem*.
(211) *Idem*.
(212) «El Diario Color», 30 de mayo de 1971, pág. 1.
(213) «El Diario Color», 31 de mayo de 1971, pág. 1.

(214) «El Diario Color», 29 de mayo de 1971, pág. 1.

(215) «El Sur», 31 de mayo de 1971, segundo cuerpo, pág. 9.

(216) «El Diario Color», 31 de mayo de 1971, pág. 1.

(217) «El Sur», 31 de mayo de 1971, segundo cuerpo, pág. 9.

(218) *Idem*.

(219) *Idem*.

(220) *Idem*.

(221) *Idem*.

(222) *Idem*.

(223) *Idem*.

(224) *Idem*.

(225) *Idem*.

(226) *Idem*.

(227) «El Diario Color», 31 de mayo de 1971, pág. 1.

(229) *Idem*.

(230) *Idem*.

(231) *Idem*.

(232) «El Sur», 31 de mayo de 1971, segundo cuerpo, pág. 9.

(233) *Idem*.

(234) *Idem*.

(235) *Idem*.

(236) *Idem*.

(237) *Idem*.

(238) *Idem*.

(239) Documentación sobre las «Actividades Universitarias en la Zona del Carbón» (Sede de Coronel) entre 1971 y 1976, pág. 5. En *Archivo General de la UdeC*.

(240) *Idem*.

(241) «Memorándum al Senador Alberto Jerez» que resume las Actividades Universitarias en la Zona del Carbón. Concepción, 1971. En *Archivo General de la UdeC*.

(242) Documentación sobre las Actividades… Óp. Cit., pág. 6.

(243) *Idem*.

(244) «El Sur», 10 de junio de 1971, pág. 10.

(245) Documentación sobre las Actividades… Óp. Cit., pág. 6.

(246) *Idem*.

(247) *Idem*.

(248) *Idem*.

(249) Memorándum al Senador Alberto Jerez… Óp. Cit.

(259) *Idem*.

(251) Documentación sobre las Actividades… Óp. Cit., pág. 6.

(252) *Idem*.

(253) Memorándum al Senador Alberto Jerez… Óp. Cit.

(254) *Idem*.

(255) *Idem*.

(256) «El Sur», 29 de mayo de 1972, pág. 11.

(257) *Idem*.

(258) «Informe sobre las Actividades Universitarias en la Zona del Carbón» (Sede de Coronel) realizado por Galo Gómez en el primer semestre de 1972. En *Archivo General de la UdeC*.

(259) Memorándum al Senador Alberto Jerez… Óp. Cit.

(260) *Idem*.

(261) «El Sur», 30 de junio de 1972, pág. 8.

(262) «El Sur», 2 de enero de 1972, pág. 10.

(263) *Idem*.

(264) *Idem*.

(265) *Idem*.

(266) *Idem*.

(267) Enrique Kirberg, Los nuevos… Óp. Cit., pág. 344.

(268) Informe sobre las Actividades… Óp. Cit.

(269) *Idem*.

(270) *Idem*.

(271) Memorándum al Senador Alberto Jerez… Óp. Cit.

(272) *Idem*.

(273) *Idem*.

(274) «El Sur», 1 de junio de 1972, pág. 10.

(275) Informe sobre las Actividades… Óp. Cit.

(276) «El Sur», 29 de mayo de 1972, pág. 11.

(277) *Idem*.

(278) *Idem*.

(279) «El Sur», 11 de agosto de 1971, pág. 9.

(280) «El Sur», 10 de marzo de 1972, pág. 8.

(281) «El Sur», 2 de enero de 1972, pág. 10.

(282) Enrique Kirberg, Los nuevos… Óp. Cit., pág. 344.

(283) «El Sur», 19 de julio de 1972, pág. 1.

(284) Luis Cifuentes, «Kirberg: Testigo y Actor del Siglo XX». En https://pviribar.files.wordpress.com/2010/05/kirbergtestigoyactor.pdf.

(285) *Idem*.

(286) «El Sur», 29 de septiembre de 1972, pág. 8.

(287) La elección de Rector en la UdeC, el 20 de noviembre de 1972, arrojó como vencedor al Frente Universitario con amplia mayoría, desplazando a la UP de la dirección.

(288) «El Sur», 29 de septiembre de 1972, pág. 8.

(289) «El Rebelde». Santiago, Año VI, N°12-13-26, 1972.

(290) «El Sur», 19 de agosto de 1972, pág. 1.

(291) «Acta del Cuerpo de Bomberos de Coronel» correspondiente al mes de octubre de 1972.

(292) *Idem*.

(293) *Idem*.

(294) «El Sur», 1 de junio de 1972, pág. 10.

(295) *Idem*.

(296) *Idem*.

Capítulo IV

MEMORIA POPULAR

«Testimonios sobre la Universidad del Carbón»

Palabras y recuerdos de sus actores.

El gran valor de este trabajo radica, sin duda, en el presente capítulo. Y es que la memoria de un pueblo se mantiene viva si sus actores retoman con cariño y convicción –pese a toda carga emocional y nostálgica– las acciones de un pasado que entregó frutos, ajenos a muchas generaciones anteriores. Mucho más, si estos recuerdos circularán, desde ahora, en la nueva conciencia colectiva, para refundar la identidad y la dignidad popular: hoy, después de más de cuatro décadas, nos queda mucho camino y futuro por construir y recorrer.

Fueron variados los testimonios que se recogieron de estos pueblos. No obstante, y sin restarle importancia a ninguno, por espacio y recursos, este trabajo se ha limitado a contextualizar y a transmitir cinco testimonios orales, el producto de diversas conversaciones realizadas entre el 2012 y la actualidad. Bajo el juicio propio, se espera que los siguientes párrafos reflejen, con gran pasión, a quienes fueron actores del proceso universitario estudiado.

Norma Hidalgo –Alcaldesa de Coronel entre 1971 y 1973– tiene mucho que contar sobre la experiencia universitaria en la zona minera. Desde su infancia, Norma participó, activamente, de la política: con tan sólo 11 años de edad inició su militancia en las Juventudes Comunistas, como un legado familiar que se remontaba a los orígenes de la izquierda en el carbón. En 1967, a la edad de 21 años, fue elegida Regidora, convirtiéndose en la mujer más joven en desempeñarse en un cargo municipal. Para 1971, y siempre representando al PC, fue elegida Alcaldesa. La localidad, en dicho momento, atravesaba por duras y complejas condiciones, con altos índices de pobreza y marginalidad:

«Coronel era una comuna con mucho menos población que la de hoy. Su sistema productivo imperante se basaba en la extracción del carbón, acompañado del comercio y también de los servicios públicos. La situación que vivía la comuna era depresiva: "era un pueblo pobre, con una sola fuente de trabajo, una tesorería y tres escuelas populares céntricas. Se arrastraban problemáticas graves como el desempleo y los empleos informales, con una juventud sin posibilidades ni perspectivas de desarrollo". Este último grupo social tenía como herencia el trabajo de sus padres en las minas, con un bajo nivel de escolaridad. Familias completas de mineros y obreros –padres, hijos y nietos– han pertenecido a las filas generacionales del carbón. Se vivía una eterna crisis social, no sólo reflejada en las condiciones anteriores: existía sólo un hospital que no contaba con un servicio de urgencia, no había agua ni luz en diversos sectores –como en Lo Rojas, La Colonia, Cerro Obligado y Corcovado– y mucho menos alcantarillado. La situación socio-económica, entonces, era de gravedad».[297]

Norma recuerda que las fuerzas políticas de izquierda en la comunidad, tuvieron un rol fundamental, no sólo en las urnas y en los votos, sino que también a través de los programas que el gobierno de Allende otorgó durante su periodo municipal para comenzar a solucionar los grandes problemas descritos:

«Por la representatividad, el PC tenía una gran mayoría. Le seguía, también con una buena representación, el PS. Estos partidos, junto al PR, eligieron a Salvador Allende como el Presidente de Chile, bajo una tremenda y aplastante victoria local. Sin embargo, la disputa se daba acerca de quién y de qué forma se iba a conducir el gran cambio revolucionario. A raíz de esto, existió una fuerte contradicción con el MIR, producto de su enfoque diferente para el método de luchar. ¿Quién iba a hegemonizar este movimiento popular que fue capaz, por primera vez en la historia chilena, de alcanzar el poder? Pese a las latentes contradicciones, el programa que

el gobierno se había propuesto se puso en marcha. Sin duda alguna que el proceso de "nacionalización de la Compañía Lota-Schwager", que se llevó a cabo con éxito, fue todo un hito en la historia. Esto abrió la posibilidad de que, bajo mi periodo municipal, se realizaran variadas obras locales: por ejemplo, se logró poner agua y luz para las poblaciones en los cerros, se pavimentaron calles y pasajes, se benefició al hospital, se forestó la ciudad con árboles que hasta hoy día sobreviven, se crearon espacios deportivos, bibliotecas para las escuelas y, la cultura, en general, tuvo un programa muy riquísimo. Todo esto lo hicimos con recursos que provenían del Estado, eso marcaba la diferencia: cuando se gobernaba para el pueblo. El Presidente Allende nos abrió los caminos y nos permitió contar con recursos para poder financiar los proyectos señalados».[298]

Respecto a la Universidad del Carbón, Norma recuerda que fue un gran proceso que se dio con la conformación de diversos factores en el tiempo. A fines de la década del sesenta, se había realizado un estudio en torno al sistema educacional en la zona minera, el que determinó –y como era de esperar– que siempre los menos beneficiados eran los hijos de los mineros:

«La Universidad del Carbón nace, tanto en Lota como en Coronel, dentro de las circunstancias ya descritas: había un gobierno popular que respaldaba todas las iniciativas para el beneficio del pueblo. Esta idea de tener una Universidad se venía gestando a través de una serie de factores sociales y económicos, los que fueron el producto de un estudio que se realizó en torno a la situación educacional de la zona: los menos beneficiados –como siempre– eran los marginados y pobres, los hijos de los mineros. Por lo tanto, este proyecto nació del interés comunitario y para impulsar la educación, dirigida, fundamentalmente, a los hijos del carbón: "la línea que asumimos fue la instalación de una Sede Universitaria y un proyecto educativo a los que más lo necesitaban". Así, el propio gobierno, a nivel nacional, financió esta idea».[299]

En su rol de Alcaldesa –y junto a su par de Lota– participó del Consejo Directivo de la Universidad. En dicho contexto, el proyecto debió enfrentar las críticas, principalmente, desde los opositores al gobierno:

> «Yo fui "miembro titular del Consejo de la Universidad del Carbón", desde 1971 a 1973. El funcionamiento de aquella institución educacional se dirigía a través de una especie de "Consejo de Administración", que realizaba sus labores en el Liceo de Coronel. El proceso de selección de estudiantes, si bien, no recuerdo el número exacto de matriculados, fue un completo éxito: un gran grupo de jóvenes –hijos de esta zona– fue beneficiado. Cabe destacar lo más importante: se logró "financiar esta institución gracias al aporte del Estado y de las universidades en el convenio, con el fin de lograr la educación social, formando a los cuadros técnicos que en el futuro tendrían la misión de mejorar el sistema industrial". No obstante, este proyecto no estuvo ajeno a las críticas de los opositores. En la DC, por ejemplo, afirmaban a viva voz que esto era un sueño y que tendría pésimos resultados. El argumento de nosotros –en referencia a los partidarios de la institución creada y del gobierno– fue que en Chile se vivía una nueva época histórica y que el rol social lo tendrían los trabajadores, junto a sus familias: "el debate pudo ganarse a favor de la clase obrera" y de sus intereses».[300]

Pese a las críticas y al debate político, Norma afirma que la Universidad del Carbón registró grandes logros, más allá de lo educacional. La cultura, en su opinión, fue una de las áreas más beneficiadas, experimentando actividades y labores que nunca se habían podido imaginar:

> «No hay duda que la Universidad del Carbón tuvo grandes logros educacionales en el periodo, partiendo, siquiera por su creación. Pero no sólo la educación fue beneficiada, sino que también, por ejemplo, la cultura, ya sea con la música, el arte o el teatro. Llegaron personajes destacados del gran

grupo de “Teatro de la UdeC”, los que dieron vida, aquí, al “Teatro Baldomero Lillo”, en cuyo elenco participaban, en su gran mayoría, los obreros locales. Esta fue, sin duda, una experiencia única, jamás antes vista aquí en la zona. Dicho grupo teatral presentó diversas obras y lo más espectacular “fue tener la posibilidad de ver a los propios mineros como los actores principales”. No cabe duda que este grupo tuvo una formación excepcional, que jamás en su vida pensaron tener. Y así, esta gente, le abrió paso a la cultura».[301]

Pero si de los logros de la Universidad del Carbón se trata, la palabra de sus beneficiados es, sin duda alguna, la evidencia histórica más concreta. Alejandro Cea –que cursó sus estudios superiores en la institución aludida– fue uno de los tantos beneficiados directos de las Actividades Universitarias. Alejandro, hijo de una familia de mineros, nació en el sector de Schwager, realizando su enseñanza básica y media en la Escuela N°14 –de hombres– y en el Liceo de Coronel respectivamente. Egresado de la primera etapa de su formación educacional, se alistó para ingresar a la carrera de Pedagogía en Historia y Geografía en la UdeC. Allí, de forma paralela, también se adentró en la carrera de Filosofía. Sin embargo, pese a la carga horaria que tenía con las dos carreras, dedicó gran tiempo de su vida al deporte, una de sus grandes pasiones e incentivos personales: comenzó con el fútbol y llegó a ser seleccionado por el plantel de la UdeC en la competencia regional, midiéndose contra equipos como Lota Schwager, Naval y Arturo Fernández Vial. Gracias a una destacada participación deportiva, la UdeC le concedió la gratuidad de sus estudios superiores y la posibilidad de perfeccionarse en el área educacional. En ese periodo, irrumpe la Universidad del Carbón, situación que le llevaría a un nuevo horizonte:

«En aquel momento, cuando la Universidad del Carbón era ya un proyecto concreto, se ofreció la oportunidad para que profesores en ejercicio integraran también alguna carrera de las que se impartían en la nueva institución. De inmediato, elegí la carrera de Pedagogía en Educación Física, debido a

que el deporte se había transformado en mi gran pasión. En un principio, esta carrera estaba orientada para la enseñanza media y, por situaciones que desconozco, se cambió para el área básica. Pese a esto, decidí continuar mis estudios. Sin dudas, puedo afirmar que el grupo de académicos que llegó a trabajar a la Universidad del Carbón estaba compuesto de gente muy comprometida y consciente de todo aquello que implicaba la enseñanza en la zona minera durante aquellos años. Nuestras clases teóricas se impartían en las aulas del Liceo de Coronel y las prácticas se llevaban a cabo en otros espacios, como, por ejemplo, las clases de básquetbol en el Gimnasio del mismo Liceo y las jornadas de atletismo y de fútbol en el Estadio Federico Schwager. En alguna ocasión, como en la asignatura de Anatomía, las clases se realizaban en la propia UdeC. Por lo tanto, la Universidad del Carbón –como la comunidad le llamaba– fue algo tremendo para la academia, la cultura y la sociedad. Los jóvenes coronelinos y lotinos "tuvieron la posibilidad de ingresar a las universidades, abriendo así nuevas perspectivas y horizontes". Una instancia para poder surgir en el mundo laboral».[302]

Alejandro no sólo fue beneficiado a través de la academia y el deporte, sino que también, la música fue –y sigue siendo– su otra gran pasión. Con mucho aprecio, recuerda aquellos días en que formaba parte del conjunto musical «Grisú 5», a principios de la década del setenta. En una de sus tantas presentaciones, el grupo atrae la mirada de la Orquesta Sinfónica de la UdeC y de la Radio Universitaria, los que deciden trabajar directamente en compañía de los jóvenes músicos de la zona minera: de aquello surgió una agrupación que entrelazó la música latinoamericana y minera con las partituras más clásicas, convirtiéndose en una experiencia única de innovación musical en la época. En mayo de 1972, con motivo de la segunda visita consecutiva del Presidente Allende a la clase inaugural de la UdeC, el grupo Grisú 5 realizó una gran presentación junto a la Orquesta penquista, la que incluso fue alabada y citada por el Presidente dentro de su discurso. Sus palabras fueron aplaudidas fervientemente:

«Escuchamos todos a la Orquesta de esta Universidad y al conjunto local Grisú, trayéndonos la capacidad creadora de los trabajadores y diciéndonos en los versos, lo duro que es el pique de la mina y lo oscuro que es el carbón, pero como lo enciende ese hombre que tiene conciencia revolucionaria para señalar el camino de la rebeldía justa del pueblo».[303]

El trabajo gestado por la Orquesta y Grisú 5 sería un claro ejemplo de lo que realizaría la UdeC a través de sus órganos de difusión cultural. Alejandro recuerda esos momentos:

«Con la parte de difusión de la Universidad, realizamos un gran trabajo. Personalmente, puedo afirmar con certeza que debió ser una experiencia única en Chile durante esos años: unir el folclor minero con las partituras clásicas en una sola y magnífica forma de interpretación musical. Dicho trabajo lo realizamos, por ejemplo, con los maestros "Ernst Huber-Contwig" y "Wilfried Junge", destacados gestores y pilares del desarrollo musical chileno en la segunda mitad del siglo XX. De hecho, fue al propio maestro Huber-Contwig al que le llamó la atención nuestra música en una presentación y a través de la difusión cultural universitaria logramos realizar el acercamiento respectivo. En sí, Grisú 5 estaba integrado por jóvenes de la zona minera, todos afanados por esta gran oleada musical que se desataba en el continente. Cuando en la región o en otras partes del país se nacionalizaba alguna empresa, allí estábamos presentes. Con un profundo orgullo recuerdo un gran acto que se realizó en el Foro de la UdeC: en dicha ocasión, tocamos a contrapunto con el famosísimo Quilapayún, una canción ellos, otra canción nosotros…así, junto a toda la efervescencia de la juventud estudiantil en la época. Una de las experiencias que más recuerdo aconteció en Puerto Montt, lugar en el que también tocamos junto a la Orquesta. En nuestro repertorio teníamos un tema alusivo a Ernesto Che Guevara y, pese a saber que esta ciudad no iba a simpatizar de lleno con la canción y el personaje, algunos miembros de la Orquesta nos incentivaron a cantarla. En el

momento de presentar la canción aludida, la mitad del local desató aplausos y consignas de ¡Patria o Muerte!...La otra mitad del público nos dedicó una gran silbatina opositora… Esto nos trajo más de algún problema con la Orquesta pero que no pasaron a mayores. Pese a este desencuentro, puedo decir que fue una anécdota fabulosa».[304]

Julio Hermosilla fue otro de los tantos jóvenes beneficiados de la zona minera. Desde temprana edad, Julio se enfrentó a los conocimientos del área técnica-profesional, los que serían, a la larga, su gran inspiración personal. Realizó su enseñanza media en la histórica Escuela Industrial de Lota –ya citada en pasajes previos–, cursando la especialidad de Maquinas y Herramientas –hoy Mecánica Industrial– de la cual egresó en 1971. De ahí en adelante, se desempeñaría en diversas funciones técnicas: como dibujante, trabajó cinco años en el Departamento de Ingeniería Electromecánica de la ENACAR y dos años, en Santiago, para una compañía de repuestos destinados al área cuprífera. Vuelve a la zona minera, ocupando nuevamente su puesto de dibujante, completando más de una década en lo que había sido su primer empleo. Pese a un vasto recorrido técnico –al que se le pueden sumar otras variadas experiencias laborales– fue su ingreso en el área educacional lo que marcaría su vida profesional: realizó clases durante casi 20 años en su querida Escuela Industrial, en la cual dirigió la carrera de Dibujo Técnico. Sus conocimientos en el área de la proyección mecánica los obtuvo al egresar de la enseñanza media, matriculándose en la Universidad del Carbón a inicios de 1972. Julio recuerda con profundo aprecio aquella oportunidad educacional que le brindó la institución:

«Al egresar de la enseñanza media en Lota, intenté postular a la carrera de Ingeniería en Ejecución Mecánica impartida en Concepción. No obstante, sólo podría haber ingresado a dicha carrera durante el segundo semestre de 1972. Esto me hubiera llevado a perder un semestre completo. Fue en ese momento en que un amigo –ex compañero de la enseñanza media– me contó sobre la posibilidad que estaba brindando

la Universidad del Carbón en Lota y Coronel, para estudiar carreras cortas. Ambos concordábamos en que una vez que egresáramos de alguna de estas carreras impartidas aquí en la zona, optaríamos por seguir una carrera más larga con el fin de continuar especializándonos. Así lo hicimos: postulé, finalmente, a Dibujante de Proyectos Mecánicos. Sin dudas que fue una gran oportunidad para la juventud local en ese entonces: no teníamos chance alguna de ser profesionales y de no ser por esta Universidad del Carbón nos hubiéramos quedado sumergidos en un pantano de escases de oportunidades para salir adelante».[305]

Pese al paso de los años, Julio rememora, perfectamente, el proceso como estudiante universitario, la gran voluntad de sus docentes y los espacios educacionales. Aún atesora parte de los materiales con los que estudiaba día a día:

«Fue una gran experiencia para forjar profesionales, ya sea en lo académico como también en el compromiso social. El recuerdo sigue latente, por ejemplo, de aquellas actividades de bienvenida que nos realizaron –la semana mechona– que se llevó a cabo en el Gimnasio de Schwager, con bandas de música en vivo. Este acto de recibimiento motivó a todos a la hora de estudiar: eran esas ganas las que no escaseaban, ya que todos teníamos claro que, de no hacerlo, la mina o el desempleo nos aguardaba. En el Liceo de Coronel teníamos un horario vespertino, realizando allí nuestra formación de carácter teórico. Como esta carrera se brindaba dualmente, tras el convenio de la institución con el INACAP, debíamos viajar a Lota –lugar donde se encontraban las instalaciones y talleres aludidos– para efectuar nuestras horas prácticas: allí realizamos grandes proyectos, en ese entonces, todos a mano, con tableros, papel y lápices. Las clases en Lota eran a las ocho en punto y sus docentes, todos con una tremenda formación, siempre estaban dispuestos a entregar toda clase de conocimientos, más allá de lo puramente técnico. Tenían un compromiso que hoy, difícilmente, se puede ver».[306]

El último caso de estudiantes de la Universidad del Carbón –y digno de destacar– es el de Ricardo González: él fue uno de los primeros hombres en egresar como «Educador de Párvulos» tanto en la región como en el país. Ricardo nació en Lota Alto, específicamente, en el Pabellón N°40. Cuando apenas tenía tres años, su familia –encabezada por su padre, un modesto obrero forestal; su madre y sus tres hermanos– decide reubicarse en el pequeño poblado de Colcura, lugar en el que Ricardo realizó su enseñanza básica. En dicho sector permanecería unos 28 años. La necesidad de continuar con sus estudios lo devolvió a Lota, cursando su enseñanza media en el Liceo Carlos Cousiño hasta 1972. En el momento de culminar esta etapa, Ricardo toma una decisión que marcaría su vida profesional: ingresar a la carrera de Educadores de Párvulos en la Universidad del Carbón. Y es que, desde que egresó de la institución universitaria, Ricardo se ha convertido en referencia de grandes logros: trabajó seis años en Lota, vinculado a las diversas áreas de la educación. De ahí en adelante, se ha desempeñado –ya con más de treinta años de servicio público– en la Secretaría Ministerial de Educación, en el cargo de Coordinador Regional de Educación Parvularia. De la misma forma, en el 2012, se le encomendó la labor de dirigir el Departamento de Educación de la Secretaría Ministerial, con la responsabilidad de fiscalizar las mallas curriculares de todas las escuelas de la región. En torno a su pasión por la enseñanza, Ricardo recuerda con profundo aprecio sus primeros pasos:

> «Desde muy chico, tuve vocación de profesor. No tenía esa claridad de que mi área sería la educación de párvulos pero si, puedo afirmar, siempre tuve ese deseo de enseñar: tenía que ser profesor. Cuando ya estaba por egresar del Liceo en Lota, pensaba en estudiar historia. Sin embargo, el tema de los recursos, en mi familia, me limitaba para entrar al gran mundo de las instituciones superiores: era hijo de un obrero forestal, mi madre era dueña de casa y, además, estaban los otros tres hermanos, que también iban, prontamente, a finalizar la enseñanza media. En definitiva: los recursos para el futuro educacional de la familia eran muy limitados. Fue en

ese contexto en el que se presentó la oportunidad de aquella Universidad del Carbón: entre las carreras ofrecidas estaba la de Educadores de Párvulos. Tengo que ser honesto con la elección como tal: al comienzo, pensaba matricularme sólo para usar dicha carrera como una especie de trampolín que me permitiera acceder a Pedagogía en Historia y Geografía en la casa de estudios penquista. Cuando ingresé finalmente al área de párvulos, mi visión cambió completamente en los primeros meses de la carrera. Comenzamos con ramos que estaban vinculados a la sicología evolutiva y a comprender el avance de los niños en sus diversas etapas, además de los trabajos prácticos en terreno, tanto en jardines como en las escuelas locales. Aquello me cautivó y decidí quedarme en dicha carrera: lo mío, definitivamente, era eso».[307]

Ricardo confiesa que ser el único hombre que postulaba en la carrera de Educadores de Párvulos, le trajo –al menos en un comienzo– algunos cuestionamientos entre sus pares:

«La carrera era catalogada –en ese entonces e incluso hasta nuestros días– para ser "casi exclusiva de la mujer". Puedo decir que, personalmente, no tuve grandes problemas, pese a la carga de la sociedad en su conjunto. Al iniciarme en la carrera, si se presentaron algunos inconvenientes. Luego de rendir la Prueba de Aptitud Académica (PAA), postulé a la carrera, como cualquier persona lo haría en su área. Cuando me tocó ir con las personas encargadas de las postulaciones universitarias, me dijeron que estaba errado: que al parecer me habría equivocado en el trámite. Yo les comenté que no era un error, que eso era lo que quería estudiar y que estaba seguro de ello. Me preguntaban, algo extrañados, si es que estaba seguro de mi decisión. Yo reafirmé mi posición con certeza y convicción. Al final, de todos modos, se oficializó mi postulación sin inconvenientes. Días más tarde, se supo los resultados: en la lista de seleccionados, "yo era el único hombre y había quedado en el tercer lugar". Cuando me fui a matricular, se reiteró la situación: me preguntaban acerca

de mi elección, si es que estaba seguro, que aún podía hacer un cambio, etcétera…Para mí, lo relevante era que ya había quedado en la Universidad. Cuando comencé a estudiar, no tuve ningún inconveniente, ni con los profesores ni con mis compañeras. De hecho, la relación con estas últimas era, en mi caso, bajo el papel de hermano y protector. Además, no considero tampoco que haya sido un mal estudiante, ya que traté siempre de ser responsable y colaborador».[308]

Frente a los problemas económicos de su familia, comenzó a trabajar –mientras estudiaba– en diversas labores educativas, solventando algunos de sus gastos personales como estudiante:

«Debido a los factores económicos limitantes en la familia, me vi obligado a buscar una fuente de ingresos personales. Como el horario de clases era entre las 14 y 20 horas, esto me dejaba la mañana para poder trabajar, realizando clases en diversas partes: pude así, estudiar y trabajar. Solicité en la Universidad un permiso que me brindara la facilitad para un 50% de asistencia, en los ramos que yo veía que no tenía mayores dificultades. No podía dejar de trabajar: con dicha labor, me financiaba mis pasajes y mis útiles necesarios, lo que implicaba, a la vez, un gasto menos para mi padre y mi madre, invirtiendo aquello en mis hermanos. En torno a las características de la Universidad del Carbón y sus docentes, recuerdo que eran académicos que venían, directamente, de la UdeC. No es que hayan buscado docentes nuevos para la gran tarea de la enseñanza universitaria en la zona minera: eran los propios docentes de la "Escuela de Educación" los que venían a Lota y a Coronel a enseñar. Esto era como una "garantía educacional" para nosotros como estudiantes, ya que no existía diferencia alguna entre Concepción y la zona carbonífera. El grupo de estudiantes era heterogéneo pese a que, en su gran mayoría, estaba compuesto por los hijos de un sector vulnerable, como se diría hoy. Éramos, particularmente, los hijos de los obreros –ya sean mineros, forestales o de otro rubro– y pescadores de Lota, Coronel, Laraquete,

Curanilahue, Arauco, Cañete, Lebu, etcétera…Pese a todos esos déficits económicos, éramos una juventud con muchas ganas de aprender, de ser profesionales y de surgir. Es que ese mismo entorno de escases y los problemas económicos familiares, nos motivaban a ser responsables en el estudio y en la vida. Con muchas ansias deseábamos egresar de estas carreras, ojalá en el tiempo planificado ya que, un semestre más, por ejemplo, podía ser una fatalidad: implicaba poner en una situación aún más compleja a toda tu familia. Pese a estos factores personales y familiares, también nos dirigía, muy latente, la idea de poder contribuir en la sociedad. Eso que se nos brindaba a nosotros, debíamos retribuirlo».[309]

«El desenlace»

El comienzo de un trágico final.

Durante el transcurso de 1972, la situación interna del país se fue radicalizando a pasos agigantados. El gobierno de la UP –que seguía impulsando su programa socialista– fue sitiado por los poderes tradicionales: la mano del imperalismo norteamericano dejaba caer el látigo de la opresión y el intervencionismo, motivando a las fuerzas opositoras a romper con fuego. La DC se fue inclinando, progresivamente, hacia la imposibilidad de la negociación política, afianzándose con la derecha: una derecha, a su vez, agudizada y proclive a dar un golpe definitivo. Dicha faceta ya había quedado demostrada desde el día en que la UP y Allende asumieron la tarea de administrar el destino del país. A través de la prensa y los medios de comunicación, la derecha fue agilizando su postura rupturista, maximizando un contexto de caos e ingobernabilidad que justificara una medida radical y violenta. Este contexto, a su vez, estaría fomentado por la crisis económica y el embaucamiento generado por la oposición –que manejaba el comercio de los insumos de primera necesidad–, lo que desató, en gran parte del país, una carencia generalizada de alimentos y productos básicos para los hogares chilenos. Pese a la labor de las «Juntas de Abastecimiento y Control de Precios» (JAP) –creadas por el gobierno como comités de racionamiento para aliviar la escases crónica de alimentos e insumos– durante 1972 y 1973, la acción desestabilizadora exacerbaría el ánimo y el malestar de los sectores populares y medios.[310]

Nunca antes –y tan masivamente– el pueblo había cobrado su gran poder, participando de un proyecto de nación en favor de las grandes mayorías. Sin embargo, aquel desborde popular –expresado en niveles de conciencia y de organización política-social cada vez más amplios– fue causa de la discusión interna de la izquierda chilena, dividiéndose en dos sectores: los que se empeñaron en apoyar la labor del gobierno –principalmente, el PC– y los que impulsaron la movilización popular autónoma al

poder del Estado –reflejado en el accionar del MIR–, buscando coordinar un embrión de poder popular. Independientemente de todo juicio que, desde la actualidad, se pueda hacer, la división de la fuerza política popular –una cuestión histórica de táctica y estrategia en torno al camino para avanzar hacia una revolución socialista– propició un escenario violento e irreconciliable para los actores de una misma causa. Lo cierto es que el gobierno de Allende se fue quedando aislado entre la espada y la pared, con lo que se diluía la posibilidad de asegurar sus logros. Junto a lo descrito, el pueblo –y su alto grado movilizatorio alcanzado– se encontraba en medio de aquella disputa por la hegemonía de su propio accionar, sin las orientaciones unitarias que permitieran enfrentar la tragedia que se vislumbraba en el horizonte.

A inicios de 1973, la tensión política entre la oposición y el gobierno era insostenible. En marzo, la elección parlamentaria acaparó toda la atención. La UP tuvo que enfrentar a sus viejos enemigos, agrupados en la «Confederación por la Democracia» (CODE) –que reunía a organizaciones como el PN y la DC– en un proceso eleccionario con profundos significados: para la UP era la continuidad de la vía socialista y para la CODE –fundada especialmente para esta elección– una posibilidad de derrotar a los partidos de izquierda, logrando una mayoría parlamentaria que permitiría, a su vez, acusar constitucionalmente al gobierno de Allende. En medio de la crisis existente, las encuestas daban como vencedora a la oposición, visualizando para esta un 62% de la votación. Sin embargo, pese a los augurios realizados por la prensa sensacionalista, los resultados finales sorprendieron a toda la nación, arrojando un doble escenario: si bien, la CODE obtuvo la mayoría –con un 55.70%, traducido en 87 diputados y 14 senadores–, la UP había obtenido una votación más allá de lo que se esperaba en la oposición –un 44.03%, traducido en 63 diputados y 11 senadores–, con un índice muy similar al que ya había obtenido en la pasada elección parlamentaria de 1969.[311] La correlación resultante de las fuerzas –en la que la oposición no logró los dos tercios necesarios para la mayoría requerida–, le impidió a la CODE realizar una acusación constitucional en

contra del mandatario y su gobierno. La elección –interpretada como una victoria favorable por algunos y como un fraude por otros– permitió que la oposición consolidara, finalmente, dicha estrategia rupturista: el «Golpe Cívico-Militar».

Los últimos meses de la UP en Lota y Coronel.

A partir de los primeros días de 1972, se evidenció el inicio del desabastecimiento de alimentos en Lota y Coronel. Durante este transcurso, la prensa regional describía –no sólo como una mera exageración– que no había abastecimientos de aves en la zona minera y que los pollos se habían transformado en un lujo para su población. Pese a los intentos de los representantes, en torno a dar una solución al problema aludido, las carnes –tanto la de ave como, posteriormente, la de vacuno y la de cerdo– se convirtieron en fuente de contrabandos y conflictos.[312] A dicha situación, se le sumó, con el pasar de los meses, el desabastecimiento de la harina y del pan, productos cuestionados, además, por su calidad. Muchos niños de la zona presentaron síntomas de afecciones intestinales lo que se le atribuyó, directamente, al pan, el cual, en opinión de muchos, llegó a ser incomible.[313] La población minera pronto comenzó a cuestionar los orígenes de estas problemáticas: especulación de precios y acaparamientos –por parte de los comerciantes locales– y falta de firmeza de la autoridad, que no controlaba ni condenaba estos hechos.[314]

Lo cierto es que la comunidad minera se empoderaría para realizar diversas acciones como forma de combatir los sucesos ya relatados. En medio de la radicalización juvenil –descrita en los pasajes anteriores–, estudiantes universitarios y pobladores se convertirían en protagonistas del llamado poder popular. En enero de 1973, un grupo de pobladores –liderados por jóvenes militantes del MIR– se toma uno de los centros panaderos más destacados de la zona. La panadería «El Progreso» –ubicada en pleno centro de Coronel– era cuestionada furiosamente por los pobladores del mineral, los que apuntaban a su dueño –Antonio «Coño» Sánchez, uno de los más importantes comerciantes del

medio local– como el responsable de acaparar la harina que era enviada por el gobierno, dejando a la zona sin pan.[315] Bajo una consigna de «pan para todos», los pobladores ocuparon dichas dependencias durante doce días, tiempo en el cual, en una labor popular, realizaron gratuitamente el pan para la comunidad.[316] No es de extrañar, y como ya se describía, que en estos hechos hayan estado involucrados los estudiantes universitarios, tanto los de las Sedes de Lota y Coronel así como los penquistas que pertenecían a los planteles de la UTE y de la UdeC respectivamente.[317]

El desborde popular en la zona minera –expresado a través de situaciones particulares, tales como el campamento Salomón Corbalán y el campamento Luis Emilio Recabarren en Coronel, la toma de la panadería El Progreso antes aludida, el intento de toma en las dependencias de Radio el Carbón en Lota y aquella polarización estudiantil, citada en pasajes anteriores– era insostenible para las autoridades locales.[318] No obstante, a pesar de la crisis social existente, en la elección parlamentaria de marzo, la UP mantuvo su votación departamental, triplicando el resultado obtenido por la CODE.[319] Sin embargo, la votación no fue signo de tranquilidad. Muy por el contrario, los intentos de las JAP para frenar el desabastecimiento estaban concluyendo sólo en hechos aislados. Y para agudizar aún más la situación, en el mes de agosto, se desató un conflicto minero casi al borde de la paralización. Los mineros de Lota y Coronel exigían el cumplimiento de su pliego de peticiones: un aumento salarial de más de un 300%, un bono compensatorio y un mes de gratificación. Estas sumas, bajo el juicio de los mineros, debían ser pagadas a fines de año, de acuerdo al pliego aprobado en 1972.[320] La dirigencia minera –principalmente, la ligada al MIR– calificó estas demandas como justas reivindicaciones obreras. Por su parte, la gerencia –representada por Isidoro Carillo del PC– no contaba con los recursos necesarios para pagar lo demandado.[321] Dicha situación derivó en un grave conflicto político entre los propios obreros, partidarios de las organizaciones aludidas. Fue tanta la agudización que incluso llegaron a enfrentarse a golpes.[322]

No cabe duda que los sucesos descritos contribuyeron en la desunión de los mineros de Lota y Coronel, sellando, junto con ello, la imposibilidad de un acuerdo entre los sectores proclives al gobierno y los que optaban por la radicalización del proceso socialista. Este era el acontecer de la zona minera, comenzando el fatídico mes de septiembre. Había militantes que tenían ya el mal presagio de lo que ocurriría. La juventud estudiantil local, que se había caracterizado fervientemente por su participación y su radicalización, se había vuelto muy visible a la mirada del enemigo y, más temprano que tarde, pasaría a convertirse en el primer blanco de la represión.

El último combate de Allende.

Luego del primer intento golpista a fines de junio –que fue encabezado por integrantes del Patria y Libertad y por oficiales contrarios al gobierno, como casi un ensayo para los sucesos de los meses posteriores– la oposición se alistó para llevar a cabo la irrupción definitiva: y esta instancia llegaría junto con el mes de septiembre de 1973.

Advertido que en la madrugada del 11 de septiembre, parte de las Fuerzas Armadas se habían tomado Valparaíso, Allende se dirige a la Moneda junto a su escolta personal, armados con fusiles kalashnikov para librar un posible combate. El gobierno aún creía, en esos instantes, que podía contar con el respaldo de los oficiales leales a la constitucionalidad. No obstante, al cabo de unas horas –teniendo en consideración la declaración de los golpistas– se dan cuenta de que las Fuerzas Armadas romperán fuego a nivel nacional.[323] A las 09.55 horas, los tanques toman posición, rodeando el palacio presidencial: fue ese el momento en que inició la balacera. En medio del fuego de los atacantes y los defensores, el Presidente Allende –aprovechando las pocas señales radiales aún disponibles– emitió su último discurso a la nación, declarando su intención de morir defendiendo ese justo mandato que el pueblo le había entregado. Sus palabras serían, a la fecha, un legado vigente para la lucha social:

«Siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos mi recuerdo será el de hombre digno que fue leal a la lealtad del pueblo. ¡Trabajadores de mi patria! Tengo fe, en Chile y su destino. Superarán otros hombres el momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo, abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor…¡Viva Chile! ¡Viva el Pueblo! ¡Vivan los Trabajadores! Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano…Tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición».[324]

Alrededor del mediodía, los aviones Hawker Hunter inician su ataque, disparando sus cohetes sobre el palacio: el daño fue, completamente, devastador. Finalmente, luego de seis horas de enfrentamientos, el cuerpo de Allende –en camilla y tapado por una manta– era sacado, inerte, del lugar. La tarea del golpismo fue cumplida: «el Presidente había muerto». Era la tarde del 11 de septiembre de 1973 y el Golpe Cívico-Militar se imponía.

La Universidad agredida.

En Santiago, inmediatamente a los sucesos ya descritos, las Radios Portales, Magallanes y Corporación, junto a los canales televisivos –excepto Canal 13– fueron silenciadas y sus operadores detenidos. Los diarios, como El Clarín y El Siglo, fueron allanados, destruyendo materiales y ejemplares. Prontamente, también se dictaron órdenes de captura para los más relevantes dirigentes políticos de la izquierda. Miles de personas quedaron detenidas en el Estadio Chile y en el Estadio Nacional. Durante los días posteriores, comenzarían las torturas, las ejecuciones y las primeras desapariciones.

El día 12 de septiembre, la UTE fue sitiada por unidades de infantería y artillería. Sin previo aviso y sin consideraciones, el contingente militar abrió fuego sobre las dependencias. Dos de

los cañonazos, disparados a quemarropa, dieron de lleno en la Sede Central, a un costado de la oficina del Rector. Finalmente, los 700 ocupantes que tenía la Universidad fueron detenidos y quedaron como prisioneros en el Estadio Chile. Entre estos, se encontraba el artista y cantautor Víctor Jara, funcionario de la Secretaría de Extensión de la UTE. Víctor fue torturado por sus captores, hasta más no poder. Finalmente, y al cabo de tres días en esta situación, fue asesinado de 44 balazos. Enrique Kirberg –el destacado y comprometido Rector de la UTE– fue detenido y maltratado. Fue puesto contra la pared de su propia oficina y se le apuntó con fusiles. Se le dieron quince segundos para que «confesara el sitio en el que se ubicaban las armas», las que no existían. En seguida, y rigurosamente vigilado, se le trasladó al Regimiento Tacna, al Estadio Chile y a la Escuela Militar. Con el pasar de los días, fue enviado a Isla Dawson, lugar en el que pasaría los próximos nueve meses. Luego de dos años, Kirberg pudo salir del país.[325]

El día 11 de septiembre, en Concepción, se replicó, de igual forma, el mismo panorama que en la capital. Efectivos pertenecientes al Ejército y la Armada, ocuparon los espacios públicos y privados de importancia.[326] La UdeC inició sus funciones en su forma habitual, hasta que los militares penquistas –armados fuertemente– irrumpieron en el campus, extendiéndose hacia la Escuela de Periodismo, a Sociología, a la Radio Universitaria y a los hogares para estudiantes.[327] En casi todos estos lugares se produjeron allanamientos y detenciones de estudiantes, académicos y administrativos.[328] Los detenidos fueron trasladados a la Base Naval de Talcahuano y, posteriormente, a la Isla Quiriquina, siendo interrogados y torturados.[329] Carlos Von Plessing –Rector de la UdeC al momento del Golpe– junto a las nuevas autoridades militares de la región, iniciaron la llamada limpieza de la Universidad: se delataron a numerosos estudiantes por su militancia política, además de cerrarse la Escuela de Sociología y la Escuela de Periodismo, durante el mes de septiembre.[330] El ex Rector Edgardo Enríquez –Ministro de Educación previo al 11 de septiembre– fue detenido y enviado a Isla Dawson. Sólo

al cabo de dos años –al igual que Kirberg– fue autorizado para dejar el país, partiendo hacia Inglaterra. Misma suerte corrió el ex Vicerrector Galo Gómez –el que continuaba desempeñando funciones académicas en la UdeC, además de ser integrante de la «Comisión Nacional de Investigación Científica y Teconológica» (CONICYT) hasta el día del Golpe–, él que fue detenido y enviado a la Isla Quiriquina. A fines de 1974, Gómez dejo el país partiendo rumbo a México, lugar en el que viviría parte de su exilio.[331]

Lota y Coronel: la Universidad del Carbón tras el Golpe.

A través de las escasas señales radiales disponibles, la zona minera pudo enterarse –durante el transcurso del día 11– de lo acontecido en la capital. Los rumores recorrieron ambas localidades, aludiendo a que el Presidente se habría inmolado bajo el fuego enemigo. Prontamente, entre los mineros surgieron vivas voces que llamaban al pueblo a las armas: los lotinos y coronelinos se levantarían con sus cascos y sus cartuchos de dinamita para barrer el intento fascista. Más aún –se rumoreaba entre los pobladores más radicalizados– un «supuesto general demócrata los lideraría», sólo había que resistir y sumarse.[332] Tristemente, a medida que avanzaba el día, los rumores se fueron disipando y careciendo de sentido: no había preparación alguna para este momento y, de haber existido, sólo era mínima y no tenía más armas que el valor y la voluntad. Norma Hidalgo –la Alcaldesa de Coronel–, a medida que se dio cuenta de lo acontecido en el país, pudo visualizar lo que ocurriría en esta zona. «Nadie creía que los militares –al menos entre sus más cercanos– podían ser los que facilitarían la instauración de una dictadura fascista». A esto, Norma agrega que se alistaba para ir al Municipio, cuando se enteró que «estaban bombardeando la Moneda en Santiago y que derrocaban al Presidente Allende». Norma decidió seguir:

> «Lo primero fue dirigirme al Municipio…iba yo decidida a defender mi puesto. No obstante, cuando llegué, Coronel ya estaba rodeado de militares. Estos habían llevado a Carlos

Quezada –de la DC– para colocarlo en el cargo. Me tomé el edificio municipal y me atrincheré en mi oficina. Desde allí insistí e insistí, hasta que los militares acordaron volver en 24 horas más para ocupar, definitivamente, el espacio».[333]

La joven Alcaldesa relata que, además, escuchó el «rumor de que la Fuerza Área podía bombardear las minas de Lota y de Coronel en caso de que los mineros se resistieran».[334] Si bien lo anterior no pasó más allá de rumores, lo cierto es que, junto al designado Carlos Quezada, iniciaría la cacería de los militantes de la UP. Los primeros detenidos fueron Carlos Hinrichs –que militaba en el PS y se desempeñaba como Director del Hospital de Coronel–, Leonardo Carrasco –ex Alcalde y militante PC– y Juan Alarcón, dirigente sindical del PC.[335] A los meses de estos sucesos, y luego de ocultarse por diversos sectores de la ciudad minera, Norma, finalmente, fue detenida.

Lota transitaba por un camino que no sólo estuvo marcado por las detenciones y allanamientos: el luto, particularmente, se hizo presente entre sus habitantes, desde los primeros días del Golpe. Rápidamente, los militares detuvieron a los principales representantes de la comunidad minera, tras amplios operativos armados. El 17 de septiembre fue detenido Romilio Garcés –el que se desempeñaba como Gobernador Departamental, además de militar en el PC–, siendo derivado al Estadio Regional y a la Cárcel de Concepción. Nueve meses más tarde, Garcés muere a causa de la tortura.[336] El caso más emblemático es el de Isidoro Carrillo –el citado Gerente de la Carbonífera Lota-Schwager–, Vladimir Araneda –dirigente de los profesores lotinos–, Danilo González –aludido, anteriormente, como el Alcalde de Lota– y Bernabé Cabrera, dirigente obrero. Los cuatro –militantes en el PC lotino– fueron detenidos y, posteriormente, sometidos a un Consejo de Guerra, acusados por los delitos de organización de grupos armados y almacenamiento de bombas.[337] Todos fueron condenados a la pena máxima. Finalmente, el 22 de octubre, en un sitio cercano a Carriel Sur, los cuatro representantes lotinos fueron fusilados y enterrados bajo un absoluto silencio.

En Coronel, la juventud –caracterizada por el protagonismo de los años anteriores– se transformó en el blanco principal de la represión. Muchos de los jóvenes, partidarios de la UP o del MIR, fueron delatados por sus opositores y comenzaron a caer detenidos en los días posteriores al Golpe. Otros, por su parte, fueron instados por sus propios padres y familiares a entregarse voluntariamente, suponiendo que sería un mero trámite: lo que no tenían en consideración, lamentablemente –por la incomunicación y el desconocimiento– eran las dimensiones del nuevo y militarizado contexto nacional. Algunos quedaron detenidos en los cuarteles locales, mientras que los más «destacados» fueron enviados, directamente, al Estadio Regional. Luego de torturas y vejaciones, algunos no volverían –por el temor infundido– a participar de las actividades políticas de la zona. Con amenazas de muerte –a ellos y a sus familias–, muchos partieron del país a vivir exiliados durante los próximos años.

Los estudiantes de las Sedes del Carbón –y muy en especial los que provenían de otras localidades de la región y del país–, abandonaron la zona luego de la jornada del 11 de septiembre. Esta situación la recuerdan los vecinos de Schwager, sector en el que se encontraban los departamentos que fueron el hogar de los jóvenes estudiantes:

> «Muchos jóvenes que cursaban sus estudios superiores en la Universidad del Carbón –algunos conocidos y amigos ya del sector, otros de Cañete, Arauco o de otras ciudades del país– se vieron en la obligación de arrancar de esta zona: la noticia del Golpe en Santiago y la llegada de los militares a la comuna los remeció profundamente. La gran mayoría de estos cabros era de izquierda y participaban, directamente, en los trabajos de la UP. Tras conocerse las primeras detenciones y ejecuciones, ese miedo de ser buscados, arrestados y quien sabe que más…se viralizó entre estos. Comenzaron a irse con lo puesto y les dejaban encargadas sus cosas a los vecinos, con la promesa o el compromiso de que vendrían a buscarlas».[338]

No se puede saber con certeza lo que ocurrió con las Sedes de Lota y Coronel tras el fatídico mes de septiembre. Pese a no existir información institucional al respecto, si se puede estimar que los Cursos de Difusión y de Extensión Cultural –que tanto énfasis habían logrado– desaparecieron inmediatamente, como todas las expresiones políticas y culturales del periodo tras las imposiciones de la Junta Militar. La militarización se extendió a las universidades nacionales y regionales, como en el caso de la UdeC, cuando Carlos Von Plessing –el último Rector en ser elegido democráticamente por la comunidad universitaria– fue reemplazado por Guillermo González –designado–, en octubre de 1973. La Sede de Coronel, según los testimonios personales, fue cerrada algunos meses, reanudando sus actividades durante los primeros meses de 1974. En el transcurso de este tiempo, la dirección realizó un proceso de selección de los estudiantes: no es de extrañar –y como en el caso de la UdeC ya citado– que la selección haya servido para denunciar a todo aquel que hubiera tenido relación con los partidos o las organizaciones de la UP y la izquierda en su conjunto. Ricardo González recuerda que:

> «Tras el Golpe, la Sede Universitaria –de Coronel– quedó cerrada "hasta nuevo aviso". Esta situación se extendió, al menos, entre septiembre y diciembre. Volvimos a clases en enero de 1974, a recuperar todo el tiempo perdido. Se decía que, durante esos meses de inactividad, la nueva autoridad universitaria "hizo un barrido con los estudiantes". Y eso lo digo con conocimiento pleno, puesto que mi hermano –que estudiaba la carrera de Técnico Papelero– no pudo pasar el cedazo que aplicaron a la comunidad educativa en general. A todos los que tenían vinculación política o, incluso, bajo rendimiento en notas, se les apartó de la Sede, tal y como le pasó a mi hermano. En enero, antes de regresar a clases, se nos comunicó a nuestros hogares la noticia del retorno. Mis compañeras, al igual que yo, fueron a ver si es que estaban en la lista, en la que se publicaron los nombres de los que si podían continuar. Los que no aparecían, simplemente, o se habían ido ya de la zona o no pasaron aquel proceso».[339]

Como expresara Ricardo González, las clases se retomaron en el mes de enero de 1974. Ya con menos estudiantes –lo que se podía notar, según González, en las carreras más técnicas– la Sede de Coronel comenzó su trance final. Con algunos esbozos de documentación disponible –información reafirmada por una serie de testimonios y conversaciones extraoficiales al trabajo–, se puede estimar que la Sede UdeC del Carbón desapareció con los años venideros, entre 1976 y 1977. Mucho más difícil para analizar es el caso de la Sede de Lota, aunque, seguramente –y tomando en consideración las repercusiones en la UTE– debió ser un proceso más radical. En el corto plazo, abruptamente se cancelaron los programas de educación para los trabajadores y sus hijos, especialmente, en las industrias y minas. A su vez, se desconocieron todos los convenios suscritos entre 1970 y 1973, cerrando casi la totalidad de sus 24 institutos tecnológicos. En palabras del nuevo Rector Delegado –que reemplazó a Kirberg luego del Golpe– se tomaron todas las medidas para suprimir a esos «centros de actividad seudouniversitaria», establecidos en pequeñas localidades.[340] Para 1977, la Sede de Lota figuraba ya entre las clausuradas: la Universidad del Carbón, seguramente, una de las experiencias más fructíferas del proceso de reforma universitaria chilena, desapareció junto a los últimos rastros de un periodo en el que la dignidad del pueblo fue símbolo de una grandeza incomparable.

Notas al Capítulo IV

(297) Norma Hidalgo. Coronel, 12 de enero del 2013.

(298) *Idem*.

(299) *Idem*.

(300) *Idem*.

(301) *Idem*.

(302) Alejandro Cea. Coronel, 10 de enero del 2013.

(303) *Idem*.

(304) *Idem*.

(305) Julio Hermosilla. Coronel, 6 de enero del 2013.

(306) *Idem*.

(307) Ricardo González. Coronel, 29 de diciembre del 2012.

(308) *Idem*.

(309) *Idem*.

(310) Ricardo Israel, «Chile 1970-1973: La democracia que se perdió entre todos». Chile, Mare Nostrum, 2006, págs. 67-68.

(311) Los resultados de las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 se encuentran disponibles en https://www.lemondediplomatique.cl/article2637,2637.html.

(312) «El Sur», 6 de agosto de 1972, pág. 14.

(313) «El Sur», 12 de diciembre de 1972, pág. 7.

(314) «El Sur», 5 de octubre de 1972, pág. 1.

(315) «El Sur», 16 de enero de 1973, pág. 8.

(316) Los hechos de la toma de la Panadería El Progreso están citados, brevemente, en el libro de Abraham Moraga, «Campamento Luis Emilio Recabarren». Chile, Nahuel, 2015, pág. 62.

(317) *Idem*.

(318) *Idem*.

(319) «El Sur», 6 de marzo de 1973, pág. 9.

(320) «El Sur», 20 de agosto de 1973, pág. 13.

(321) *Idem*.

(322) *Idem*.

(323) Los sucesos del día del Golpe se encuentran relatados en http://salvadorallende.blog.lemonde.fr/2009/09/16/golpe-de-estado-en-chile-11-de-septiembre-de-1973/.

(324) Discurso de Salvador Allende pronunciado en medio del combate contra los militares, el 11 de septiembre de 1973.

(325) Enrique Kirberg, Los nuevos… Óp. Cit., pág. 420.

(326) Mario Valdés, «El Golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 en Concepción. Las voces de los testigos». El artículo se encuentra disponible en http://www.cuadernosdehistoria.uchile.cl/index.php/CDH/article/viewFile/29978/31752.

(327) *Idem*.

(328) *Idem*.

(329) *Idem*.

(330) *Idem*.

(331) Enrique Kirberg, Los nuevos… Óp. Cit., pág. 420.

(332) Carlos Sandoval, «Lota: de Subterra a Subsole, la nueva pobreza». Disponible en http://www.archivochile.com/Ideas_Atores/sandovalac/sandovalac0010.pdf.

(333) Norma Hidalgo. Coronel, 12 de enero del 2013.

(334) *Idem*.

(335) «El Sur», 28 de septiembre de 1973, pág. 11.

(336) El caso de Romilio Garcés se encuentra en http://www.archivochile.com/Derechos_humanos/doc_gen_ddhh/hhdddocgen0023.pdf.

(337) El caso de los cuatro lotinos ejecutados durante el mes de octubre de 1973 se encuentra en http://www.memoriaviva.com/Ejecutados/Ejecutados_C/isidoro_del_carmen_carrillo_torn.

(338) Deasy Alveal. Coronel, 15 de marzo del 2012.

(339) Ricardo González. Coronel, 29 de diciembre del 2012.

(340) Enrique Kirberg, Los nuevos… Óp. Cit., pág. 421.

CONSIDERACIONES FINALES

La historia de la Universidad del Carbón fue suprimida con la represión militar –al igual que el resto de las expresiones que derivaban del periodo de la UP– y olvidada, aún más, después del retorno a la democracia: ha permanecido, hasta hoy, oculta durante más de cuatro décadas. Luego de los diversos atentados en contra de la educación pública –en el régimen dictatorial– se hizo prudente –tanto para los gobiernos actuales como también para el modelo de mercantilización educacional– mantener este tipo de procesos dentro de sus límites, caracterizándolos como «patrimonios» de la utopía y la inviabilidad. Las universidades que dieron vida a las Sedes del Carbón –y en especial la UdeC– hoy son entidades corporativas desvinculadas de la comunidad circundante, sin canales democráticos que permitan, entre otras cosas, la participación de sus estudiantes y trabajadores en las decisiones internas de los planteles. Y lo que es más crítico: en reiteradas ocasiones, las universidades se encargan de estudios que minimizan los graves daños ambientales producidos por las empresas. El ejemplo más claro de esto es lo que acontece en la ciudad de Coronel, en donde las instituciones universitarias han colaborado a las industrias contaminantes –como en el caso de las instalaciones generadoras de energía– no necesariamente en estudios que mejoren su rendimiento y aminorasen su impacto, sino, más bien, en la monopolización de los resultados y datos que derivan de los estudios realizados. Sin embargo, pese a este panorama descrito, la excepción la constituyen los académicos –los que permanecen comprometidos–, junto a los estudiantes y trabajadores. Estos son los que representan, con espíritu y en esencia, los ideales de los fundadores y de los reformistas de la década del sesenta.

En este presente –y para el futuro– es imperativo ratificar el compromiso de socializar nuestra propia historia en pos de una transformación social. Un pequeño grupo de coronelinos –en el denominado «Colectivo por la Educación Superior»– tomó esta iniciativa durante el transcurso del 2012. Se propuso, en primer

lugar, recuperar parte de esta historia y difundirla con una clara intención: volver a contar con una Universidad para la zona. El tema, lamentablemente, se ha diluido en el tiempo, en especial, tras la escasa voluntad de las universidades para exteriorizar su labor. Pese al desánimo que pudiera provocar este contexto, las palabras de Julio, Alejandro y Ricardo nos llevan a comprender que, antes de realizar cualquier exigencia, debemos conocer un poco más de nuestra propia identidad. Tal como los jóvenes de los sesenta, debemos «reencontrarnos» con lo nuestro: esta es, sin duda, una necesidad más urgente que un nuevo proyecto de Universidad, ya que la dignidad del pueblo está en juego. Estoy seguro que, más temprano que tarde, si realizamos ese ejercicio cotidiano, estaremos juntos levantando nuestras demandas para una patria distinta: «la patria que dé el pan, el trabajo, la salud, la educación y el derecho a una vida plena y distinta».

BIBLIOGRAFÍA

Libros, revistas, artículos y enlaces.

Abraham Moraga, «Campamento Luis Emilio Recabarren». Chile, Nahuel, 2015.

Alberto Ciria y Horacio Sanguinetti, «La reforma universitaria». Argentina, Centro Editor de América Latina, 1983.

Arturo Salazar, «Reflexiones sobre el proceso de reforma universitaria». Venezuela, Revista Actual II, 1958.

Carlos Huneeus, «La Reforma Universitaria: 20 años después». Chile, UCH, 1988.

Carlos Sandoval, «Lota: de Subterra a Subsole, la nueva pobreza». Disponible en http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/sandovalac/sandovalac0010.pdf.

Carlos Vivallos y Alejandra Brito, «El sector popular ante el proceso modernizador en el Gran Concepción (Chile: 1880-1940). Perspectivas de análisis». Chile, Revista de Humanidades UdeC, Vol. 17-18, 2008.

Edgardo Enríquez, «La Universidad Chilena». Este es unartículo sobre la reforma universitaria en la UdeC. Se encuentra disponible en http://www.blest.eu/cultura/enriquez_f.html.

Enrique Kirberg, «Los nuevos profesionales». México, Universidad de Guadalajara, 1981.

Hugo Cancino, «El movimiento estudiantil y el proceso de reforma universitaria». Este trabajo se encuentra disponible en http://vbn.aau.dk/files/58699467/Reform_Univ.pdf.

Ignacio Silva, «Auge y Crisis de la CUT: 1953-1973». Se encuentra disponible en http://www.clotarioblest.org/historia_cut_1953-1973.pdf.

Igor Goicovic, «Los Escenarios de la Violencia Popular en la Transición al Capitalismo». Chile, Espacio Regional, 2006.

Jaime Rosenbliit, «La reforma universitaria 1967-1973». En http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0014015.pdf.

Jorge Barría, «La rebelión universitaria». Disponible en *Desafío juvenil: mito o realidad*. Chile, ILARI, 1968.

José del Pozo, «Los gobiernos radicales en Chile frente al desarrollo (1938-1952)». Francia, Caravelle, 1989.

Juan Carlos Rodríguez y Patricio Medina, «Reconversión, daño y abandono en la ciudad de Lota». Este trabajo es parte del proyecto FONDECYT, N°1095037. Disponible en http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S071804622011000200009&scrscr=sci_arttext.

Julio C. Jobet, «Notas sobre las concepciones marxistas en el Partido Socialista». Chile, Revista Arauco, N°68, 1965.

Luis A. Romero, «Entre el conflicto y la integración: los sectores populares en Buenos Aires y en Santiago de Chile a principios del siglo XX». En *Para una Historia de América*. Vol. 3, Argentina, Los Nudos, 1999.

Luis Cifuentes, «Movimiento estudiantil y reforma universitaria 1967-1973». Disponible en http://lautevive.blogspot.cl/2007/08/movimiento-estudiantil-y-reforma.html.

Luis Cifuentes, «Kirberg: Testigo y Actor del Siglo XX». Disponible en https://pviribar.files.wordpress.com/2010/05/kirbergtestigoyactor.pdf.

Luis Ortega, «La frontera carbonífera 1840-1900». Chile, Revista Mapocho, N°31, 1992.

Luis Vitale, «Génesis y evolución del Movimiento Obrero Chileno hasta el Frente Popular». Venezuela, Ediciones UCV, 1979.

Manuel A. Garretón y Javier Martínez, «Movimiento estudiantil: conceptos e historia». El trabajo es parte de la *Biblioteca del Movi- miento Estudiantil*. Chile, Ediciones SUR, 1985.

Manuel Gutiérrez y Héctor Aburto, «Historia de Coronel». Chile, UdeC, 1999. Este trabajo está disponible en http://apuntesdemillalonco.blogspot.com/2008/09/coronel-historia-y-sociedad.html.

Marcelo Casals, «El Alba de una Revolución». Disponible en https://books.google.cl/books?id=ulZDR4S6iTAC&printsec=frontcover#v=onepage&q&f=false.

Mario Valdés, «El Golpe de Estado del 11 de septiembre de1973 en Concepción. Las voces de los testigos». Este artículo se encuentra disponible en http://www.cuadernosdehistoria.uchile.cl/index.php/CDH/article/viewFile/29978/31752.

Michael Reynolds, «El repliegue del movimiento social en la víspera del centenario (Iquique, Coronel-Lota 1902-1909)». En Pablo Artaza, Sergio González y Susana Jiles (editores), *A cien años de la matanza de Santa María de Iquique*. Chile, Ed. LOM, 2009.

Natalia Cruces, «Apuntes para la historia del movimiento estudiantil chileno». Chile, 2007. Este trabajo se encuentra disponible en http://www.archivochile.com/Mov_sociales/mov_estudian/MSmovestud0001.pdf.

Ricardo Israel, «Chile 1970-1973: La democracia que se perdió entre todos». Chile, Mare Nostrum, 2006.

Oreste Plath, «Folclor del Carbón». Chile, Grijalbo, 1998.

Osvaldo Sunkel, «El Subdesarrollo Latinoamericano y laTeoría del Desarrollo». México, Siglo XXI, 1970.

Ximena Goecke, «Juventud y política revolucionaria en el Chile de los sesenta». Este artículo se encuentra disponible en http://www.archivochile./tesis/04_tp/04tp0002.pdf.

Archivos de prensa.

El Diario Color, Concepción, mayo de 1971.

El Rebelde, Santiago, Año VI, N°12-13-26, 1972.

El Sur, Concepción, enero de 1971- septiembre de 1973.

Archivos institucionales y antecedentes.

Cuerpo de Bomberos de Coronel, «Acta de Sesión Ordinaria» del mes de octubre de 1972.

Rectoría de la UdeC, «Plan piloto para la formación de Profesores en Educación Física en las Actividades Universitarias de la Zona del Carbón». Escuela de Educación, 10 de julio de 1972. En *Archivo General de la UdeC*.

Rectoría de la UdeC, «Acta de Sesión Ordinaria del Consejo Superior de la UdeC» del 24 de junio de 1970, N°36. En *Archivo General de la UdeC*.

Rectoría de la UdeC, Documentación e informes de las «ActividadesUniversitarias en la Zona del Carbón» (Sede de Coronel) entre 1971 y 1976. En *Archivo General de la UdeC*.

Rectoría de la UdeC, «Informe sobre las Actividades Universitarias en la Zona del Carbón» (Sede de Coronel) realizado por Galo Gómez en el primer semestre de 1972. En *Archivo General de la UdeC*.

Rectoría de la UTE, «Convenio UdeC, UTE y Zona delCarbón». Lota, 20 de enero de 1971. En *Archivo General de la UdeC*.

Entrevistas y testimonios.

Alejandro Cea, Coronel, 10 de enero del 2013.

Deasy Alveal, Coronel, 15 de marzo del 2012.

Julio Hermosilla, Coronel, 6 de enero del 2013.

Norma Hidalgo, Coronel, 12 de enero del 2013.

Ricardo González, Concepción, 29 de diciembre del 2012.

ÍNDICE

Introducción	7
Capítulo I // Contextos Generales	11
«Contexto nacional durante el transcurso del siglo XX»	11
Chile como semicolonia del imperialismo inglés	11
El proletariado, las organizaciones obreras y sus luchas	12
El populismo burgués y la irrupción de los militares	15
Chile como semicolonia del imperialismo norteamericano	19
Del Frente Popular a la segunda etapa del populismo	20
La reorganización obrera y las rupturas sociopolíticas	24
«La tierra del carbón»	27
Los inicios de la explotación carbonífera	27
La organización obrera local y la gran huelga	29
La permanencia del conflicto minero	30
«El ansiado triunfo popular»	33
Con Allende en septiembre a vencer	34
Las primeras medidas del gobierno popular	35
«Notas al Capítulo I»	37
Capítulo II // Antecedentes Generales de la Reforma Universitaria en las Universidades Chilenas	43
Un poco de historia: el Movimiento de Córdoba	46
La FECH y la naciente organización universitaria chilena	49
La juventud estudiantil entre las universidades y la política	52
La situación de las universidades entre 1950 y 1965	56
El inicio de la reforma: descontento y radicalización	59
«La Reforma Universitaria en la UTE y la UdeC»	62
Los objetivos de los movimientos reformistas universitarios	62
El caso de la UTE entre 1967 y 1973	64
El caso de la UdeC entre 1969 y 1973	68
«Notas al Capítulo II»	74
Capítulo III // Desarrollo de las Actividades Universitarias en Lota y Coronel	79

«El pueblo minero entre 1960 y 1970»	79
Situación demográfica	79
Situación laboral y urbana	79
Situación educacional	81
«La Reforma Universitaria al servicio del Pueblo»	83
Consideraciones previas	83
El día 24 de junio de 1970	84
Los días 6 y 7 de enero de 1971	87
El día 15 de enero de 1971	88
El día 20 de enero de 1971	88
«Inauguración de las Actividades Universitarias en la Zona del Carbón»	92
La clase inaugural de la UdeC	92
El gran día había llegado	94
«La Universidad del Carbón entre 1971 y 1972»	108
El primer año	108
El segundo año	115
La participación estudiantil y la democracia universitaria	118
La polarización estudiantil	122
La Universidad Autónoma	124
«Notas al Capítulo III»	125
Capítulo IV // Memoria Popular	131
«Testimonios sobre la Universidad del Carbón»	131
Palabras y recuerdos de sus actores	131
«El desenlace»	144
El comienzo de un trágico final	144
Los últimos meses de la UP en Lota y Coronel	146
El último combate de Allende	148
La Universidad agredida	149
Lota y Coronel: la Universidad del Carbón tras el Golpe	151
«Notas al Capítulo IV»	156
Consideraciones finales	158
Bibliografía	160